

FACULTAT DE TRADUCCIÓ I D'INTERPRETACIÓ

GRAU EN TRADUCCIÓ I INTERPRETACIÓ

TREBALL DE FI DE GRAU

Curs 2024-2025

La evolución histórica y las consecuencias de la guerra entre Rusia y Ucrania en el idioma ruso: análisis del impacto lingüístico y cultural del conflicto

Alba Álvarez Galán

1633641

TUTORS

JOAQUÍN FERNÁNDEZ-VALDÉS ROIG-GIRONELLA

MAIA SHARVASHIDZE STOLIARENKO

Barcelona, 30 de maig de 2025

UAB
**Universitat Autònoma
de Barcelona**

A mis padres, por creer en mí desde el primer día y por ser mi mayor fuente de inspiración. El mérito también es suyo.

A mis abuelos, porque no he podido tener mejor referente que ellos. Su amor incondicional ha sido un pilar fundamental en mi vida.

A mis amigas de la facultad, con quienes he compartido este viaje lleno de aprendizajes, risas y momentos que siempre llevaré conmigo. Gracias por todo.

Y, finalmente, a ti que me lees, por dedicar tu tiempo a explorar este trabajo. Espero que estas páginas te inviten a reflexionar y te permitan ampliar tus conocimientos.

Gracias.

Datos del TFG

La evolución histórica y las consecuencias de la guerra entre Rusia y Ucrania en el idioma ruso: análisis del impacto lingüístico y cultural del conflicto

L'evolució històrica i les conseqüències de la guerra entre Rússia i Ucraïna en l'idioma rus: anàlisi de l'impacte lingüístic i cultural del conflicte

The historical evolution and consequences of the Russia-Ukraine war on the Russian language: An analysis of the linguistic and cultural impact of the conflict

Autora: Alba Álvarez Galán

Tutor: Joaquín Fernández-Valdés Roig-Gironella y Maia Sharvashidze Stoliarenkov

Centro: Facultad de Traducción e Interpretación

Estudios: Grado en Traducción e Interpretación

Curso académico: 2024-2025

Palabras clave

ruso, conflicto bélico, guerra, Rusia, Ucrania, historia, traducción ruso-español

rus, conflicte bè·lic, guerra, Rússia, Ucraïna, història, traducció rus-espanyol

Russian, armed conflict, war, Russia, Ukraine, history, Russian-Spanish translation

Resumen del TFG

El objetivo de este Trabajo de Fin de Grado es analizar el impacto de la guerra ruso-ucraniana en el aprendizaje y la traducción del ruso, desde una perspectiva tanto histórica como sociolingüística y cultural. Así pues, en este trabajo se investiga cómo ha influido el conflicto en la percepción y el uso del idioma. Para ello, se estudian los antecedentes históricos que han marcado la relación entre ambos países y se abordan cuestiones como el papel de la propaganda, la pérdida de interés por aprender ruso y las implicaciones del conflicto en el ámbito de la traducción, a partir del testimonio de dos traductores profesionales. Asimismo, el estudio incluye la traducción de un artículo del ruso al español (RU-ES).

L'objectiu d'aquest Treball de Fi de Grau és analitzar l'impacte de la guerra russo-ucraïnesa en l'aprenentatge i la traducció del rus, des d'una perspectiva tant històrica com sociolingüística i cultural. Així doncs, en aquest treball s'investiga com ha influït el conflicte en la percepció i l'ús de la llengua. Per a això, s'estudien els antecedents històrics que han marcat la relació entre ambdós països i s'aborden qüestions com el paper de la propaganda, la pèrdua d'interès per aprendre rus i les implicacions del conflicte en l'àmbit de la traducció, a partir del testimoni de dos traductors professionals. Així mateix, l'estudi inclou la traducció d'un article del rus a l'espanyol (RU-ES).

The aim of this Final Degree Project is to analyse the impact of the Russia-Ukraine war on the learning and translation of the Russian language, from a historical, sociolinguistic, and cultural perspective. Thus, this study explores how the conflict has influenced the perception and use of the language. To this end, it examines the historical background that has shaped the relationship between the two countries and addresses issues such as the role of propaganda, the decline in interest in learning Russian, and the implications of the conflict in the field of translation, based on the testimony of two professional translators. The project also includes the translation of an article from Russian to English (RU-EN).

Tabla de contenido

Introducción	1
Objetivos	2
Metodología	3
Motivación personal.....	5
CAPÍTULO 1: MARCO CONTEXTUAL.....	7
1. Contexto histórico	7
1.1. Un origen común	8
1.1.1. La Rus de Kiev	9
1.1.2. De príncipe a zar de todas las Rusias	12
1.2. La proclamación del Imperio.....	14
1.2.1. El despertar de la identidad ucraniana y la respuesta imperial: de la reforma a la rusificación.....	17
1.2.2. Tiempos de revolución: la crisis del zarismo y el auge del movimiento ucraniano	18
1.3. El colapso del Imperio y el ascenso de la revolución	21
1.4. Entre independencia y control: la relación de Ucrania con los bolcheviques.....	23
1.4.1. La guerra entre los bolcheviques y la Rada: la lucha por el control de Ucrania	24
1.4.2. Lenin y la autonomía ucraniana: concesiones para consolidar el poder soviético	25
1.4.3. El breve equilibrio soviético: Ucrania entre Lenin y Stalin	27
1.5. La formación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS)	28
1.5.1. De la lucha por el poder a la dictadura estalinista (1924-1953)	29
1.5.2. La Ucrania de Stalin: la tragedia del Holodomor y la represión cultural	31
1.5.3. La Segunda Guerra Mundial (1939-1945): victoria y sovietización	32
1.5.4. La desintegración de la URSS y la independencia de Ucrania	34
1.5.5. La invasión de 2022: una guerra anunciada.....	36
2. Impacto lingüístico del conflicto: la censura y los efectos de la guerra en la traducción....	40
2.1. Consecuencias sociales y mediáticas del conflicto en Rusia.....	41
2.1.1. Censura, represión y control de los medios	41
2.1.2. La resistencia lingüística y simbólica frente al lenguaje propagandístico del Kremlin..	43
2.2. Consecuencias sociales y mediáticas del conflicto en Ucrania	45
2.2.1. El adoctrinamiento en los territorios ocupados	45
2.2.2. Situación lingüística actual en Ucrania.....	48
2.3. Consecuencias sociales y mediáticas del conflicto en Europa y Asia.....	50
2.3.1. La cultura de cancelación en Europa.....	50

2.3.2. La evolución del ruso como segunda lengua tras la invasión.....	52
2.4. Consecuencias sociales y mediáticas del conflicto en España	54
2.4.1. El impacto de la rusofobia.....	54
2.4.2. El aprendizaje y la traducción del ruso en tiempos de guerra	56
CAPÍTULO 2: MARCO TEÓRICO.....	61
3. La identidad lingüística y el papel de la propaganda en tiempos de guerra	61
3.1.1. La nacionalidad soviética y su impacto en la Ucrania contemporánea	61
3.1.2. La propaganda como arma de guerra	62
4. Las técnicas de traducción en el proceso traductor	65
CAPÍTULO 3: MARCO PRÁCTICO.....	67
5. Traducción y análisis de un artículo informativo ruso	67
5.1.1. Traducción del texto	67
5.1.2. Presentación y análisis del texto	67
Conclusiones.....	70
Anexos	73
Texto original	73
Bibliografía.....	74

Introducción

A lo largo de la historia, los idiomas han sido testigos de los cambios que han experimentado las sociedades, desde los movimientos políticos y sociales hasta las revoluciones culturales y tecnológicas. Las lenguas, lejos de ser entidades estáticas, revelan dichas transformaciones y realidades no solo a través de su evolución en el vocabulario y la gramática, sino también a través de un cambio en su percepción social. En muchas ocasiones, los idiomas pueden ser estigmatizados o, por el contrario, reivindicados como signos de identidad o resistencia, en función de las circunstancias a las que se enfrenten sus hablantes. Así, un idioma puede dejar de ser un sistema de comunicación para convertirse en un símbolo de expresión cultural o ideológica, sobre todo en contextos de enfrentamiento entre territorios. En este sentido, los conflictos bélicos afectan tanto a las estructuras políticas y territoriales como a las lenguas y las formas en las que se perciben.

Este es el caso de la guerra entre Rusia y Ucrania, la cual ha tenido un impacto significativo no solo en el ámbito geopolítico, sino también en la percepción y el uso de la lengua rusa. Con la escalada del conflicto, en algunas situaciones se ha asociado el idioma con la invasión y el poder político de Rusia, lo que se ha traducido en una hostilidad gradual hacia el ruso en algunos territorios, especialmente en ciertas regiones de Ucrania y en otros países cercanos. Además, esta estigmatización ha provocado la disminución del interés por aprender ruso en ciertos casos, ya que muchas personas lo relacionan con las tensiones geopolíticas actuales y lo ven como un recordatorio del conflicto que está acabando con miles de vidas inocentes. En consecuencia, en algunas instituciones educativas de países como España se ha detectado una caída en el número de matriculados en los cursos de ruso estos últimos cinco años, como es el caso de la propia Facultad de Traducción e Interpretación de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Por otro lado, el Gobierno ruso ha implementado políticas que obligan a impartir el plan de estudios ruso en las zonas de Ucrania ocupadas por Rusia, sometiendo al profesorado a amenazas y abusos para obligarlos a trabajar en contra de su voluntad (Amnistía Internacional, 2024). Aparte de atentar contra los derechos humanos, esta rusificación forzada viene acompañada por una creciente censura que afecta tanto al uso del idioma ucraniano como a la libertad de expresión, dado que se han prohibido los libros, medios de comunicación y materiales educativos que no se ajusten a los intereses del Gobierno. Esta manipulación de la información hace que el idioma se convierta en una herramienta de represión, lo que contribuye a crear esta percepción negativa.

Como aspirante a traductora que soy, considero que es fundamental que dejemos de asociar ideologías o posiciones políticas a los idiomas, puesto que creo firmemente que la lengua nunca es la responsable de los conflictos o las tensiones que puedan surgir en torno a ella. El hecho de relacionar un idioma con una guerra o una ideología crea una concepción errónea de lo que es la lengua, «un modo de conocimiento, una manera de manifestar los contenidos o las significaciones culturales» (Arbe y Echeberria, 1982). Esta percepción

distorsionada afecta tanto a los hablantes como a los estudiantes del idioma, dado que puede generar rechazo hacia su aprendizaje e incluso su progresivo abandono.

Es por ello que este trabajo se centra en analizar cómo el ruso ha sido objeto de esta politización, para demostrar que las lenguas solo son una víctima más de las circunstancias históricas y políticas que las envuelven y así, concienciar sobre la importancia de separar estos conflictos de la lengua, en este caso, la guerra ruso-ucraniana del idioma ruso. Con este proyecto, espero contribuir a crear una perspectiva más justa y objetiva del papel de los idiomas en la sociedad y recordar que, ante todo, son herramientas de comunicación y expresión cultural y no armas de doble filo que puedan utilizarse para imponer ideologías y reforzar tensiones políticas. Si desvinculamos la lengua del conflicto, podremos apreciarla en su verdadera esencia: como un puente entre culturas y una fuente de entendimiento mutuo.

Objetivos

Este Trabajo de Fin de Grado tiene como objetivo principal analizar el impacto que ha tenido la guerra ruso-ucraniana en el idioma ruso, centrándose en su uso, percepción y enseñanza, con el fin de analizar las consecuencias lingüísticas y culturales que emergen de un conflicto de esta magnitud. El estudio se centra en demostrar cómo las lenguas, en particular el ruso, se convierten en víctimas de los procesos de politización que surgen en contextos de enfrentamiento geopolítico, lo que genera un cambio significativo en su percepción tanto en los países involucrados como a nivel internacional.

Así pues, en el trabajo se investigará cómo ha influido la guerra entre Rusia y Ucrania en la percepción social del idioma en estos países y a nivel global, con un enfoque particular en el contexto de Barcelona. Es bien sabido que la Ciudad Condal destaca por su diversidad cultural y su amplia comunidad internacional, lo que la convierte en un escenario ideal para llevar a cabo este estudio. En este contexto, se examinará el impacto del conflicto en instituciones educativas y académicas de la ciudad, concretamente en la Facultad de Traducción e Interpretación de la UAB y en la Escuela Oficial de Idiomas de Barcelona Drassanes, donde se pueden observar posibles cambios en la demanda, la percepción y las actitudes hacia el aprendizaje del ruso en un entorno multicultural e internacional.

Por otro lado, el estudio incluirá el análisis del papel de la censura estatal y social en Rusia y Ucrania, además de las repercusiones que estas restricciones han provocado. Entre ellas, destacan la creación de nuevas palabras en los medios de comunicación y las redes sociales como estrategia para eludir la censura, así como los cambios en el uso del ruso en Ucrania, especialmente en los territorios ocupados, donde el idioma se está utilizando como una herramienta de adoctrinamiento y control. En este análisis se tendrán en cuenta tanto los puntos de vista de los ucranianos que defienden el uso del ruso como parte de su identidad cultural, como los de aquellos que, tras la guerra, han decidido rechazarlo por considerarlo un símbolo de la ocupación rusa. Asimismo, se investigará cómo estas posturas influyen en la dinámica social y en las decisiones individuales de la sociedad ucraniana, como la elección del idioma en el ámbito familiar, educativo y profesional.

Por último, en el trabajo se analizarán las implicaciones del conflicto en el ámbito de la traducción, con el objetivo de estudiar cómo ha afectado la guerra a esta profesión desde distintas perspectivas. El análisis se centrará en la evolución de la demanda de traducciones del ruso al catalán desde el inicio de la invasión, así como en el impacto del conflicto en las diferentes áreas de la traducción, especialmente en la traducción literaria en comparación con otros sectores, como la traducción comercial. A partir de los testimonios de dos traductores profesionales, se buscará entender de qué manera el contexto sociopolítico ha influido en su trabajo, con el fin de ofrecer a los estudiantes de traducción una visión realista sobre cómo ha repercutido el conflicto en su futura profesión.

En resumen, este TFG tiene como objetivo ofrecer una reflexión crítica sobre las consecuencias que sufren las lenguas en contextos de conflicto, con el fin de evitar el rechazo de su aprendizaje y la discriminación de sus hablantes. Por otro lado, también pretende ayudar a entender mejor la historia del conflicto entre Rusia y Ucrania y sus múltiples consecuencias, tanto lingüísticas como culturales, a través de un análisis detallado de las relaciones históricas entre ambos países que permita entender cómo hemos llegado a la situación actual.

Metodología

Para llevar a cabo un estudio sociolingüístico, es fundamental seleccionar y analizar rigurosamente las fuentes consultadas, lo cual asegura la validez y la fiabilidad de los resultados obtenidos. La investigación se apoyará tanto en fuentes primarias como secundarias, con la intención de proporcionar una visión profunda y multidimensional sobre el impacto de la guerra ruso-ucraniana en la lengua rusa. Además, se tendrán en cuenta tanto publicaciones en español e inglés como publicaciones rusas y ucranianas, con el objetivo de incorporar una variedad de perspectivas que contribuyan a crear un enfoque más neutral y equilibrado sobre el tema.

En primer lugar, se consultarán fuentes bibliográficas académicas que aborden temas relacionados con el conflicto, la sociolingüística y el impacto cultural de las lenguas en contextos bélicos. Estas fuentes incluirán estudios que analicen la evolución histórica del idioma ruso y su percepción en distintos contextos internacionales, así como investigaciones que traten sobre las implicaciones sociolingüísticas de la censura y los conflictos armados. Por otra parte, se consultarán libros y artículos especializados que examinen la historia de las relaciones entre Rusia y Ucrania, desde sus orígenes hasta los acontecimientos que han derivado en el conflicto actual. Este enfoque histórico permitirá contextualizar el análisis lingüístico y cultural, aportando una visión más amplia sobre cómo las tensiones geopolíticas han influido en las identidades nacionales y en el uso de las lenguas en ambos países.

En segundo lugar, se analizará el testimonio de nativos que hayan adoptado diferentes posturas respecto al uso del ruso, desde aquellos que lo aceptan como parte de su cultura hasta aquellos que lo rechazan por completo. Para ello, se prestará especial atención a los testimonios de figuras como escritores, académicos y artistas que hayan optado por expresarse en ruso o en ucraniano, ya que sus decisiones lingüísticas permitirán reflexionar sobre la relación entre el idioma y la identidad cultural, así como sobre las dinámicas sociales y políticas que influyen en dichas elecciones. Asimismo, se estudiará la situación de los rusoparlantes de países como

Letonia o Kazajistán, regiones en las que la guerra ha provocado una polarización en sus actitudes hacia Rusia, tal y como demuestra un análisis del Instituto de Investigación de Política Exterior (FPRI) de este año.

A continuación, se realizará una investigación cuantitativa sobre la evolución del número de estudiantes de ruso entre los años 2020 y 2025 en dos instituciones educativas de Barcelona. Por un lado, se analizarán las estadísticas del número de estudiantes de primer curso matriculados en idioma C ruso del Grado en Traducción e Interpretación de la UAB (aquellos que comienzan a estudiar ruso desde cero) y, por otro lado, se comentarán las cifras del número de alumnos matriculados en el nivel A1 de ruso en la Escuela Oficial de Idiomas de Barcelona Drassanes. Para delimitar el marco temporal del análisis, se tomarán como referencia los dos años anteriores y los dos años posteriores al conflicto. Este intervalo permite captar tanto la tendencia previa a los acontecimientos como las consecuencias a corto plazo en lo que respecta a la demanda. De este modo, se podrá obtener una visión más completa de cómo dicho conflicto ha influido en el interés por aprender ruso en el contexto educativo de nuestra ciudad.

Además de las fuentes mencionadas, se realizará la traducción y el análisis del artículo *Путин назвал неправомерными попытки запретить украинские языки и культуру в РФ*¹, publicado el 14 de octubre de 2022 en la agencia estatal de noticias TASS (en ruso, TACC). Este análisis permitirá explorar cómo el discurso oficial ruso presenta una postura de respeto hacia la lengua y la cultura ucranianas, a pesar de que, en la práctica, existen medidas que contradicen esa imagen. Así, se estudiará cómo este tipo de mensajes forma parte de una estrategia propagandística que busca influir en la percepción pública y justificar determinadas acciones políticas. Por otra parte, este ejercicio servirá como práctica de traducción, para poner a prueba los conocimientos adquiridos a lo largo de la carrera. También se explicarán de forma teórica algunas de las técnicas de traducción según la clasificación propuesta por Hurtado (2001).

Asimismo, con el objetivo de enriquecer el análisis y comprender mejor las implicaciones del conflicto en el ámbito de la traducción del ruso al castellano o catalán, se contactará con dos traductores profesionales, Judit Díaz y Miquel Cabal, para que proporcionen su punto de vista sobre cómo se ha visto afectada la traducción a raíz del conflicto entre Rusia y Ucrania. Este testimonio permitirá identificar posibles cambios en la demanda de traducciones, así como las dificultades específicas que puedan haber surgido. También se analizará el fenómeno de la rusofobia en Barcelona y cómo esta actitud está afectando no solo a la percepción de la lengua rusa, sino también a la percepción de su cultura en general. Ejemplos de esta situación incluyen el ataque a la Casa de Rusia de Barcelona en marzo de 2022, que fue vandalizada con mensajes de odio, y el caso de locales rusos, como restaurantes o supermercados, los cuales han experimentado un descenso en el número de clientes y han recibido comentarios xenófobos. Estos incidentes reflejan cómo el rechazo hacia las acciones políticas de Rusia puede traducirse en una hostilidad generalizada hacia su comunidad, lo que

¹ Mi propuesta de traducción es la siguiente: «Putin calificó de ilegítimos los intentos de prohibir la lengua y la cultura ucranianas en Rusia». Para acceder al artículo, dirígete a: <https://tass.ru/politika/16060709>

subraya la importancia de evitar que la lengua y la cultura se conviertan en víctimas colaterales del conflicto.

Motivación personal

Desde que empecé a estudiar ruso, he sentido un gran interés por el papel que juegan los idiomas en la sociedad, no solo como medio de comunicación, sino también como puentes entre culturas. Por esta razón, decidí que lo mejor para mí sería adentrarme en el mundo de la traducción. Al fin y al cabo, ¿qué es un traductor sino un arquitecto del lenguaje, encargado de construir esas conexiones que permiten que las ideas y las culturas viajen más allá de las fronteras?

A través de su labor, el traductor nos recuerda que, a pesar de nuestras diferencias, todos compartimos un lenguaje común, un lenguaje que no entiende de gramáticas ni diccionarios, sino de sentimientos y conexiones. Sin embargo, los recientes acontecimientos en el conflicto entre Rusia y Ucrania han demostrado cómo un idioma puede ser juzgado y estigmatizado injustamente debido a circunstancias políticas y bélicas, llegando incluso a convertirse en un motivo de confrontación. Este fenómeno no solo afecta a la lengua en sí, sino también a las personas que la hablan y la estudian, tal y como he podido comprobar durante estos años de mi formación.

Cuando comencé a estudiar ruso a finales del año 2021, no me imaginaba que las tensas relaciones entre Rusia y Ucrania desencadenarían una guerra que transformaría por completo la percepción del idioma y la cultura rusa a nivel global. Un idioma que, antes del conflicto, únicamente se consideraba una lengua de gran valor cultural, histórico y literario, asociada a grandes figuras como Dostoievski, Pushkin o Chaikovski. No obstante, justo después del estallido de la guerra, pude observar cómo estos nombres parecían quedar en el olvido, eclipsados por las connotaciones políticas y sociales que el ruso había adquirido. La riqueza cultural y literaria que durante siglos había definido a la lengua comenzó a quedar en segundo plano frente al rechazo y las críticas asociadas a la situación geopolítica de Rusia. Este cambio de perspectiva me hizo reflexionar sobre cómo las lenguas, lejos de ser responsables de los conflictos bélicos, se convierten en víctimas colaterales de los mismos, afectando incluso a los estudiantes que, como yo, solo buscan entender y apreciar la riqueza cultural de un idioma. ¿Acaso me tendría que avergonzar el hecho de estar estudiando una lengua?

Así pues, decidí profundizar en este tema para poder comprender los diversos puntos de vista que existen y analizar las implicaciones culturales, sociales y educativas que han surgido a raíz de esta guerra. A través de esta investigación, busco ofrecer una visión más amplia que permita reflexionar sobre el impacto de los acontecimientos políticos en la evolución y el significado de una lengua porque, como estudiante de ruso que soy, me parece muy injusto que un idioma tan rico y diverso quede reducido únicamente a las acciones políticas de un Gobierno que no representa ni la totalidad de su pueblo ni la profundidad de su legado cultural.

Como cualquier otro idioma, el ruso es una lengua que va mucho más allá de las fronteras políticas: es el idioma de una literatura universal, de un pensamiento filosófico profundo y de una tradición artística que ha influido en todo el mundo. Por ello, es fundamental que, como sociedad, reflexionemos sobre la importancia que tienen las lenguas en todos los ámbitos de la vida y sobre la necesidad de protegerlas de los prejuicios y las tensiones políticas que las rodean. Tal y como dijo el escritor ruso Aleksandr Kuprín: «*Язык – это путь цивилизации и культуры*», lo que en español se traduciría como «El lenguaje es el camino de la civilización y la cultura».

CAPÍTULO 1: MARCO CONTEXTUAL

1. Contexto histórico

Para entender el conflicto actual entre Rusia y Ucrania es fundamental analizar la compleja historia de sus relaciones, marcadas por siglos de interacción política, cultural y social. Desde sus orígenes en la Rus de Kiev, considerada por ambos países como la cuna de su identidad histórica y cultural, hasta los períodos de dominación imperial bajo el Imperio ruso y posteriormente la creación de la Unión Soviética, ambos países han desarrollado vínculos profundos que, a pesar de reflejar una historia común, también han sido fuente de tensiones y conflictos derivados de la lucha por el control político, la autonomía cultural y la soberanía nacional. Estos períodos históricos evidencian tanto momentos de cooperación y coexistencia como episodios de imposición y resistencia, los cuales han dejado una huella imborrable en la relación entre ambas naciones.

A lo largo de los siglos, la identidad ucraniana ha evolucionado de manera distinta a la rusa, a pesar de compartir raíces históricas comunes. Esta divergencia se ha manifestado en aspectos culturales, lingüísticos y políticos, lo que ha generado tensiones que han perdurado hasta la actualidad. Mientras que Rusia ha promovido una narrativa de unidad basada en el legado común de la Rus de Kiev y su papel como centro de poder en la región, Ucrania ha reivindicado su derecho a la autodeterminación y el desarrollo de una identidad cultural propia. Estas perspectivas contrapuestas se han manifestado de distintas maneras a lo largo de la historia, como durante dominación imperial rusa, cuando se implementaron políticas de rusificación que buscaban minimizar la expresión cultural y lingüística ucraniana (Zabala, 2022). Posteriormente, en la era soviética, aunque Ucrania gozó de cierto reconocimiento formal como república, las restricciones impuestas a su identidad nacional continuaron vigentes, lo que fomentó un creciente sentimiento de resistencia entre la población.

Después de alcanzar su independencia en 1991, Ucrania buscó consolidar su soberanía y definir su lugar en el panorama internacional, un proceso de construcción nacional que estuvo marcado por desafíos internos y externos. Este período se caracterizó por una creciente tensión entre las aspiraciones de Ucrania de forjar su propio camino y los intentos de Rusia por mantener su influencia en la región. Dicha tensión se agudizó en los años siguientes, especialmente con los intentos de Ucrania por acercarse a Occidente, lo que desencadenó una serie de crisis políticas y sociales, incluyendo la Revolución Naranja de 2004 y las protestas del Euromaidán entre 2013 y 2014. Estos acontecimientos históricos pusieron en evidencia las profundas divisiones dentro de la sociedad ucraniana, entre aquellos que abogaban por una mayor integración con Occidente y aquellos que preferían mantener lazos más estrechos con Rusia.

Por otro lado, la ocupación rusa de Crimea en 2014 marcó un punto de no retorno en las relaciones entre ambos países. La anexión de Crimea por parte de Rusia, no reconocida internacionalmente, no solo desestabilizó la situación política en Ucrania, sino que también agravó las tensiones geopolíticas entre Rusia y los países occidentales. Esta acción de Rusia se

interpretó como una clara violación del derecho internacional y de la integridad territorial de Ucrania, por lo que el Consejo de la Unión Europea respondió con la imposición de sanciones económicas y diplomáticas contra Rusia, las cuales ha decidido prorrogar hasta el 23 de junio de 2025. Además, debemos tener en cuenta que el conflicto se extendió a otras partes de Ucrania, particularmente en la región del Donbás², donde grupos separatistas prorrusos proclamaron la independencia de las autoproclamadas repúblicas de Donetsk y Lugansk. Esto llevó a un conflicto armado prolongado en el este de Ucrania que ha causado miles de muertes y desplazamientos masivos de población.

La situación se agravó significativamente el 24 de febrero de 2022, cuando el presidente ruso Vladímir Putin anunció una operación militar especial en Ucrania (Zabala, 2022). Según sus propias declaraciones, los principales objetivos eran la desmilitarización y «desnazificación» (TACC, 2024) del país vecino, así como la protección de los habitantes del Donbás que, como he mencionado anteriormente, corresponde a una región separatista prorrusa en conflicto con el Gobierno central ucraniano desde hace más de ocho años. A partir de ese momento, el conflicto adquirió una escala mucho mayor, hasta el punto de transformarse en una guerra a gran escala que afectó no solo a las regiones en disputa, sino a todo el territorio ucraniano.

Más allá de sus implicaciones geopolíticas, la invasión rusa de Ucrania ha provocado grandes cambios en el panorama social y cultural del país, cuyas repercusiones han trascendido sus fronteras. Como consecuencia, la ofensiva rusa ha generado una crisis humanitaria sin precedentes en Europa en las últimas décadas, con millones de desplazados y un impacto significativo en la política, la economía y la seguridad internacionales. Además, este conflicto ha intensificado la polarización ideológica y el uso del lenguaje como herramienta de propaganda, lo que ha afectado la percepción del idioma ruso tanto dentro como fuera de las fronteras de los países implicados. Para comprender mejor el trasfondo de esta situación, a continuación, se presentará un análisis de las distintas etapas históricas que han marcado las relaciones entre Rusia y Ucrania, lo que permitirá contextualizar el impacto actual del conflicto en el idioma y la cultura.

1.1. Un origen común

Para entender la Rusia y Ucrania actuales, es fundamental conocer sus orígenes históricos. Por ello, a lo largo de este apartado, realizaremos un recorrido detallado por los principales acontecimientos que han marcado el desarrollo de ambos países a lo largo de los siglos, con el objetivo de contextualizar las tensiones y dinámicas que los caracterizan en la actualidad y que influyen en su relación mutua y en la percepción global de sus respectivos roles en el escenario internacional.

² Донбас (en ucraniano, *Донбас*) se transcribe de diferentes maneras según el sistema que se utilice. En español, la forma más común es Donbás, mientras que en inglés y otros idiomas se suele emplear Donbass. También puede encontrarse la variante Dombas, aunque es menos frecuente.

Todas las naciones tienen su historia de origen. El caso de Rusia, tal y como menciona Pastor (2019), es el de un país que se encuentra en un proceso constante de búsqueda de su «propia esencia», un fenómeno ligado tanto a su ubicación geográfica entre dos continentes (Asia y Europa), como a la reinvenCIÓN de su historia. A lo largo del tiempo, Rusia ha sido uno de los países que más ha aprovechado su pasado como herramienta política, a través de seleccionar episodios históricos específicos para subrayar características de la identidad rusa y reforzar posiciones que favorezcan sus intereses. En este contexto, se pueden identificar cuatro momentos clave en la historia de Rusia que han sido fundamentales para definir su identidad: la Rus de Kiev, la invasión mongola, el Imperio ruso y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

1.1.1. La Rus de Kiev

La Rus de Kiev, el primer estado eslavo de la historia (Cartechini, 2024), fue fundada en el siglo IX y abarcó lo que hoy son los territorios de Rusia, Ucrania y Bielorrusia. Este territorio, considerado el fundador de Ucrania por algunos y la cuna de Rusia por otros, dejó un legado compartido entre los estados eslavos y constituyó una base fundamental para la identidad rusa que perdura hasta la actualidad. Un aspecto clave a señalar es la diversidad étnica de los orígenes eslavos, ya que, según diversos autores, no existe una identidad eslava única y pura, sino que, más bien, se trata de un conjunto de identidades diversas, fruto de esta riqueza cultural y étnica (Pastor, 2019). La Rus de Kiev no solo representa un momento político, sino que destaca especialmente por tratarse de un período religioso debido a la conversión al cristianismo. El origen de este relato se encuentra en el mito fundacional conocido como la *Crónica de Néstor*, un monje del monasterio de las Cuevas de Kiev al que se le atribuye la autoría de dicha obra. Escrita por monjes durante el reinado de Sviatopolk II, esta crónica combina la historia de los orígenes la Rus de Kiev con un enfoque religioso, con el objetivo de justificar la conversión al cristianismo de los pueblos de esta región (Gimón, 2021).

La *Crónica de Néstor* relata que, en el año 862, las tribus eslavas del noroeste de Rusia solicitaron la ayuda de los *rus*, término que utilizaban los pueblos eslavos para referirse a las poblaciones escandinavas, conocidas en Europa con el sobrenombre de vikingos, normandos o nórdicos y como varegos entre los bizantinos (Cartechini, 2024), para que los gobernaran. Esto se debió a que los indígenas, tras fracasar en sus intentos de autogobierno, se vieron obligados a pedir a los mismos pueblos que los habían invadido que regresaran para administrar sus tierras. Así pues, tres hermanos de la noble familia Rus, llamados Rúrik, Sineus y Truvor, aceptaron la invitación y se establecieron en la región eslava oriental. Sin embargo, la muerte de los dos últimos facilitó a Rúrik el control de los territorios septentrionales de la región eslava, cuya población local le entregó el poder. Entre estos territorios se encontraba Nóvgorod, una ciudad clave como punto comercial del norte y la cual estableció como la capital de lo que, a partir de entonces, sería conocido como la tierra de los Rus. Despues de su fallecimiento en el año 879, le sucedió su hijo Oleg, quien logró conquistar Kiev en el año 882 y la convirtió en la capital.

El reinado de Oleg (879-912), igual que el de su sucesor Igor, se caracterizó por la expansión territorial, un hecho que llevó al ejército de la Rus a enfrentarse con los pechenegos, un pueblo nómada que controlaba gran parte de las estepas del sureste de Europa y la península de Crimea. Además, en este período la Rus de Kiev mantuvo una relación fluctuante con Constantinopla, alternando entre la guerra y el comercio. Tras la muerte de Igor, su esposa Olga (945-962) asumió el poder como regente de su hijo Sviatoslav. Su gobierno se caracterizó por la consolidación del Estado y la represión de sus oponentes, como la tribu eslava de los drevianos. Tras convertirse al cristianismo ortodoxo, intentó sin éxito difundir esta religión en la Rus. En 962, cuando Svyatoslav alcanzó la mayoría de edad, se convirtió en el gran príncipe de Kiev y lideró grandes campañas militares que ampliaron el dominio de la Rus y fomentaron la unificación de las tribus eslavas orientales. Su muerte desató una guerra entre sus hijos, de la que surgió Vladímir el Grande (980-1015), quien fortaleció el carácter sagrado de la Rus de Kiev y, además de reforzar el vínculo de la Rus con Constantinopla, en 988 ordenó el bautismo masivo de su población en el río Dniéper, lo que estrechó los lazos con el Imperio bizantino. Posteriormente, su matrimonio con Anna Porfirogénita, hija del emperador bizantino, facilitó la llegada de clérigos ortodoxos y la difusión del alfabeto cirílico en la región, lo que marcó una clara separación entre las nuevas Iglesias oriental y católica europea, que usaban el alfabeto latino. Entre 1019 y 1054 la Rus de Kiev alcanzó su máximo esplendor político, cultural y artístico bajo el Gobierno de Jaroslav el Sabio, hijo de Vladímir. No obstante, las disputas sucesorias provocaron guerras internas que debilitaron su unidad y, poco a poco, la Rus de Kiev se fragmentó en una serie de principados que, con el tiempo, adquirieron mayor autonomía. Finalmente, en el siglo XIII, las invasiones tártaro-mongolas pusieron fin a la Rus de Kiev y se formaron varios principados que, con el tiempo, desarrollaron sus propias identidades históricas y culturales (Cartechini, 2024).

Sin embargo, desde el siglo XVIII, el origen de Rúrik y sus hermanos ha sido un tema de gran controversia en la historiografía rusa, ucraniana y bielorrusa, dado que los distintos nacionalismos han intentado apropiarse de la Rus de Kiev como fundamento de sus Estados-nación. Por un lado, los historiadores rusos, tanto zaristas como soviéticos, promueven la idea de un pasado común entre los pueblos eslavos, justificando así la expansión territorial de Rusia. Argumentan que la dinastía Rúrikovich³, descendiente de Rúrik, gobernó los territorios de la Rus de Kiev hasta su fragmentación en el siglo XIII en pequeños principados como Kiev, Nóvgorod y Vladímir-Súzdal. Con la conquista de los mongoles, estos principados mantuvieron cierta autonomía con sus propios líderes de la dinastía Rúrikovich, pero se encontraban bajo la soberanía del Imperio mongol (Gimón, 2021). En este contexto, los mongoles establecieron la Horda de Oro (también conocida como Horda Dorada), un estado fundado en el siglo XIII, cuyo sistema de gobierno se basaba en una estructura jerárquica encabezada por el kan, quien ejercía el poder absoluto. Como he mencionado anteriormente, los principados mantenían su autonomía interna, pero estaban sujetos a la autoridad del kan y debían pagar tributos anuales. A cambio de estos tributos, los gobernantes locales (los príncipes de los principados) mantenían su poder y eran reconocidos por el kan. Este sistema de vasallaje

³ Del ruso *Рюриковичи*, la forma estandarizada en español es dinastía Rúrikovich, aunque también se la conoce como dinastía Rúrika o dinastía Ruríkida (en ucraniano: *Рюриковичі*).

aseguraba la soberanía mongola sobre la región y le otorgaba control sobre los recursos y la política interna de los principados rusos.

No solo cambió el orden político, sino también la composición territorial. En términos generales, la Rus de Kiev quedó dividida en dos regiones con trayectorias políticas distintas. Los principados del suroeste (Pólotsk, Vitebsk, Minsk, Chernígov, Kiev, Volinia y Gálich) cayeron bajo la influencia de Polonia y Lituania, lo que les proporcionó cierta protección frente al dominio mongol y facilitó un acercamiento a Occidente. En contraste, la mitad noroccidental, conquistada por los mongoles, se fragmentó en 14 feudos con su propio ejército y sistema tributario, donde los príncipes eran reconocidos como gobernantes (Figes, 2022). Por otro lado, la dinastía Rúrikovich continuó gobernando hasta la muerte de Teodoro I, último heredero directo de Rúrik, quien falleció sin descendencia. Tras un período de inestabilidad, la casa Románov ascendió al trono. Esta familia estaba emparentada con los Rúrikovich a través de Anastasia Románovna, esposa de Iván IV. Así, esta nueva dinastía gobernó hasta la Revolución Rusa de 1917 (Gimón, 2021).

Por el contrario, los historiadores nacionalistas ucranianos y bielorrusos defienden con firmeza la distinción entre las diversas culturas eslavas y las han separado de la rusa. Un ejemplo de ello es el historiador ucraniano Mijailo Grushevski, quien presenta pruebas etnográficas que diferencian a los rusos de los ucranianos en sus obras sobre la historia de Ucrania, con el objetivo de fomentar el renacer de un sentimiento nacionalista ucraniano (Gimón, 2021). En el contexto actual, tanto ucranianos como rusos recurren a los orígenes de su historia para justificar sus respectivas posturas: mientras que los ucranianos afirman su independencia, los rusos sostienen que Ucrania y Rusia forman parte de una misma nación. Para ello, ambos reclaman que la Rus de Kiev fue el nacimiento de sus respectivas naciones. El punto de vista ucraniano sostiene que Rusia no puede reclamar la herencia de la Rus de Kiev, ya que sus orígenes están en el principado de Vladímir-Súzdal, el cual acabó convirtiéndose en el Gran Ducado de Moscú. Además, los nacionalistas ucranianos defienden que los rusos descienden de los *slovianians* y los *viaticinians*, pueblos que habitaron al norte de la estepa euroasiática, una zona de tránsito para pueblos nómadas, invasiones y migraciones. Los ucranianos, en cambio, tienen su origen en la tribu *polianian*, asentada en la región de la actual Kiev (Granados, 2002). Según esta perspectiva, las diferencias entre Rusia y Ucrania se originaron antes de la formación de la Rus de Kiev.

Grushevski (1965) sostiene que la nación ucraniana surgió en la Rus de Kiev y se desarrolló a través del principado de Galitzia-Volinia, el Gran Ducado de Lituania y la Ucrania cosaca (Hetmanato), hasta que llegó a consolidarse en la Ucrania contemporánea, trazando así una línea de continuidad que legitimaba la existencia del Estado ucraniano. Según su perspectiva, Vladímir-Súzdal no fue el heredero de la Rus de Kiev, sino que creció de sus propias raíces. Por lo tanto, aunque es cierto que adoptó elementos de su sistema de gobierno, leyes, cultura y estructura sociopolítica, para Grushevski, esto no implica que la Rus de Kiev forme parte de la historia de la nacionalidad rusa. La historiografía ucraniana atribuye a la situación geográfica de Vladímir y Galitzia la formación de dos tradiciones políticas distintas: el individualismo democrático en Ucrania frente al autoritarismo moscovita. Tras la disolución de la Unión Soviética en 1991, los nacionalistas ucranianos retomaron este argumento para

reivindicar su separación de Rusia y su pertenencia a Europa Central, en contraste con el origen asiático atribuido a Rusia (Granados, 2002). Sin embargo, según el punto de vista ruso, Ucrania se considera parte integral de la nación rusa. Las tradiciones, la cultura y el sistema político, económico y religioso de la Rus de Kiev se trasladaron a Vladímir-Súzdal y, posteriormente, al Imperio zarista (Granados, 2002). En el siglo XVIII, el historiador ruso Mijaíl Pogodin argumentó que en el territorio de la Rus de Kiev estaba poblado por rusos que, tras la invasión mongola, huyeron hacia el norte. Según su teoría, este territorio después estuvo habitado por los descendientes de los ucranianos originarios de los Cárpatos, no de la Rus de Kiev (Pelenski, 1998). Es decir, para Pogodin, la herencia de la Rus de Kiev pertenece exclusivamente a Rusia. No obstante, aunque es cierto que los eslavos son originarios de los Cárpatos, este pueblo incluye tanto a los rusos como a los ucranianos, lo que refuerza la idea de que ambos pueblos comparten esta herencia. Este choque de perspectivas entre las interpretaciones rusas y ucranianas sobre sus respectivos orígenes en la Rus de Kiev demuestran que el conflicto actual no es solo una disputa territorial, sino que también es una lucha por el control de la memoria histórica, la identidad nacional y el futuro de la región. Como consecuencia, no solo se han intensificado las tensiones políticas, sino que también ha afectado en la manera en la que las dos naciones perciben y utilizan el idioma, la cultura y la historia como herramientas para afirmar sus identidades nacionales.

1.1.2. De príncipe a zar de todas las Rusias

La fragmentación de la Rus de Kiev en el siglo XIII marcó el inicio de una evolución divergente de los territorios que más tarde conformarían las actuales Rusia y Ucrania. Mientras que algunos principados occidentales quedaron bajo el dominio del Gran Ducado de Lituania y la Mancomunidad Polaco-lituana (también llamada República de las Dos Naciones), el nordeste comenzó a consolidarse en torno a Vladímir-Súzdal, un principado clave en la región. A lo largo de los siglos XIV y XV, Moscú, que inicialmente era una pequeña ciudad, empezó a ganar poder, convirtiéndose en el centro de un nuevo principado. Este proceso culminó con la consolidación de Moscovia bajo Iván III, quien unificó los territorios circundantes y estableció las bases del futuro Estado ruso. Este proceso no solo transformó el mapa político de la región, sino que también sentó las bases para dos identidades nacionales distintas, cada una con su propia interpretación sobre el legado de la Rus de Kiev.

Tras la fragmentación de la Rus de Kiev, el territorio del Principado de Moscú, inicialmente una entidad pequeña en el nordeste de lo que hoy es Rusia, comenzó a ganar importancia. En sus primeras etapas, este principado no era más que un pequeño enclave dentro de la Rus de Kiev, cuyo núcleo era Moscú. Sin embargo, durante el siglo XIII, el principado pasó a llamarse Moscovia, una denominación que reflejaba su creciente poder e influencia en la región. Uno de los desafíos más significativos para el ascenso de Moscovia fue la presión de la Horda de Oro, el Imperio mongol que dominaba gran parte de Eurasia. A partir del siglo XIII, Moscovia fue uno de los principados más afectados por el yugo mongol, puesto que estaba sometido a su control tributario y político. Sin embargo, a medida que la Horda de Oro comenzó a debilitarse en el siglo XV, Moscovia aprovechó la oportunidad para afirmar su independencia y expandir su territorio.

El conflicto culminó en la decisiva victoria de Iván III de Moscova, quien, en 1480, logró liberar a Moscova del control directo de los mongoles en la conocida Batalla del río Ugra (Alekseiev, 2015). Esta victoria no solo significó la liberación de Moscova, sino también la afirmación de su poder sobre otras regiones vecinas y, con la caída de la Horda de Oro, Moscova comenzó a consolidar una identidad más unificada, distanciándose de las tradiciones políticas y culturales de los principados ucranianos y lituanos, lo que sentó las bases del futuro Imperio ruso. Así, Iván III, el primer gobernante de Moscova que intentó asumir el título de zar, marcó un punto de inflexión en la consolidación del poder en la región. Sin embargo, él no fue coronado zar, sino su nieto, Iván IV, conocido como Iván el Terrible, quien se convirtió en el primer gobernante en ostentar oficialmente este título en 1547. La palabra *zar*, derivada de *césar*, representaba la ambición de Iván IV por situarse como un emperador o rey de reyes (Plojí, 2023), no solo del reino de Moscova, sino también como un continuador del legado imperial romano y bizantino. En palabras del historiador ucraniano Serguéi Plojí: «Iván IV el Terrible se consideraba descendiente del emperador Augusto, a partir de una genealogía con la que intentaba remontarse, a través de los príncipes de Kíiv⁴, hasta los emperadores de Bizancio y sus antepasados romanos». Esta conexión con los antiguos príncipes de Kiev y la tradición imperial bizantina no solo servía como justificación política, sino también como un medio para aumentar la expansión territorial de Moscova.

A lo largo de su reinado, Iván IV emprendió una serie de conquistas que expandieron considerablemente el territorio de Moscova. En la década de 1550, sometió los kanatos⁵ de Kazán y Astracán, territorios que, al igual que Moscova, eran sucesores de la poderosa Horda de Oro. Estas victorias, especialmente sobre los kanatos del Volga, fueron fundamentales para su autoproclamación como zar. No obstante, su ambición no se detuvo ahí. Iván IV intentó expandir su dominio hacia el oeste, hasta el punto de enfrentarse al Gran Ducado de Lituania, lo que lo llevó a la guerra de Livonia (1558-1583). Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, la campaña fue un fracaso, ya que Moscova se encontró luchando contra una coalición de fuerzas que incluía a Polonia-Lituania, Suecia y Dinamarca (Plojí, 2023). A comienzos del siglo XVII, Moscova atravesó una profunda crisis conocida como el Período Tumultuoso (1598-1613), caracterizada por la inestabilidad política, el colapso dinástico y la intervención extranjera. En este período, el zar era Fiódor I, hijo de Iván IV el Terrible, quien tuvo un reinado considerablemente más débil que el de su padre. A diferencia de Iván, cuyo gobierno se caracterizó por una expansión territorial agresiva y un poder autocrático, Fiódor carecía de las habilidades políticas y militares necesarias para gobernar con firmeza. Debido a su falta de liderazgo, el control efectivo del gobierno recayó en Borís Godunov en el año 1598, quien dirigió el país durante su reinado. Así pues, Fiódor I puso fin a la dinastía Rúrikovich.

⁴ Se trata de una transliteración del ucraniano *Kuīv*. En los últimos años, el uso de las formas *Kíiv* o *Kyiv* se ha popularizado en ámbitos internacionales como parte de un esfuerzo por adoptar la nomenclatura ucraniana y reflejar la independencia lingüística y cultural del país.

⁵ Los kanatos eran Estados sucesores del Imperio mongol encabezados por un kan. En este contexto, entidades como los kanatos de Kazán, Astracán y Crimea desempeñaron un papel clave en la expansión de Moscova en los siglos XV y XVI.

Tras la muerte de Borís Godunov en 1605, un hombre que afirmaba ser Dimitri Ivánovich, hijo menor de Iván IV que supuestamente había fallecido en 1591, logró hacerse con el trono con el apoyo de la nobleza polaca y respaldado por fuerzas militares. Conocido como Dimitri I el Impostor (1605-1606), su reinado fue breve, ya que sus vínculos con los polacos y sus reformas impopulares generaron el rechazo de los boyardos⁶, quienes lo derrocaron y ejecutaron en 1606. A pesar de su muerte, su figura inspiró la aparición de otros «falsos Dimitris» (Gúzeva, 2023), quienes intentaron reclamar el trono en los años siguientes, lo que prolongó la inestabilidad de Moscova y favoreció la intervención extranjera, especialmente la polaca. La Mancomunidad Polaco-lituana, con el objetivo de consolidar su influencia sobre Moscova, apoyó a estos «falsos Dimitris» para poder debilitar la posición de Moscova y expandir su dominio en la región. En 1610, las tropas polacas ocuparon Moscú, un hecho que representó un punto crítico en el Periodo Tumultuoso de Moscova. Con el apoyo de los boyardos, que preferían un gobernante polaco o alguien más afín a sus intereses, los polacos intentaron imponer en el trono a un príncipe polaco, Vladislao IV, lo que profundizó las tensiones con la población de Moscova, que rechazaba la ocupación extranjera. Este intento de imponer a un monarca polaco al trono moscovita formaba parte de los esfuerzos de la Mancomunidad Polaco-lituana para consolidar su influencia sobre Moscova y, de esta forma, debilitar la posición de la Rusia zarista.

Sin embargo, a pesar de la ocupación y el apoyo de algunos sectores de la nobleza moscovita, la idea de un zar polaco nunca se aceptó de manera generalizada. La mayoría de la población rusa, especialmente los boyardos que defendían el poder tradicional de Moscova, rechazaron la idea de un rey extranjero en el trono. Esta situación provocó una fuerte resistencia popular y la creación de un movimiento de liberación encabezado por grupos como los cosacos y los habitantes del Volga, quienes organizaron revueltas contra las fuerzas invasoras. Por otro lado, esta intervención también tuvo un impacto cultural y religioso, dado que la mayoría de los moscovitas seguían la fe ortodoxa, mientras que los polacos eran católicos, algo que exacerbó las tensiones religiosas entre ambos pueblos. Moscova se veía a sí misma como la heredera legítima de la tradición ortodoxa de la Rus de Kiev, mientras que la ocupación polaca representaba una amenaza, tanto para su independencia como para su identidad religiosa. Finalmente, la ocupación polaca y la imposición de Vladislao IV como zar no perduraron. En 1612, las fuerzas polacas fueron expulsadas de Moscú y, en 1613, la nobleza moscovita eligió a Miguel Románov como zar, lo que marcó el inicio de la dinastía Románov.

1.2. La proclamación del Imperio

La dinastía Románov comenzó en 1613 con la elección de Miguel I como zar de Rusia. Su ascenso al trono, respaldado por la Zemski Sobor (*Земский собор*), una asamblea nacional que contaba con representantes de la nobleza, del clero y del pueblo, puso fin al Período Tumultuoso y, a partir de entonces, el término *Moscovia* dejó de utilizarse de manera oficial

⁶ Los boyardos eran la aristocracia terrateniente y la nobleza más poderosa de Moscova, la cual desempeñaba un papel importante en la administración y en el apoyo al zar. Aunque su poder fue notable, también competían entre sí por la influencia política, y su apoyo o rechazo a un monarca podía determinar la estabilidad del reinado.

para referirse al Estado y se consolidó el nombre de *Rusia*, derivado del griego bizantino (Plojí, 2023). Este cambio reflejó la evolución política y territorial del país, que superó el aislamiento del antiguo principado moscovita y comenzó a proyectarse como una potencia en expansión. Asimismo, su reinado marcó el inicio de un largo período de gobierno autocrático que se extendió hasta la Revolución de 1917.

A medida que la nación se asentaba como un estado con una gran influencia, también se enfrentaba a desafíos internos y externos que reclamaban una renovación radical de sus estructuras. Fue en este contexto que Pedro I, conocido como Pedro el Grande, se convirtió en una figura crucial. Desde su ascenso al trono en 1682, Pedro I se embarcó en un ambicioso proceso de modernización que afectó tanto a la política como a la cultura del país. Mientras la dinastía Románov consolidaba su dominio, Pedro reconoció la necesidad de Rusia de abrirse al mundo occidental para poder competir con las grandes potencias de Europa. Su reinado representó el punto culminante de una serie de reformas que buscaban transformar a Rusia en una nación moderna y militarmente poderosa. Así, la transición de la Moscova medieval a la Rusia moderna no solo implicó un cambio en su nombre y en su estructura política, sino también una renovación profunda que Pedro el Grande impulsó con una visión clara de abrir su país a las influencias y avances de Occidente.

Dicho proceso de transformación alcanzó un hito decisivo el 22 de octubre de 1721, fecha en la que se proclamó el nacimiento del Imperio ruso (S. Fernández, 2014). Este momento culminante se dio tras la victoria de Rusia en la Gran Guerra del Norte (1700-1721), un conflicto que enfrentó a una coalición liderada por Rusia contra el Imperio sueco. La guerra surgió a raíz de las tensiones por el control de los territorios del Báltico y las rutas comerciales en la región. Bajo el liderazgo de Pedro el Grande, Rusia buscaba expandir su influencia y acceder al mar Báltico, mientras que Suecia, bajo el rey Carlos XII, intentaba mantener su dominio sobre la zona. La batalla de Poltava (1709) fue uno de los momentos más decisivos de este conflicto. En esta batalla, las fuerzas rusas, que superaban a Suecia en número y recursos, derrotaron al ejército sueco, un hecho que marcó el principio del fin del dominio sueco en el Báltico. Al concluir la guerra con la firma del Tratado de Nystad en 1721, Rusia obtuvo territorios clave y consolidó su posición como una gran potencia europea. Como afirma Plojí (2023): «La victoria de Moscú [...] catapultó al Imperio ruso a una posición de potencia europea, con posesiones en el Báltico y en Europa Central, donde redujo la Mancomunidad Polaco-lituana a un protectorado *de facto*».

Por otro lado, en Ucrania, el impacto de la Gran Guerra del Norte y la consolidación del poder de Pedro el Grande se extendieron más allá de los límites del campo de batalla. Tras la victoria de Poltava, Pedro se centró en asegurar el control total de las regiones que aún mantenían cierta autonomía, especialmente en Ucrania, donde los cosacos habían sido aliados clave de los suecos durante el conflicto. La derrota de los ejércitos suecos significó no solo una victoria militar para Rusia, sino también una oportunidad para reforzar la autoridad del zar en las regiones periféricas de su Imperio. En este contexto, Pedro I llevó a cabo una serie de reformas que recortaron significativamente la autonomía de los cosacos, quienes habían disfrutado de una independencia relativa en el sistema político y militar bajo el liderazgo de los hetmanes. La abolición del cargo de hetmán, el líder tradicional de los cosacos, marcó el

fin de una era de autogobierno en la región conocida históricamente como el Hetmanato. Para implementar este cambio, Pedro I estableció una nueva estructura administrativa en Ucrania, el Colegio de la Pequeña Rusia (Plojí, 2023). Este cuerpo administrativo estaba bajo el control directo de la administración rusa y se encargaba de supervisar los asuntos internos del territorio cosaco para integrar a Ucrania en el Imperio ruso y limitar las posibilidades de resistencia o de alianzas externas. Aunque las reformas de Pedro ayudaron a consolidar el poder de Moscú, también generaron tensiones y resentimientos en las regiones que perdieron su autonomía, como Ucrania, donde muchos cosacos no vieron con buenos ojos la pérdida de su tradicional forma de gobierno.

La emperatriz Catalina II, que gobernó entre 1762 y 1796, completó el proceso de consolidación del Imperio ruso en Ucrania, puesto que llevó a cabo la destrucción definitiva del Hetmanato y la integración de la entidad política cosaca en el Imperio. Este proceso se produjo en el contexto de las guerras ruso-turcas de finales del siglo XVIII, una serie de conflictos que no solo ampliaron el territorio ruso, sino que también consolidaron el dominio de Rusia sobre las regiones del sur de Ucrania. La anexión de Crimea en 1783 fue uno de los eventos más significativos de este período, ya que eliminó la amenaza de incursiones tártaras y permitió a Rusia establecer un control firme sobre toda la península, lo que redujo aún más la autonomía de los cosacos ucranianos. Con la desaparición de la amenaza tártara, Catalina II ya no veía necesidad de mantener las instituciones cosacas, que durante siglos habían jugado un papel importante en la defensa y administración de la región. El ejército imperial ruso absorbió los regimientos cosacos y se suprimieron las últimas estructuras políticas y militares cosacas de forma definitiva con el ataque a la Hueste de Zaporiyia en 1775 (Plojí, 2023). No obstante, aunque se eliminó el Estado cosaco y sus instituciones, su legado perduró en la memoria colectiva. A pesar de la opresión y la disolución de su estructura política, los cosacos continuaron siendo una figura importante en la identidad nacional ucraniana. En el siglo XIX, este recuerdo se convirtió en un símbolo de resistencia y unidad para aquellos que buscaban recuperar la soberanía nacional de Ucrania. Los movimientos nacionalistas ucranianos se apropiaron de este legado y el recuerdo de los cosacos se convirtió en una fuente de inspiración para la creación de una nueva identidad nacional.

A lo largo del siglo XIX, a pesar de la supresión de las instituciones políticas y militares cosacas y la consolidación del poder ruso sobre Ucrania, la identidad nacional ucraniana no desapareció. La cultura, el lenguaje y las tradiciones del pueblo ucraniano siguieron siendo una parte esencial de su vida cotidiana y, por ende, fueron elementos fundamentales en la resistencia contra el dominio ruso. La victoria del Imperio ruso sobre Napoleón, las Revoluciones de 1848⁷ y los cambios en el Imperio austrohúngaro facilitaron la entrada de nuevas ideas populistas, románticas y nacionalistas que influyeron en los intelectuales del Imperio. Inspirados por estos movimientos, escritores románticos, estudiantes y artistas promovieron un nacionalismo cultural basado en la revalorización de la lengua y la identidad ucranianas. Este movimiento no buscaba la independencia política, sino la preservación y el

⁷ Las Revoluciones de 1848, también conocidas como la «Primavera de los pueblos», fueron una serie de levantamientos políticos y sociales que ocurrieron en Europa en ese año. Estas revoluciones tuvieron lugar en países como Francia, Italia, Alemania, Austria y Hungría, y exigían una mayor libertad política, derechos civiles y mejoras en las condiciones económicas y sociales.

desarrollo de la cultura ucraniana, así como el derecho a utilizar y publicar en su propia lengua. Algunos intelectuales ucranianos que se trasladaron a San Petersburgo atraídos por la nobleza rusa mantuvieron viva su identidad cosaca, distinta de la rusa, y apoyaron un nacionalismo cultural que no buscaba la independencia política, sino el desarrollo de su propia cultura, el uso público de su lengua y la posibilidad de publicarla (Granados, 2002). Según Saunders (1985), el concepto de nacionalidad y la noción de identidad dentro del Imperio ruso comenzaron a difundirse entre los intelectuales de la época.

A pesar del auge del nacionalismo cultural ucraniano, la llegada al trono del zar Nicolás I en 1825 supuso un endurecimiento de las políticas centralizadoras del Imperio ruso. Desde el inicio de su reinado, el zar prohibió cualquier manifestación de autonomía y reforzó el control sobre las regiones periféricas, lo que afectó especialmente a Ucrania, que en ese entonces era conocida como la *Little Russia* (Granados, 2002). La propagación de nuevas ideas desde Europa Occidental, que introdujeron conceptos como la nacionalidad y el separatismo, se percibió como una amenaza directa al orden imperial. En este contexto, surgieron los primeros movimientos organizados que buscaban una mayor autonomía para Ucrania dentro del Imperio ruso. En la década de 1840, en la ciudad de Járkiv⁸, se formó la Sociedad de los Santos Cirilo y Metodio, una organización que promovía la unión y la federación de los pueblos eslavos, aunque sin llegar a reivindicar la independencia de Ucrania. Sin embargo, estas ideas eran inaceptables para el Gobierno zarista, de modo que, en 1847, las autoridades desmantelaron la sociedad y arrestaron a sus miembros, entre los que se encontraban figuras clave del movimiento nacional ucraniano, como el poeta Tarás Shevchenko y los historiadores Mijaíl Grushevski y Nikolái Kostomárov (Granados, 2002). Con estas medidas, Nicolás I intentó sofocar cualquier intento de cuestionar la unidad del Imperio y frenar el desarrollo de un sentimiento nacional ucraniano.

1.2.1. El despertar de la identidad ucraniana y la respuesta imperial: de la reforma a la rusificación

El ascenso al trono de Alejandro II en 1855 marcó un cambio significativo en la política del Imperio ruso. Nieto de Catalina II, Alejandro II heredó un imperio debilitado por las restricciones impuestas durante el reinado de Nicolás I, cuya férrea centralización había limitado cualquier manifestación de autonomía en sus territorios. Con una visión más reformista, el nuevo zar impulsó una serie de transformaciones que buscaban modernizar el Estado y mejorar su estabilidad interna. En este contexto, se llevó a cabo un renacimiento cultural de todo lo ucraniano, impulsado por una mayor apertura en los ámbitos educativo y editorial. Durante los primeros años de su reinado, Alejandro II liberó a los miembros de la Sociedad de los Santos Cirilo y Metodio y permitió la publicación de novelas en ucraniano, así como la publicación de *Osnova*, el primer periódico de San Petersburgo escrito en ucraniano, en el año 1861. Uno de los logros más notables fue la creación de las Escuelas de los Domingos en 1859, destinadas a la educación de los campesinos, con más de un centenar de establecimientos abiertos entre 1859 y 1862 (Granados, 2002). Este resurgimiento cultural, que

⁸ Járkiv (en ucraniano: Харків) también es conocido como Járkov (en ruso: Харьков).

tuvo su epicentro en el este de Ucrania y cuyos antecedentes se remontan a la fundación de la Universidad de Járkiv en 1808, coincidió con otros cambios estructurales en el Imperio, como la abolición de la servidumbre en 1861 y la introducción de los zemstvos (*земства*), instituciones de autogobierno local que gestionaban la educación y los servicios sociales.

No obstante, aunque estas reformas propiciaron un despertar de la identidad ucraniana, no representaron un reconocimiento explícito de su autonomía. Las medidas implementadas por Alejandro II formaban parte de un esfuerzo general por modernizar el Imperio ruso y salir de la crisis económica y social en la que se encontraba, sin que ello significara la restauración de los privilegios cosacos o la concesión de un autogobierno significativo para Ucrania. De hecho, el interés del zar en estas reformas respondía más a la necesidad de fortalecer el control del Estado sobre sus territorios y evitar posibles levantamientos, que a una voluntad real de fomentar la diversidad cultural dentro del Imperio. A pesar de ello, el crecimiento educativo y cultural facilitó que amplios sectores de la sociedad tomaran conciencia de su identidad diferenciada de la rusa, lo que sentó las bases para futuros movimientos nacionalistas. En palabras de Granados (2002):

El mayor acceso de los campesinos a la educación, su emigración a las ciudades a trabajar en las primeras industrias, junto al descontento general del país por la negativa situación económica y social que la reforma de Alejandro II no logró detener, propició que en Ucrania los no intelectuales tomasen conciencia, cada vez más, de sus orígenes diferentes a los de Rusia.

El despertar de la conciencia nacional ucraniana se fue desarrollando durante este período, en paralelo a una creciente presión por parte del régimen centralizado del Imperio que, a partir de 1881 con la llegada de Alejandro III al trono, intensificó una política de rusificación destinada a homogeneizar culturalmente el Imperio. La política de rusificación, que buscaba erradicar cualquier expresión de identidad nacional ucraniana, se acentuó bajo el mandato de Nicolás II (1894-1917), el último zar de los Románov que, a finales del siglo XIX, necesitaba urgentemente reformas profundas, especialmente en el ámbito político y económico. En esa época, Nicolás II proclamó la creación de la nación rusa, lo que las autoridades zaristas consideraron como una solución a los problemas del Imperio. El intento de formar una nación rusa homogénea implicó la supresión del movimiento nacionalista ucraniano, que fue desplazado de la escena política y cultural (Granados, 2002). La imposición de la cultura rusa y la supresión de la lengua y las tradiciones ucranianas alimentó el descontento de la población ucraniana, no solo en las élites intelectuales, sino también entre las clases populares, donde la conciencia de una identidad diferenciada se fue consolidando lentamente. Este contexto de creciente represión cultural, junto con las tensiones sociales y económicas que no fueron resueltas por las reformas de Alejandro II, desembocó en la Revolución de 1905.

1.2.2. Tiempos de revolución: la crisis del zarismo y el auge del movimiento ucraniano

La Revolución de 1905 (1905-1907) fue un levantamiento que estalló como consecuencia de la creciente insatisfacción popular frente al régimen autocrático de Nicolás II. El descontento en el Imperio ruso había aumentado por diversas razones, como la opresión

política, las malas condiciones económicas, la derrota del Imperio en la Guerra ruso-japonesa (1904-1905) y la intensificación de la rusificación. Durante este período, la política de nacionalidad de los zares alcanzó su punto máximo, lo que hizo que las poblaciones no rusas se sintieran cada vez más excluidas dentro del Imperio. La agitación social aumentó debido a la represión, la desigualdad y la falta de una verdadera representación política, lo que culminó en una serie de protestas y huelgas que se extendieron por todo el país. La revolución comenzó el 22 de enero de 1905 con lo que se conoce como el «Domingo sangriento» (*Кровавое воскресенье*), cuando tropas zaristas abrieron fuego contra una manifestación obrera pacífica en San Petersburgo, lo que provocó la muerte de unos doscientos manifestantes (Adamovsky, 2005). Este suceso provocó una gran indignación popular y desató una ola de huelgas y levantamientos en diversas ciudades del Imperio.

Este levantamiento culminó en una serie de concesiones y represiones que definieron el futuro del Imperio ruso. Ante la creciente presión, el Gobierno reaccionó con promesas que, en realidad, estaban lejos de satisfacer las exigencias populares. Se anunció la creación de la Duma, el primer Parlamento en la historia de Rusia, pero, aunque se presentó como una concesión a las demandas de representación política, el sistema electoral propuesto aseguraba que los sectores conservadores mantuvieran el control y reducía significativamente la influencia de las clases populares, que esperaban un voto universal, secreto, directo e igualitario. En septiembre de ese mismo año la agitación obrera se intensificó, hasta llegar a convocar una gran huelga general en octubre que paralizó la producción, el transporte y las comunicaciones. Las protestas vinieron acompañadas de barricadas en los barrios populares de San Petersburgo y los obreros comenzaron a organizarse en consejos llamados sóviets, como expresión de su creciente conciencia política. Los obreros no solo exigían libertades civiles y una jornada laboral de ocho horas, sino que también solicitaban el establecimiento de una república democrática, una amnistía amplia y la entrega de las armas de policías y militares a los trabajadores (Adamovsky, 2005).

Ante esta situación, el Gobierno lanzó su Manifiesto de Octubre, en el que prometía una monarquía constitucional y la creación de una Duma elegida democráticamente y que tuviera un poder real. Este manifiesto logró el apoyo de los liberales moderados, pero no resolvió las tensiones subyacentes. Aprovechando el debilitamiento de la oposición y la fatiga de los huelguistas, el Gobierno no tardó en recurrir a la represión, de manera que los disturbios continuaron por varios meses. Los campesinos, por su parte, siguieron atacando a los terratenientes y apropiándose de sus tierras hasta mediados de 1906. Finalmente, el ciclo de la Revolución llegó a su fin con el debilitamiento de las fuerzas opositoras. El Gobierno disolvió las dos primeras Dumas y, mediante la manipulación de las leyes electorales, se aseguró una mayoría conservadora en 1907. Por otro lado, aunque se suprimieron los sóviets de inmediato, su recuerdo perduró como un símbolo de resistencia. A partir de 1905, los sóviets no solo se convirtieron en un referente esencial para los movimientos revolucionarios dentro de Rusia, sino que también dejaron su huella en movimientos obreros de otras partes del mundo.

Tras la consolidación de la Duma conservadora en 1907, el Gobierno intensificó la represión contra los movimientos autonomistas e independentistas que habían cobrado fuerza tras el Manifiesto de Octubre. La persecución de líderes políticos ucranianos se tradujo en

detenciones masivas y en la disolución de muchas organizaciones ciudadanas, algo que debilitó significativamente el tejido político y cultural del movimiento nacional ucraniano. En 1910, el ministro de Asuntos Interiores zarista, Piotr Stolipin, reforzó aun más estas medidas al cerrar instituciones culturales, prohibir la enseñanza del ucraniano en las universidades y restablecer la ley de 1876, la cual censuraba las publicaciones escritas esta lengua. En 1914, la Duma debatió abiertamente la cuestión ucraniana, donde el ministro de Asuntos Interiores dejó claro que solo los profesores rusos podían trabajar en los colegios primarios de Ucrania y que la historia de Rusia debía enseñarse en todo el territorio ucraniano. Además, estableció que el propio término «Ucrania» debía reemplazarse por *Little Russia* (Granados, 2002). En este sentido, la insatisfacción con el régimen no se limitó a los intelectuales afectados por estas políticas culturales. Las duras condiciones de vida golpeaban a los campesinos, quienes hasta entonces habían apoyado al zarismo. Su creciente descontento marcó un punto de inflexión, lo que debilitó aún más la posición del régimen en Ucrania y contribuyó a la pérdida de legitimidad del zar.

A pesar de la represión y los intentos de consolidar el orden, el descontento no dejó de crecer en los años siguientes. La falta de reformas significativas, el agravamiento de la crisis agraria y la persecución de los movimientos nacionalistas mantuvieron viva la inestabilidad en el Imperio. Por otro lado, la entrada de Rusia en la Primera Guerra Mundial en 1914 no hizo más que empeorar la situación, lo que terminó por derrumbar el régimen zarista y desembocó en la Revolución de 1917. En febrero de 1917, Nicolás II ordenó a las tropas reprimir con violencia una manifestación de trabajadoras textiles en Petrogrado⁹. Sin embargo, los soldados, agotados por la guerra y el descontento generalizado, se negaron a disparar contra la multitud y, en cambio, se unieron a las protestas. En cuestión de días, las manifestaciones se extendieron por toda la ciudad y se transformaron en un levantamiento generalizado contra el régimen zarista. La presión popular y la falta de control sobre el Ejército obligaron a Nicolás II a abdicar el 2 de marzo de 1917. Con su renuncia, se puso fin a la dinastía Romanov y se instauró un Gobierno Provisional encabezado por parlamentarios liberales de la Duma. Este nuevo Gobierno prometió convocar elecciones libres para una Asamblea Constitucional y proclamó libertades fundamentales, pero los sóviets cuestionaron su autoridad desde el principio, dominados en su mayoría por los bolcheviques, que abogaban por una transformación más radical del sistema, en contraposición a los mencheviques que, aunque también eran revolucionarios, promovían una transición más gradual hacia un sistema socialista. La creciente división entre estas facciones del movimiento socialista reflejaba la profunda fractura en la lucha por el futuro de Rusia y su transformación política y social.

En Ucrania, la noticia de la abdicación del zar llegó el 13 de marzo y provocó una reorganización política inmediata. Diversos grupos comenzaron a movilizarse para definir el futuro del territorio. Por un lado, los representantes de las principales organizaciones formaron un comité ejecutivo que actuó como una extensión del Gobierno Provisional en Ucrania, conocido como IKSOOO. En la oposición se encontraba el Sóviet de Kiev, que reunió a trabajadores industrializados y sectores rusificados. Por otra parte, el 17 de marzo surgió un

⁹ El zar Nicolás II renombró la ciudad de San Petersburgo como Petrogrado en 1914, durante la Primera Guerra Mundial, debido a su connotación germánica.

nuevo actor en el panorama político ucraniano: la Rada Central, formada por liberales moderados, socialdemócratas y socialistas revolucionarios. A diferencia del Gobierno Provisional y los sóviets, la Rada representaba los intereses de los campesinos y los intelectuales ucranianos que buscaban preservar la identidad cultural y la autonomía dentro de una Rusia democrática y federal (Granados, 2002). No exigía la independencia, pero sí el derecho a desarrollar la cultura ucraniana, establecer unidades militares propias y garantizar el uso del idioma ucraniano en la educación y la administración.

En mayo de 1917, la Rada envió una delegación a Petrogrado para negociar con el Gobierno Provisional y el Sóviet de la ciudad. Sin embargo, las demandas ucranianas fueron rechazadas, ya que conceder autonomía a Ucrania podría fomentar la fragmentación del Estado. Además, el Gobierno Provisional desconfiaba de la Rada porque la consideraba una representante de la burguesía nacional y no de toda la población. Esta negativa evidenciaba que la Revolución de Febrero no había alterado la percepción centralista sobre Ucrania, un pensamiento heredado de la política de rusificación zarista (Granados, 2002). Ante la falta de avances, la Rada publicó en junio de 1917 su Primera Universal, un manifiesto en el que proclamaba la autonomía de Ucrania dentro de Rusia. Esta declaración generó preocupación en Petrogrado, lo que llevó al Gobierno Provisional a enviar una delegación a Kiev, la cual reconoció la autoridad de Ucrania. Como respuesta, la Rada publicó su Segunda Universal en julio, en la que declaraba que el Gobierno Provisional había reconocido el derecho de Ucrania a la autodeterminación y que la Rada sería su única representante legítima. Cabe mencionar, pero, que este reconocimiento no implicaba el apoyo pleno a la independencia, sino que se trataba de una autonomía dentro de la estructura federal rusa.

1.3. El colapso del Imperio y el ascenso de la revolución

El 1 de septiembre de 1917, el Gobierno Provisional ruso, liderado por Aleksandr Kérenski, proclamó oficialmente el fin del Imperio ruso. Esta proclamación marcó el inicio de la República Rusa (1917-1918), un breve período de transición hacia un régimen republicano. Sin embargo, la nueva república se vio rápidamente sumida en una grave crisis política, debido a las tensiones internas y la presión externa derivada de la Primera Guerra Mundial. A pesar de los esfuerzos por estabilizar el país, el Gobierno Provisional perdió rápidamente el apoyo popular y se vio incapaz de manejar los desafíos económicos y sociales. Además, con la intensificación de la Revolución en Rusia, se hizo más evidente el deterioro de la autoridad del Gobierno Provisional. En este contexto, los bolcheviques, liderados por Vladímir Lenin, aprovecharon el descontento generalizado para llevar a cabo la Revolución de Octubre, un golpe de Estado en Petrogrado que derrocó al Gobierno Provisional y estableció un régimen comunista basado en los sóviets. Así, el 25 de octubre (7 de noviembre según el calendario gregoriano¹⁰), el Gobierno Provisional cayó tras el golpe de Estado bolchevique en Petrogrado. Las tropas bolcheviques, con el apoyo de la Guardia Roja y los marineros de la base naval de

¹⁰ Hasta 1918, Rusia utilizaba el calendario juliano, mientras que en la mayor parte de Occidente ya se utilizaba el calendario gregoriano.

Kronstadt, tomaron puntos estratégicos de la ciudad, como puentes, estaciones de tren y oficinas gubernamentales. El momento clave fue la toma del Palacio de Invierno, sede del Gobierno Provisional, que cayó con muy poca resistencia. Tras la caída del Gobierno Provisional, el Congreso de los Sóviets, formado por los representantes de diferentes sóviets locales de toda Rusia, asumió el poder. Este Congreso, dominado por los bolcheviques, no solo reemplazó al Gobierno Provisional, sino que se convirtió en el órgano supremo de poder. Con su victoria, los bolcheviques consolidaron la Revolución de Octubre, la cual transformaría radicalmente el sistema político, económico y social de Rusia.

Este cambio radical de poder desencadenó la guerra civil rusa (1917-1922), un conflicto interno entre los bolcheviques, conocidos como los rojos, y una serie de opositores, conocidos como los blancos, entre los que se incluían los monárquicos, los socialistas moderados, los antiguos oficiales del Ejército Imperial y otros grupos de izquierda. La guerra fue principalmente un enfrentamiento por el control del territorio y la influencia política en un país devastado por años de conflicto, pobreza y caos social. Los rojos luchaban por establecer un régimen socialista basado en las ideas del marxismo¹¹, con el objetivo de derrocar el sistema capitalista y crear una sociedad comunista. Para los bolcheviques, la guerra civil era una lucha por preservar la Revolución de Octubre, consolidar el poder de los sóviets y garantizar la distribución equitativa de la tierra y los recursos entre los trabajadores y campesinos. En contraste, los blancos eran una coalición variada y dispersa de fuerzas opuestas al régimen bolchevique. Así pues, no compartían una ideología común, sino más bien su oposición a los bolcheviques, lo que dificultó su capacidad para coordinarse de manera efectiva durante la guerra. Algunos de sus objetivos incluían la restauración de la monarquía zarista, la creación de un sistema republicano más moderado o una federación de estados autónomos, pero la falta de un programa claro y la diversidad de sus intereses ideológicos minaron su capacidad para obtener un apoyo sólido.

En este sentido, los rojos contaban con una ventaja significativa: la unificación ideológica bajo el Partido Comunista y el control de las principales ciudades como Petrogrado y Moscú, algo que les permitió mantener una base sólida de recursos y apoyo popular. Además, contaron con un ejército disciplinado y bien organizado, conocido como el Ejército Rojo, bajo el mando de figuras como Lev Trotski, quien desempeñó un papel crucial en la movilización de tropas y la gestión de la guerra. A pesar de la diversidad interna de los blancos, su falta de cohesión ideológica y la continua fragmentación de su liderazgo favorecieron la consolidación del poder de los rojos. Con el apoyo de las masas trabajadoras y campesinas, así como con su capacidad de movilizar los recursos de las ciudades clave, los bolcheviques impusieron su dominio a través de una combinación de tácticas militares y políticas, mientras se enfrentaban a una feroz resistencia. La guerra civil se prolongó hasta 1922, cuando los rojos finalmente prevalecieron, lo que resultó en la creación de la Unión Soviética, un estado socialista unificado

¹¹ El pensamiento marxista, desarrollado por Karl Marx y Friedrich Engels, sostenía que la historia humana es una lucha entre clases, principalmente entre la burguesía (propietaria de los medios de producción) y el proletariado (trabajadores). Según Marx, la revolución del proletariado es necesaria para derrocar el capitalismo y establecer una sociedad sin clases, donde los recursos y la producción sean de propiedad colectiva.

que consolidó el poder bolchevique y dejó una marca imborrable en la historia de Rusia y del mundo.

1.4. Entre independencia y control: la relación de Ucrania con los bolcheviques

Ante la noticia de la caída del Gobierno central, la Rada se alineó con los bolcheviques ucranianos y formó el Comité Territorial para la Defensa de la Revolución en Ucrania, con la intención de preservar el orden en Ucrania y evitar la misma anarquía que se vivía en el resto de Rusia (Granados, 2002). En este período, el Comité publicó una declaración en la que denegaba su apoyo al golpe de Estado de Petrogrado, y la respuesta de los bolcheviques fue retirarse de la organización, lo que desencadenó una ruptura definitiva entre ambos sectores. Este acto provocó que el 10 de noviembre de 1917 empezase una guerra civil en las calles de Kiev entre los partidarios del Gobierno Provisional y sus opositores. En un intento por consolidar su autoridad, la Rada decidió apoyar temporalmente a los bolcheviques ucranianos, pero esta colaboración fue breve. A medida que la situación se tensaba, la Rada asumió el control total de Ucrania y se proclamó la autoridad máxima en el país, hecho que frustró los intentos de los bolcheviques de trasladar el poder al Sóviet de Kiev y que, por lo tanto, profundizó aún más la división política en el país.

Mientras que la guerra civil entre los bolcheviques y los partidarios del Gobierno Provisional se expandía por toda Rusia, el 20 de noviembre de ese mismo año la Rada publicó su Tercera Universal, en la que proclamaba la República Ucraniana del Pueblo como un Estado autónomo dentro de una futura federación con Rusia, lo que evidenciaba su intención de mantener cierto grado de soberanía, pero sin declarar la independencia. Esta postura causó el rechazo de los bolcheviques, quienes consideraban que cualquier autonomía nacional debía subordinarse a la revolución del proletariado y a la consolidación de un Estado socialista centralizado. A pesar de haber defendido la autodeterminación de los pueblos bajo el Imperio zarista, Lenin y los bolcheviques no estaban dispuestos a permitir la fragmentación del nuevo Estado soviético. Para ellos, la cuestión nacional era un instrumento táctico más que un principio ideológico, y su apoyo a las aspiraciones de independencia de distintas naciones se basaba en la necesidad de debilitar al régimen zarista y al Gobierno Provisional.

Con la llegada de los bolcheviques al poder, la retórica cambió: la autodeterminación seguía figurando en el discurso oficial, pero, en la práctica, cualquier intento de autonomía que escapara al control del Partido Comunista era visto como una amenaza a la revolución. Ante la presión de la Rada por su derecho a la autonomía y la negativa de Lenin a reconocerlo, los bolcheviques se vieron obligados a buscar una solución intermedia para evitar un conflicto directo con Ucrania. En lugar de reconocer la independencia de Ucrania, Lenin permitió la proclamación de una Federación de Repúblicas Soviéticas, una estructura que teóricamente otorgaba autonomía a las diferentes naciones, pero que, en realidad, mantenía la centralización del poder en Moscú. Aunque esta propuesta iba en contra de su visión de un Estado socialista centralizado, permitía mantener a Ucrania dentro de la órbita soviética sin reconocer plenamente su independencia. La federación era, en esencia, un mecanismo para reagrupar los

territorios del antiguo Imperio ruso bajo una estructura que, aunque en teoría respetaba las diferencias nacionales, en la práctica garantizaba el dominio bolchevique desde Moscú.

1.4.1. La guerra entre los bolcheviques y la Rada: la lucha por el control de Ucrania

La respuesta de la Rada a la propuesta de los bolcheviques fue ambigua. Por un lado, buscaba consolidar su autonomía sin romper completamente con Rusia, pero por otro, la creciente desconfianza hacia los bolcheviques y su negativa a reconocer plenamente la soberanía ucraniana llevaron a un inevitable enfrentamiento. El 17 de diciembre de 1917, la situación se intensificó cuando Moscú emitió un ultimátum a la Rada, ya que la acusaba de incentivar a las tropas ucranianas a desobedecer las órdenes de los oficiales rusos y, por otro lado, de desarmar a las tropas bolcheviques en Ucrania. Lenin, aunque reconoció el derecho de Ucrania a la independencia, le exigió a la Rada que detuviera sus acciones en un plazo de cuarenta y ocho horas o se enfrentaría a una declaración de guerra. En respuesta a esta presión, los bolcheviques ucranianos, que eran una minoría en el país, huyeron a Járkiv, donde el 26 de diciembre proclamaron la disolución de la Rada y la creación de la República Soviética de Ucrania. Este acontecimiento marcó el inicio de un periodo de doble poder en Ucrania, con dos Gobiernos rivales que luchaban por el control del país.

Lenin utilizó la formación de la República Soviética de Ucrania en Járkiv como pretexto para declarar la guerra a la Rada. En palabras de Granados (2002): «No fue un enfrentamiento contra el pueblo ucraniano, sino contra el gobierno burgués y capitalista de la Rada, es decir, un paso más en la extensión de la revolución de los trabajadores». Hasta ese momento, Lenin no había podido enfrentarse abiertamente a la Rada debido a la contradicción que representaba para sus principios, que reconocían el derecho a la autodeterminación de los pueblos. Sin embargo, la creciente necesidad bolchevique de una Ucrania soviética resultó ser clave para sus planes de futuro. Los bolcheviques acusaron a la Rada de ser un gobierno que representaba los intereses de la burguesía, los terratenientes y los capitalistas, puesto que no había sido elegida democráticamente. En lugar de un sufragio universal, la Rada se formó a partir de los congresos de campesinos, obreros y soldados, lo que, según los bolcheviques, no la convertía en el legítimo representante de Ucrania. Ante la caótica situación interna y la negativa de Lenin a reconocer la autonomía de la República proclamada por la Rada, el 22 de enero de 1918 la Rada publicó su Cuarta Universal, en la que declaraba la República Ucraniana Libre. Este acto no hizo más que intensificar el conflicto y, en febrero de 1918, el Ejército Rojo invadió Kiev, lo que consolidó la ofensiva bolchevique sobre el país. Por otro lado, en este período de conflicto y reorganización, los bolcheviques también redefinieron el nombre de la propia República rusa. La realidad de la Revolución y la guerra civil obligó a los bolcheviques a replantear no solo las fronteras geográficas, sino también la identidad política y social del nuevo Estado. Este cambio fue un paso simbólico y práctico hacia la creación de una nueva entidad estatal que reflejara los ideales revolucionarios del marxismo-leninismo y las transformaciones sociales que los bolcheviques pretendían imponer. Así, tras la aprobación de la nueva Constitución rusa en julio de 1918, la cual establecía las bases del sistema soviético, se adoptó el nombre de «República Socialista Federativa Soviética de Rusia».

El conflicto entre la Rada y los bolcheviques no solo se libró en el campo de batalla, sino también en el ámbito diplomático. La lucha por el control de Ucrania estuvo estrechamente ligada a las negociaciones de paz entre Alemania, Austria-Hungría y Rusia en el contexto del final de la Primera Guerra Mundial. Mientras que los bolcheviques buscaban consolidar su régimen y concentrarse en la construcción de la nueva sociedad a la que aspiraban, las Potencias Centrales (Alemania, Austria-Hungría y Turquía) necesitaban asegurar el suministro de alimentos y cerrar un frente para concentrarse en la guerra contra la Triple Entente, una alianza militar formada por Gran Bretaña, Francia y Rusia. En un principio, Rusia también representó los intereses de Ucrania en las negociaciones, ya que los tres países negociadores no la dejaron participar. Sin embargo, al percatarse de que los recursos agrícolas más valiosos se encontraban en territorio ucraniano, las Potencias Centrales invitaron a la Rada a participar directamente en las negociaciones. Este giro diplomático fortaleció la posición de la Rada, que denunció la invasión bolchevique y solicitó ayuda a Alemania para expulsar a las fuerzas soviéticas.

Como respuesta, el ejército alemán intervino y obligó a Lenin a reconocer la República Popular Ucraniana, la cual se proclamó tras la Revolución de octubre el 20 de noviembre de 1917. No obstante, este apoyo por parte de Alemania no fue gratuito: a cambio de la protección alemana, Ucrania, el «granero de Europa» (Masseroni y Fraga, 2013), se comprometió a suministrar grandes cantidades de grano a Alemania y Austria. A pesar de este respaldo, la Rada se mostró incapaz de gobernar de manera efectiva y, por otro lado, los campesinos se negaban a entregar sus cosechas. Ante esta crisis, Alemania instaló al frente del Gobierno de Ucrania a un exteniente general del Gobierno zarista, Pável Skoropadski, quien estableció un régimen autoritario que contaba con el apoyo de las tropas alemanas para requisar los alimentos. Sin embargo, el 14 de diciembre de 1918 Alemania y la Triple Entente firmaron la paz, de modo que el Gobierno de Skoropadski perdió el respaldo alemán y Ucrania quedó sumida en una anarquía absoluta hasta principios de 1920. Esta situación empeoró con los desastrosos efectos del Comunismo de Guerra, una política económica implementada por los bolcheviques durante la guerra civil rusa que consistía en la centralización de la producción, la requisición forzosa de alimentos y la abolición del comercio privado. Estas medidas provocaron el colapso de la producción industrial, una hambruna generalizada que llevó al éxodo de la población urbana hacia el campo en busca de alimentos y la intervención del Ejército para requisar el grano y enviarlo al frente.

1.4.2. Lenin y la autonomía ucraniana: concesiones para consolidar el poder soviético

Los campesinos, que inicialmente habían apoyado a los bolcheviques esperando conservar sus tierras, pronto se encontraron con un régimen que les exigía entregar sus cosechas sin apenas compensación, lo que provocó revueltas y enfrentamientos en distintas regiones de Ucrania. A pesar de la anarquía que imperaba en Ucrania en 1919, los bolcheviques ucranianos y rusos continuaron negociando sobre la relación futura entre sus repúblicas. No obstante, la actitud de las autoridades rusas hacia la población ucraniana y la completa subordinación del

Partido Comunista de Ucrania al de Rusia debilitaron el respaldo local a los bolcheviques. Lenin criticó duramente esta política centralizadora, ya que, tras la toma de Kiev en febrero de 1919, el nuevo gobierno impuso la colectivización de la tierra y eliminó la autonomía del partido ucraniano, lo que generó un creciente descontento entre la población (Granados, 2002). Sin embargo, a finales de 1919, Rusia invadió Ucrania por tercera vez. En esta ocasión, los bolcheviques, siguiendo las directrices de Lenin, adoptaron una estrategia distinta y concedieron cierta autonomía a Ucrania. Como parte de este enfoque, se creó el Partido Comunista Ucraniano, donde los bolcheviques ucranianos, conocidos como borotbits o borotbistas (Granados, 2002), lograron obtener una cuota significativa de poder y decisión. Sin embargo, dentro del Partido Comunista de Rusia persistía una fuerte oposición a la línea de Lenin, ya que muchos bolcheviques rusos se mostraban reticentes a hacer concesiones en cuestiones nacionales.

El Partido Comunista Ucraniano (PCU) estaba dividido en tres facciones con posturas distintas respecto a la autonomía del país. La primera estaba formada por los antiucranianos, quienes consideraban que la identidad ucraniana era una expresión de la burguesía sin conciencia revolucionaria y, por lo tanto, rechazaban cualquier tipo de concesión en materia nacional. La segunda facción incluía a los rusos que llevaban tiempo trabajando en Ucrania y que, si bien reconocían el problema nacional ucraniano, solo aceptaban otorgar concesiones limitadas sin apoyar plenamente la autonomía. Finalmente, un pequeño grupo con base en Kiev exigía una mayor autonomía para Ucrania, aunque contaba con escaso poder político. Moscú permitió la existencia de esta última facción como una estrategia para atraer a campesinos y trabajadores ucranianos al proyecto bolchevique. Sin embargo, con el paso del tiempo, las tensiones dentro del PCU aumentaron y, hacia finales de 1920, los miembros de la tercera facción prácticamente habían desaparecido.

El 3 de diciembre de 1919, en el VIII Congreso del Partido Comunista de Rusia, Lenin presentó las directrices de su política hacia Ucrania para la década de 1920. En su discurso, afirmó que se debía garantizar la independencia de la República Socialista Soviética de Ucrania y que las relaciones con Rusia estarían basadas en un sistema federal. Además, reconoció que la cultura ucraniana se había reprimido durante años por el zarismo y la explotación de las clases dominantes rusas, por lo que consideraba necesario adoptar medidas para fomentar su desarrollo. En este sentido, propuso que todas las oficinas del Gobierno contaran con un número suficiente de funcionarios que hablaran ucraniano y que la reforma agraria se implementara considerando los intereses de los campesinos más pobres (Granados, 2002). Como consecuencia de esta política, en febrero de 1920 el ucraniano se declaró lengua oficial y muchos ucranianos ocuparon cargos de alto nivel en la administración, como el Comisariado de Educación. Además, se alentó el regreso de intelectuales que habían huido durante la primera invasión rusa. La promoción del Partido Comunista en Ucrania se convirtió en una herramienta clave para atraer el apoyo de los sectores fundamentales para el éxito bolchevique: los intelectuales y los campesinos. La intención de Lenin era recuperar la confianza de la población ucraniana, ya que los abusos cometidos por los bolcheviques en las invasiones de 1918 y 1919, caracterizados por saqueos y asesinatos, habían provocado un fuerte rechazo entre los habitantes de la región.

1.4.3. El breve equilibrio soviético: Ucrania entre Lenin y Stalin

El 28 de diciembre de 1920, como resultado del VIII Congreso del Partido Comunista de Rusia, se firmó un tratado entre la República Socialista Soviética de Rusia y la República Socialista Soviética de Ucrania. Este acuerdo establecía el reconocimiento mutuo de sus independencias, aunque simultáneamente establecía una alianza militar y económica. En su preámbulo, el tratado declaraba que ambas repúblicas formarían una federación basada en el respeto a la independencia y soberanía de cada una, con el objetivo de coordinar esfuerzos en materia defensiva y en la reconstrucción económica. Pero, a pesar del reconocimiento formal de la independencia de Ucrania, esta decisión se impulsó desde el poder central y no contó con el apoyo generalizado del Partido Comunista. En la práctica, el control de Rusia sobre Ucrania no se ejerció directamente a través del Gobierno soviético ruso, sino mediante el Partido Comunista. Si bien es cierto que el acuerdo otorgó a los bolcheviques ucranianos el nivel de autonomía que habían exigido, su viabilidad a largo plazo era cuestionable. Lenin, que obró en contra de su ideología y de su política tradicional respecto a las nacionalidades, concedió un margen de autonomía mayor del que inicialmente estaba dispuesto a otorgar. Esta estrategia respondía a la necesidad urgente de pacificar Ucrania, ya que la guerra civil en la región debía concluir para que el Gobierno soviético pudiera concentrarse en sofocar las rebeliones campesinas que se extendían por Rusia, y es que, en ese momento, el país se encontraba rodeado por un anillo de insurrecciones agrarias, cuya magnitud requirió una respuesta militar organizada (Granados, 2002).

La decisión de Lenin fue objeto de desacuerdo dentro del Partido Comunista. Iósif Stalin, quien en ese momento ocupaba el cargo de Comisario de las Nacionalidades y más tarde se convertiría en líder de la Unión Soviética, junto con una gran parte del Partido en Rusia, se opuso a conceder tales niveles de autonomía a Ucrania. Sin embargo, con el tiempo se demostró que la estrategia de Lenin había sido la más efectiva, ya que permitió recuperar la confianza de la población ucraniana y sofocar las revueltas campesinas en Rusia. Pero a pesar de lo estipulado en el tratado, en la práctica, Moscú trató a Ucrania como una región subordinada. Durante 1921 y 1922, el Gobierno ruso asumió competencias que, según el tratado, correspondían exclusivamente a Kiev, lo que generó un creciente malestar dentro del Partido Comunista en Ucrania. Sea como fuere, las directrices de Lenin marcaron las relaciones entre Rusia y Ucrania durante la década de 1920, basadas en una política de korenización (*коренизация*), la cual promovía el desarrollo de las lenguas y culturas nacionales dentro del marco soviético, y en la Nueva Política Económica (NEP), que introducía ciertas medidas de economía mixta¹². Esta estrategia hizo que Lenin obtuviera el apoyo absoluto de la población de la República Soviética de Ucrania, de los campesinos, obreros e intelectuales, quienes vieron en las concesiones culturales una oportunidad para desarrollar su identidad nacional dentro del sistema soviético. Del mismo modo, la flexibilización económica atrajo el apoyo de

¹² Aunque el Estado mantenía el control de los sectores clave de la economía (como la industria pesada, el transporte y la banca), se permitió cierto grado de propiedad privada y libre comercio en la agricultura y en el sector minorista. Gracias a la NEP, los campesinos pudieron vender su excedente de producción en el mercado en lugar de entregarlo al Estado mediante requisiciones forzosas, hecho que incentivó la producción agrícola.

campesinos y obreros, quienes percibieron en la NEP un alivio a las severas condiciones impuestas durante los años de guerra civil.

Hasta ese momento, las relaciones entre Ucrania y Rusia se mantuvieron en un equilibrio inusual dentro de la estructura soviética. Tal y como afirma Granados (2002): «La década de 1920 fue la más positiva para las relaciones entre las repúblicas soviéticas de Ucrania y de Rusia porque durante siete años se respetó, relativamente, el pacto de federación firmado en diciembre de 1920». La autonomía cultural ucraniana permitió el florecimiento de la lengua y la identidad nacional, mientras que la flexibilización económica contribuyó a estabilizar la situación social y política. No obstante, con la llegada de Stalin al poder en 1924, todo cambió. Stalin rompió el acuerdo de 1920 y terminó con la NEP en 1928, de modo que Moscú se quedó sin partidarios en Ucrania. A partir de ese momento, se puso fin a este período de relativa autonomía y empezó una nueva etapa en la que la política de ucranización sería sustituida por una creciente represión.

1.5. La formación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS)

El 30 de diciembre de 1922 se firmó el Tratado de Creación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), un Estado federal compuesto inicialmente por la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, la República Socialista Soviética de Ucrania, la República Socialista Soviética de Bielorrusia y la República Socialista Federativa Soviética de Transcaucasia (compuesta por Armenia, Azerbaiyán y Georgia). Según la Constitución de 1924, las repúblicas teóricamente tenían autonomía en asuntos internos, pero el poder real estaba concentrado en Moscú bajo el control del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Esta concentración de poder se reflejaba en la estructura del Gobierno soviético, particularmente a través del Consejo de Comisarios del Pueblo o Sovnarkom (abreviatura de *Совет народных комиссаров*), el órgano ejecutivo central que dirigía las políticas y la administración del Estado. Presidido por Lenin hasta su muerte en 1924, el Sovnarkom estaba compuesto por comisarios responsables de áreas clave como los departamentos de Asuntos Exteriores, Guerra, Interior y Economía para garantizar el control absoluto del Partido Comunista. Esta estructura permitió a los bolcheviques consolidar su dominio en el territorio y aplicar sus políticas económicas y sociales, como la Nueva Política Económica (NEP), que, como ya hemos visto, buscaba la recuperación tras los estragos de la guerra civil. Sin embargo, la NEP generó un rechazo creciente dentro de sectores más radicales del Partido Comunista, quienes la veían como una traición a los principios del socialismo y una concesión al capitalismo. Este rechazo se fue agudizando con el tiempo, especialmente después de la muerte de Lenin, cuando Stalin y otros líderes del Partido comenzaron a preparar el terreno para una política más centralizada y colectivista a través de los planes quinquenales.

Mientras el Partido Comunista lidiaba con las tensiones internas sobre la NEP y el futuro del Estado, la URSS mantenía una clara intención de expandir la revolución socialista más allá de sus fronteras. En 1919, se creó la Internacional Comunista, también conocida como la Tercera Internacional o Komintern (abreviatura de *Коммунистический интернационал*),

con el objetivo de promover la revolución en otros países. Aunque la NEP representaba una relajación de las políticas económicas de control estatal, la URSS seguía impulsando una política exterior activa que promovía la lucha de clases y la instauración del socialismo mundial. Por ello, a través la Internacional Comunista, el Partido Comunista de la Unión Soviética apoyaba a partidos comunistas y movimientos obreros en diversas naciones, con la esperanza de generar una ola revolucionaria global. No obstante, a medida que el régimen soviético se fue consolidando, la política exterior de la URSS también empezó a centrarse más en la estabilidad interna y en las alianzas estratégicas, lo que finalmente llevó a la disolución del Komintern en 1943.

1.5.1. De la lucha por el poder a la dictadura estalinista (1924-1953)

Tras la muerte de Lenin en 1924, la URSS se vio inmersa en un periodo de incertidumbre y lucha interna por el control del Partido Comunista, lo que desencadenó una feroz batalla por la sucesión del poder. Lenin, que desde 1922 había estado gravemente enfermo, dejó un vacío de liderazgo que agitó las tensiones políticas entre los principales dirigentes bolcheviques. Entre ellos, destacaron las figuras de Trotski y Stalin. Por un lado, Trotski, conocido por su papel fundamental en la Revolución de Octubre y la organización del Ejército Rojo, era considerado un líder carismático y estratégico, razón por la cual contó con el apoyo de militares y sectores revolucionarios. Sin embargo, nunca consiguió el respaldo total de Lenin, ya que no logró consolidarse completamente dentro del partido. Por otro lado, Stalin, a quien Lenin nombró secretario general del Partido Comunista en 1922, controlaba las estructuras del partido y disponía de una red de aliados dentro del Comité Central. Su capacidad para controlar la estructura burocrática del partido, así como el apoyo de otros dirigentes bolcheviques, le permitió ir ganando terreno en la disputa por el liderazgo. Poco antes de morir, Lenin dictó una carta, conocida como su testamento político, en la que advertía sobre el exceso de poder de Stalin y su carácter autoritario, por lo que proponía que se le sustituyera por otra persona. Sin embargo, dicho documento fue suprimido y no se divulgó hasta después de su muerte. Al final, Stalin aprovechó el vacío de poder para aislar a Trotski, quien fue marginado políticamente y exiliado en 1929.

Lo cierto es que las disputas entre Trotski y Stalin no solo representaban una lucha por el poder, sino también un enfrentamiento entre dos visiones opuestas sobre el futuro de la URSS. Desde la oposición izquierdista, encabezada por Trotski y otros destacados dirigentes bolcheviques, se denunciaba la creciente concentración de poder en manos de Stalin. Sus críticas se dirigían especialmente a la burocratización del partido y al control absoluto que el secretario general ejercía sobre la designación de los altos cargos. Para contrarrestar esta deriva autoritaria, Trotski exigía la instauración de una auténtica democracia obrera, el restablecimiento de la libertad de expresión y la elección democrática de los dirigentes del partido. Pero el resultado de estas demandas fue el contrario. Lejos de debilitar la posición de Stalin, el Partido Comunista rechazó estas demandas, hecho que reafirmó la autoridad y consolidó aún más el liderazgo del secretario general.

Por otra parte, las diferencias entre ambos también se reflejaron en el ámbito económico y en la política internacional. Trotski y sus aliados defendían la necesidad de abandonar la Nueva Política Económica (NEP), aumentar la planificación estatal, acelerar la industrialización y extender la revolución socialista a Europa. En cambio, Stalin defendía la continuidad de la NEP y argumentaba que la URSS debía fortalecer su modelo socialista sin depender del éxito de otras revoluciones. Este planteamiento, que se presentó como una alternativa pragmática y compatible con el legado de Lenin, fue ampliamente respaldado y contribuyó a reforzar el poder de Stalin. Desde su cargo de secretario general, Stalin fue eliminando sistemáticamente a sus oponentes. En 1925, Trotski fue destituido como comisario del pueblo para la guerra y, dos años después, fue expulsado del Partido Comunista junto con otros miembros de la oposición izquierdista. Puesto que Trotski se negó a retractarse de sus ideas, en 1928 fue desterrado a Alma-Ata, en Kazajistán, y, posteriormente, en 1929, fue expulsado de la URSS. Finalmente, en 1940, sería asesinado en México por agentes enviados por Stalin, cerrando así el capítulo final de su oposición al líder soviético.

Tras consolidar su control absoluto sobre el Partido Comunista y el Estado soviético, Stalin instauró un régimen basado en la represión, el culto a su figura y la eliminación sistemática de cualquier oposición. Su liderazgo se sustentó en la creación de una burocracia leal, la vigilancia constante de sus colaboradores y el uso del terror como herramienta de control. En este sentido, en 1934 creó el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos de la Unión Soviética, también llamado NKVD (siglas de *Народный комиссариат внутренних дел СССР*), que se convirtió en el principal instrumento represivo del régimen. A través de esta policía política, Stalin puso en marcha una serie de purgas que no solo afectaron al Partido Comunista, sino que también perjudicaron al ejército y a toda la sociedad. El punto álgido de estas purgas tuvo lugar entre 1936 y 1939 con los Procesos de Moscú, en los que cientos de dirigentes del partido fueron acusados de traición y fueron ejecutados. Por otra parte, se calcula que se enviaron alrededor de ocho millones a los gulags (abreviatura de *Главное управление исправительно-трудовых лагерей и колоний*), campos de trabajo forzado donde las condiciones inhumanas llevaron a la muerte de un gran número de prisioneros. Aunque a partir de 1939 la intensidad de las purgas disminuyó, la represión continuó siendo un pilar fundamental del régimen estalinista.

Por otro lado, Stalin impulsó una transformación radical de la economía soviética a través de la planificación centralizada y la colectivización forzada del sector agrario. A partir de 1928, abandonó la NEP y apostó por un modelo económico basado en el control absoluto del Estado sobre la producción. Para financiar el desarrollo industrial, el Gobierno recurrió a la apropiación forzosa de los excedentes agrícolas, lo que tuvo consecuencias devastadoras para los campesinos. Entre 1928 y 1933 se implementó la colectivización de la agricultura, una medida que acabó con la propiedad privada en el campo y obligó a los campesinos a integrarse en granjas colectivas o koljoses (*колхозы*) o en granjas estatales sovjoses (*совхозы*). Sin embargo, la mala gestión y la resistencia de los campesinos desencadenó una hambruna catastrófica en 1932 que causó millones de muertes. El régimen culpó a los campesinos propietarios de las tierras, llamados kulaks (*кулаки*), a quienes acusó de sabotaje, y, por ello, emprendió una brutal represión contra ellos, deportando o ejecutando entre cinco y diez

millones de personas. Aunque a partir de 1934 la producción agrícola empezó a mejorar, la agricultura siguió estando subordinada a las necesidades de la industria.

1.5.2. La Ucrania de Stalin: la tragedia del Holodomor y la represión cultural

La integración de Ucrania en la Unión Soviética estuvo marcada por el balance entre las concesiones culturales y las políticas de control centralizado. Durante la década de 1920, la política de ucranización promovió el desarrollo de la identidad nacional dentro del marco soviético, lo que implicó el auge de la lengua y cultura ucranianas. Sin embargo, con la llegada de Stalin al poder, este enfoque cambió drásticamente. La creciente centralización del Estado y la imposición de un modelo económico planificado pusieron fin a las políticas de autonomía de Lenin y dieron paso a una represión sistemática. En este contexto, la colectivización forzosa de la agricultura se convirtió en un instrumento clave para el control soviético sobre Ucrania. Con esta medida, el Estado soviético logró garantizar el control de los recursos agrícolas necesarios tanto para los planes de exportación como para la alimentación de la población urbana, además de asegurar el aprovisionamiento del Ejército Rojo (Masseroni y Fraga, 2013). Sin embargo, en Ucrania, la resistencia campesina fue particularmente intensa, ya que muchos campesinos se negaron a trabajar para el Estado y a ceder sus tierras, un derecho por el que previamente habían luchado durante el zarismo. Ante esta oposición, Stalin ordenó una purga del Partido Comunista en el ámbito rural y envió a trabajadores del sector industrial para convencer a los campesinos de unirse a las granjas colectivas. Al mismo tiempo, el Gobierno soviético aumentó de forma desproporcionada las cuotas de grano que los campesinos debían entregar al Estado y se requisó gran parte de la cosecha mediante métodos extremadamente crueles e inhumanos (Granados, 2002).

Esta hambruna que tuvo lugar en Ucrania entre 1932 y 1934 se conoce como Holodomor (*Голодомор*), palabra ucraniana que significa «matar de hambre». Por un lado, el Estado buscaba eliminar a los campesinos que se resistían a las colectivizaciones forzadas de sus tierras, especialmente a los kulaks, y por otro, pretendía reprimir cualquier resurgimiento del nacionalismo ucraniano (Sadurní, 2022). Para impedir que los campesinos huyeran hacia las ciudades en busca de refugio, el Gobierno soviético prohibió cualquier intento de emigración, de modo que, a partir de diciembre de 1932, se obligó a los ciudadanos a llevar un pasaporte interno, lo que les impedía moverse libremente. Así, a comienzos de la primavera de 1932, los campesinos ucranianos comenzaron a morir de hambre. Testimonios de la época hablan de «niños con el vientre hinchado por la falta de alimento, familias enteras obligadas a alimentarse de hierba o cortezas de roble, e incluso se comían a los perros y a los gatos» (Sadurní, 2022). Los cadáveres se acumulaban en las calles y en las zonas rurales más pobres se generalizó el canibalismo. La magnitud de la tragedia fue tal que, para evitar la propagación de enfermedades, el ejército tuvo que utilizar trenes para retirar los cadáveres y cavar enormes fosas comunes. El Holodomor finalizó a principios de 1934, y se estima que alrededor de 7 millones de personas murieron de inanición y hasta 40 millones de personas en toda la Unión Soviética se vieron afectadas por la hambruna (Sadurní, 2022). Por este motivo, muchos historiadores lo consideran una de las mayores tragedias humanitarias del siglo XX.

Respecto a la relación de la URSS con la lengua y cultura ucranianas, cabe mencionar que fue profundamente destructiva y estuvo marcada por políticas de represión sistemática, sobre todo desde el comienzo de la década de 1930. El proceso de rusificación de las instituciones y la sociedad ucraniana se intensificó a partir de esta época, y los intelectuales ucranianos comenzaron a ser víctimas de purgas y represión. Muchos de ellos fueron desterrados o incluso asesinados (Granados, 2002), como parte de un esfuerzo generalizado por silenciar cualquier forma de resistencia cultural o política. En marzo de 1938, el ruso se impuso como lengua obligatoria en toda la URSS y los periódicos publicados en ucraniano prácticamente desaparecieron, a diferencia de los rusos, que se triplicaron (Granados, 2002). Esta medida también se tradujo en la disminución dramática del uso de la lengua en los medios de comunicación, la educación y la administración, con el objetivo de consolidar un Estado unitario que eliminara cualquier forma de resistencia. Además, uno de los efectos devastadores del Holodomor fue que muchos niños ucranianos quedaron huérfanos, de modo que fueron enviados a orfanatos donde se les impuso el ruso como lengua. Aquellos niños no solo perdieron a sus familias, sino que el régimen también intentó borrar su vínculo con la lengua y la cultura de su país.

1.5.3. La Segunda Guerra Mundial (1939-1945): victoria y sovietización

El estallido de la Segunda Guerra Mundial en 1939 reconfiguró drásticamente el escenario geopolítico de Europa del Este y, en particular, la posición de Ucrania dentro de la Unión Soviética. Inicialmente, la URSS se mantuvo al margen del conflicto tras firmar con la Alemania nazi el Pacto Ribbentrop-Molotov, un acuerdo de no agresión en el que se establecía el reparto de Polonia entre ambas potencias. Sin embargo, esta aparente estabilidad se rompió el 22 de junio de 1941, cuando Hitler lanzó la Operación Barbarroja, la invasión alemana de la Unión Soviética. En los primeros meses, el Ejército Rojo sufrió enormes pérdidas debido a la sorpresa del ataque, la falta de preparación y el desorden en la estrategia defensiva. Las tropas alemanas y sus aliados avanzaron rápidamente en el territorio soviético, y en septiembre de 1941 ya habían tomado la totalidad de Bielorrusia y la mayor parte de Ucrania, aunque no lograron ocupar Moscú debido a la resistencia soviética y la llegada del invierno. Mientras tanto, en el norte, las fuerzas alemanas intentaron ocupar Leningrado¹³, hecho que acabó provocando una de las batallas más devastadoras del conflicto, que duró casi 900 días. Pero la resistencia soviética en la ciudad, a pesar de las enormes pérdidas humanas y materiales, evitó que los nazis consiguiieran su objetivo. En 1942, la ofensiva alemana se concentró en el sur, con el objetivo de capturar los campos petrolíferos del Cáucaso y la ciudad de Stalingrado. Sin embargo, tras meses de combates brutales, el Ejército Rojo lanzó una gran contraofensiva en noviembre de 1942 en la que consiguieron derrotar al ejército alemán en febrero de 1943. Así pues, la batalla de Stalingrado fue un punto de inflexión: a partir de entonces, los soviéticos tomaron la iniciativa en el conflicto.

¹³ Tras la muerte de Lenin en 1924, la ciudad de San Petersburgo cambió su nombre a Leningrado en su honor. No fue hasta 1991, después del colapso de la URSS, cuando recuperó su nombre original.

Ese mismo año tuvo lugar la Batalla de Kursk, la mayor batalla de tanques de la historia, que acabó con la victoria de la Unión Soviética. Desde ese momento, la URSS emprendió una serie de ofensivas que expulsaron progresivamente a los nazis de su territorio. En 1944, con la Operación Bagration, los soviéticos lanzaron una gran ofensiva que desmanteló las principales posiciones alemanas en el Frente Oriental y que permitió que se expulsaran a las fuerzas nazis de Bielorrusia, Ucrania y los países bálticos. Finalmente, en abril de 1945, la ofensiva final soviética llevó la guerra hasta el corazón del Tercer Reich. Las tropas soviéticas invadieron Alemania y avanzaron rápidamente hacia Berlín, lo que provocó la caída de la capital alemana. El 8 de mayo de 1945, Alemania firmó la rendición incondicional ante las fuerzas aliadas. Así, la Segunda Guerra Mundial en Europa llegó a su fin y la Unión Soviética se convirtió en una de las principales superpotencias mundiales.

En cuanto a Ucrania, tras la invasión alemana la relación entre la URSS y los ucranianos se deterioró aún más, dado que aumentó la desconfianza de Stalin y del Gobierno soviético hacia la población ucraniana. Se les acusaba de colaborar con el régimen nazi y, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, la política soviética se centralizó aún más. Stalin emprendió una serie de represalias que afectaron profundamente a Ucrania. En menos de dos años, medio millón de ucranianos fueron deportados a Siberia y Kazajistán como parte de una purga que buscaba eliminar cualquier posible oposición (Granados, 2002). No obstante, a pesar de los devastadores efectos del conflicto, las relaciones entre Rusia y Ucrania no experimentaron un cambio significativo. Stalin, después de enviar a Siberia a los defensores de la independencia ucraniana y acelerar la colectivización en Ucrania occidental, atacó a la cultura ucraniana y a sus símbolos y eliminó a líderes del movimiento nacional, con el objetivo de someter a Ucrania a un control más directo de Moscú, especialmente tras la invasión alemana (Granados, 2002). En un intento por consolidar aún más su autoridad, Stalin llevó a cabo una política de ucranización en el Partido Comunista, pero solo con personas de su máxima confianza. Asimismo, tal y como afirma Granados (2002), puso en marcha una estrategia de doble filo: por un lado, terminar con toda disidencia, y por otro, conceder ciertos derechos a la población ucraniana para que creyeran que vivían en una Unión de Repúblicas igualitaria. Aun así, las secuelas de la guerra y las políticas represivas de Stalin mantuvieron a Ucrania en una posición subordinada dentro de la URSS.

Además, las sospechas de Stalin sobre las nacionalidades de la URSS aumentaron considerablemente. En su afán por consolidar el poder central y evitar cualquier posible amenaza a la estabilidad del Imperio soviético, el líder emprendió una política de sovietización. El objetivo era crear lo que él llamaba el «hombre soviético», una nacionalidad soviética única que diluyera las particularidades de las distintas etnias dentro de la URSS (Granados, 2002) para que las poblaciones no pudieran formar mayorías étnicas en sus respectivas repúblicas. En palabras de Granados (2002): «Stalin intentó que el único elemento común entre ellos fuera el idioma ruso y el estilo de vida soviético, de manera que olvidasen sus tradiciones». Granados (2002) denomina a esta política sovietización y no rusificación, ya que no estuvo inspirada en el nacionalismo ruso, sino en el hecho de debilitar a las nacionalidades que podían amenazar la estabilidad soviética. Por lo tanto, «Stalin no pretendía imponer la lengua rusa sobre la ucraniana o el resto de la URSS, sino valerse de la lengua rusa y parcialmente de la cultura rusa para sovietizar el país y crear una cultura y una nación soviética» (Granados, 2002).

1.5.4. La desintegración de la URSS y la independencia de Ucrania

La muerte de Stalin el 5 de marzo de 1953 marcó un punto de inflexión en la historia de la Unión Soviética. Durante casi tres décadas, Stalin había ejercido un control absoluto sobre la política, la economía y la ideología del país, hasta el punto de considerarse el «padre de los pueblos» (Estruch, 1984). Tras la Segunda Guerra Mundial, la URSS extendió su influencia a media Europa y gran parte de Asia y se llegó a convertir en la segunda potencia industrial del mundo. Millones de campesinos abandonaron el campo y se convirtieron en obreros industriales, lo que impulsó el proceso de industrialización y fortaleció la economía del país. Al mismo tiempo, el analfabetismo desapareció casi por completo y se promovió el acceso a la educación y a la formación técnica. Por otro lado, también mejoraron las condiciones sanitarias, hecho que elevó la calidad de vida de amplios sectores de la población (Estruch, 1984). No obstante, estos avances tuvieron un coste muy alto. La represión política, las purgas y el uso sistemático del terror garantizaron el control absoluto del régimen, que sofocaba cualquier intento de oposición.

En sus últimos años, el régimen estalinista se convirtió en un obstáculo para el desarrollo de la sociedad soviética. Su excesiva rigidez burocrática y el dogmatismo político e ideológico acabaron afectando negativamente a sectores clave como la agricultura, la política exterior y la investigación científica. La población, condicionada por el miedo, se limitaba a obedecer y a evitar cualquier forma de crítica o iniciativa. Los obreros industriales se enfrentaban a una legislación laboral extremadamente severa, donde la más mínima falta podía considerarse sabotaje. En el campo, por otro lado, los campesinos trabajaban lo mínimo para protestar por las duras condiciones impuestas por el régimen estalinista, especialmente en relación con la colectivización forzada de la agricultura y la escasez de alimentos. Por su parte, los intelectuales y profesionales, aunque disfrutaban de ciertos privilegios, debían ajustarse estrictamente a las ideas impuestas por el régimen (Estruch, 1984). La censura limitaba la creatividad y el pensamiento crítico, y cualquier desviación de la doctrina oficial podía traducirse en acusaciones de disidencia. Escritores, científicos y artistas solo podían desarrollar su labor dentro de los márgenes establecidos por el Estado, lo que convertía la producción cultural y científica en un instrumento de propaganda.

El fallecimiento del líder comunista, además de generar incertidumbre entre sus seguidores y opositores, dio paso a un proceso de transformación interno que, con el tiempo, contribuiría a la disolución del Estado soviético. Bajo el liderazgo de Nikita Jruschov se puso en marcha un proceso de «desestalinización» (Velarde, 2017), el cual implicó la liberación de presos políticos, una reducción en la censura y la implementación de reformas económicas que intentaban corregir los errores del estalinismo. En este sentido, se impulsó el cultivo intensivo en tierras vírgenes de Kazajistán, aunque los resultados fueron irregulares y obligaron al Gobierno a modificar constantemente sus planes, lo que generó aún más inestabilidad. Paralelamente, se dio mayor importancia a la producción de bienes de consumo y al desarrollo de sectores industriales hasta entonces descuidados, lo que afectó a las industrias tradicionales del carbón y el acero (Velarde, 2017). A pesar de estos intentos de modernización, los

resultados fueron poco satisfactorios. La descentralización provocó caos en la industria y la agricultura, los salarios se estancaron y el aumento de expectativas sociales chocó con la incapacidad del sistema para satisfacerlas. Al mismo tiempo, la reducción de la represión permitió la aparición de disidencia política, lo que planteó un dilema sobre los límites de la tolerancia del régimen. No obstante, la construcción y la carrera espacial se convirtieron en logros incuestionables, con avances científicos y tecnológicos que fortalecieron la imagen de la URSS en el escenario internacional (Velarde, 2017).

Tras la destitución de Jruschov en 1964, Leonid Brézhnev asumió el liderazgo de la Unión Soviética e inició un período de estabilidad política y consolidación del poder del Partido Comunista. Durante su gobierno, la URSS alcanzó su máxima influencia a nivel internacional y logró la paridad nuclear con Estados Unidos, lo que aseguró su reconocimiento como superpotencia global. En este contexto, Brézhnev impulsó una gran expansión de las fuerzas armadas y promovió la firma de los tratados SALT I y SALT II para limitar la producción de armas de destrucción masiva. Pero pese a estos logros en política exterior, su mandato sufrió un progresivo estancamiento económico. Aunque el período de Brézhnev garantizó estabilidad política y fortaleció la imagen de la URSS en el escenario internacional, también contribuyó al declive que desembocó en la crisis final del sistema soviético. Después de su muerte en 1982, Yuri Andrópov asumió el cargo con la intención de introducir reformas económicas y combatir la corrupción dentro del Partido. A pesar de su reputación como reformista, su pasado al frente de la KGB le aseguró el apoyo de los sectores más conservadores. Sin embargo, su gobierno fue demasiado breve para dejar un impacto significativo, aunque desempeñó un papel clave al impulsar la carrera política de Mijaíl Gorbachov (Velarde, 2017). Tras su fallecimiento en 1984, el poder recayó en Konstantín Chernenko, cuyo corto mandato reflejó la resistencia del Partido Comunista a cualquier intento de cambio. Su muerte en 1985 allanó el camino para la llegada de Gorbachov, quien emprendería una transformación radical del sistema soviético (Velarde, 2017).

En 1985, Mijaíl Gorbachov tomó los mandos de la Unión Soviética con el objetivo de modernizar el sistema sin abandonar el socialismo. A diferencia de sus predecesores, representaba una nueva generación dentro del Partido Comunista y apostó por un programa de reformas políticas y económicas que buscaban revitalizar el régimen. Desde un principio puso en marcha políticas internas para reformar la economía soviética, que se había estancado desde el mandato de Brézhnev. Entre estas reformas destacó la perestroika (*непрекращающаяся работа*), que tenía como objetivo cambiar la economía de planificación central de la Unión Soviética hacia una economía de mercado. Por otro lado, Gorbachov entendía que la transformación económica debía ir acompañada de una liberalización política, social y cultural. Para ello, impulsó la glásnost (глазность), una política de transparencia y apertura que permitía una mayor libertad de expresión y acceso a la información. Así, las políticas de Gorbachov permitieron la libertad de expresión y la impresión de libros que bajo gobiernos comunistas anteriores estaban prohibidos.

Sin embargo, las reformas de Gorbachov tuvieron efectos contraproducentes. La descentralización del Estado avivó los movimientos nacionalistas, especialmente en las repúblicas bálticas, donde se fortalecieron las demandas de independencia. Por otro lado, la

libertad de prensa permitió que, por primera vez en la historia de la URSS, surgieran críticas contra las acciones del Gobierno. La figura de Boris Yeltsin, presidente de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR), ganó popularidad entre quienes exigían cambios más profundos, lo que debilitó aún más la autoridad de Gorbachov. En este contexto de creciente inestabilidad, altos cargos del Estado y del Partido Comunista, como Dmitri Yázov (ministro de Defensa), Vladímir Kryuchkov (jefe del KGB) y Borís Pugo (ministro del Interior), intentaron frenar las reformas mediante un golpe de Estado en agosto de 1991 (Sala, 2022). Aprovecharon la ausencia de Gorbachov, quien se encontraba de vacaciones en Crimea, para tomar el control del Gobierno. No obstante, el golpe fracasó y contribuyó a acelerar el colapso del régimen. Gorbachov, debilitado políticamente, renunció a la secretaría general del PCUS y disolvió el Comité Central. Finalmente, el 25 de diciembre de 1991, en un discurso desde el Kremlin que se retransmitió a toda la Unión Soviética, Gorbachov anunció su dimisión como presidente de la URSS (Sala, 2022).

Durante esos meses, el Gobierno ucraniano, encabezado por Leonid Kravchuk, el primer presidente de Ucrania, avanzó con el proceso de construir un Estado independiente al establecer relaciones diplomáticas con diversos países y reforzar su autonomía respecto al poder central soviético (Granados, 2002). Tras el fallido golpe de Estado, el Soviet Supremo de Ucrania declaró formalmente la independencia del país el 24 de agosto de 1991, lo que supuso el fin de los intentos de Rusia por reformar el sistema soviético sin perder el control sobre su territorio. A diferencia de las repúblicas bálticas, cuya independencia ya se daba por hecho, Ucrania representaba un caso distinto: su separación no solo significaba la desintegración de la URSS, sino también la ruptura de una unión con Rusia que se había mantenido por más de tres siglos (Granados, 2002). Así pues, la independencia de Ucrania implicaba perder un país que muchos en Rusia consideraban inseparable de su historia e identidad. A partir de ese momento, la relación entre ambos países se convirtió en un vínculo bilateral, marcado por tensiones y desacuerdos que continuarían en las décadas siguientes.

1.5.5. La invasión de 2022: una guerra anunciada

Tras la disolución de la URSS en 1991, Ucrania emergió como un Estado independiente. Así, a partir de entonces, Ucrania redefinió su identidad nacional y estableció nuevas relaciones con Rusia y Occidente. Sin embargo, las tensiones entre ambos países no desaparecieron, sino que se intensificaron a lo largo de las décadas siguientes. Las disputas políticas, económicas y culturales reflejaron los profundos lazos históricos entre Rusia y Ucrania, así como las divergencias en sus proyectos nacionales. Estas fricciones alcanzaron un punto crítico en 2014, con la anexión de Crimea por parte de Rusia y el inicio del conflicto en el Donbás. Ocho años después, en 2022, el inicio de la invasión a gran escala agravó el conflicto y lo convirtió en una guerra de dimensiones globales con profundas repercusiones políticas, económicas y lingüísticas.

Vayamos por partes. Crimea, una península ubicada al sureste de Ucrania, ha sido históricamente un territorio estratégico tanto por su ubicación como por sus recursos. Su ciudad más importante, Sebastopol, alberga la base de la Flota del Mar Negro (*Черноморский флот*), lo que la convierte en un enclave de gran importancia militar para Rusia. En 1954, durante el

Gobierno de Nikita Jrushchov, la Unión Soviética declaró a Crimea como parte de la República Socialista Soviética de Ucrania, una decisión que en aquel momento no tuvo mayores repercusiones debido al carácter unificado de la URSS. Sin embargo, tras la disolución de la Unión Soviética en 1991 y la independencia de Ucrania, la península quedó dentro de las fronteras ucranianas, aunque con una población mayoritariamente rusófona. De hecho, según datos de 2014, aproximadamente el 60 % de la población de Crimea era de origen ruso, mientras que solo el 25 % era de origen étnico ucraniano (A. Fernández, 2022). Sea como fuere, Rusia mantuvo una fuerte presencia en la región gracias a acuerdos con el Gobierno ucraniano, que permitieron que la Flota del Mar Negro pudiera seguir operando en Sebastopol a cambio de beneficios económicos para Ucrania.

No obstante, la disputa por el control de Crimea resurgió en 2014, cuando Rusia llevó a cabo un proceso de anexión no reconocido por la comunidad internacional. Este movimiento estuvo precedido por una intensa campaña de desinformación y una intervención militar encubierta con tropas sin distintivos oficiales, lo que constituyó un ejemplo de guerra híbrida¹⁴ (A. Fernández, 2022). Entre los motivos detrás de esta acción, además de la importancia geoestratégica de la península y su acceso al Mar Negro, también se encuentran razones económicas, como sus reservas de gas, y factores simbólicos ligados a la historia militar y política rusa. Históricamente, desde la época del Imperio zarista, la región se ha considerado un lugar clave para la política rusa, lo que contribuye al sentimiento de que Crimea forma parte inherente de la «gran Rusia¹⁵». Así, el Kremlin justificó la anexión de Crimea no solo como una cuestión de seguridad nacional, sino también como una reunificación de los territorios de habla rusa que se separaron tras la disolución de la Unión Soviética. Esta narrativa apelaba a la identidad histórica y cultural y presentaba la anexión como una corrección de lo que se percibía como una injusticia histórica, una estrategia que ayudó a consolidar el apoyo interno a la acción del Kremlin.

Así pues, la anexión respondió a una combinación de factores estratégicos, políticos e identitarios. Desde el punto de vista geopolítico, la península es de vital importancia para Rusia, no solo por su acceso al Mar Negro, clave para el comercio y la proyección militar, sino también como barrera frente a la expansión de la OTAN en la región. A nivel político, la anexión se presentó como una respuesta a la crisis en Ucrania tras la destitución del presidente ucraniano Víktor Yanukóvich y la llegada al poder de un gobierno más alineado con Occidente (Sanabria, 2023). En este contexto, Rusia argumentó que estaba protegiendo a la población rusoparlante de Crimea de una supuesta persecución y que los referéndums que se llevaron a cabo en la región reflejaban el deseo legítimo de sus habitantes de reincorporarse a Rusia. Y es que tras la destitución de Yanukóvich y su huida a Rusia, tropas prorrusas tomaron las sedes y bases administrativas de Crimea para designar a un nuevo alcalde. Poco después, en 2014, la península declaró su independencia y tuvieron lugar dos referéndums: el primero preguntaba a

¹⁴ Se conoce como *guerra híbrida* a la situación en la que un Estado combina el uso abierto de la fuerza armada con otras formas de presión, como herramientas económicas, políticas, diplomáticas y de desinformación, contra otro país.

¹⁵ Durante el imperio ruso, el término Gran Rusia (*Великая Россия*) se usaba para referirse a la parte principal del Imperio, en contraposición a sus regiones periféricas (como Ucrania, *Little Russia*). También estaba asociado con la idea de unidad del pueblo ruso (rusos, ucranianos y bielorrusos como una sola nación).

la población si deseaba independizarse de Ucrania y el segundo planteaba la posibilidad de unirse a Rusia. Según los resultados oficiales, un 95 % de los votantes apoyó la adhesión a la Federación de Rusia (BBC, 2022). Sin embargo, el proceso provocó el rechazo de la comunidad internacional, que no reconoció su legitimidad y denunció la presencia de tropas rusas en el territorio. Mientras Estados Unidos y la Unión Europea rechazaron la anexión, países como Bielorrusia y Corea del Norte respaldaron la postura del Kremlin.

Como hemos mencionado, el discurso ruso sobre Crimea apelaba fuertemente a la identidad nacional. Putin justificó la anexión como una «acción en defensa del pueblo ruso en la región, alegando que la población de Crimea demandaba la reunificación de manera democrática» (Sanabria, 2023). En su discurso ante la Asamblea Federal el 18 de marzo de 2014, el presidente presentó la adhesión como un acto de autodeterminación y protección de la nación rusa y sus ciudadanos, haciendo hincapié en la relación de la península con la historia del Imperio ruso y la Rus de Kiev, unos «lazos culturales e históricos que hacen que Crimea sea más cercana a Rusia que a Ucrania» (Sanabria, 2023). Dicho enfoque reforzaba la idea de una Rusia como núcleo unificador del mundo eslavo, por lo que la independencia de Ucrania en 1991 supuso un desafío para esta visión, ya que implicaba la existencia de un Estado soberano que, desde el punto de vista del nacionalismo ruso, no debía considerarse una entidad separada, sino una extensión natural de Rusia. Esta narrativa contó con el apoyo de la Iglesia ortodoxa rusa, que jugó un papel clave en la legitimación de la política del Kremlin al presentar la unificación de los territorios postsoviéticos como una misión histórica.

El enfoque de Putin sobre la identidad rusa y la protección de la nación no se limitó solo a Crimea, sino que se extendió a otras regiones de Ucrania con una significativa población rusoparlante, como el caso del Donbás. El concepto de «mundo ruso», que hace referencia a la «comunidad unida por la lengua rusa, la cultura rusa y el pasado compartido» (Sanabria, 2023), se convirtió en un pilar clave en la justificación de las acciones de Rusia en el este de Ucrania. Según este concepto, las regiones de Donetsk y Lugansk también formaban parte de este mundo ruso, lo que justificaba, desde la perspectiva del Kremlin, la necesidad de proteger a los ciudadanos y grupos étnicos rusos que podían verse amenazados por el Gobierno ucraniano. Este argumento, ampliamente difundido en los medios de comunicación rusos, contribuyó a fortalecer el sentimiento separatista en ambas regiones, que en 2014 proclamaron su independencia y se unieron para formar la región del Donbás (Sanabria, 2023).

Los enfrentamientos en el Donbás y la creciente tensión entre las fuerzas separatistas y el ejército ucraniano llevaron a la firma de los Acuerdos de Minsk, con el objetivo de poner fin al conflicto en la región. Estos acuerdos, mediados por Francia, Alemania y Rusia, establecían un alto el fuego y preveían reformas políticas que otorgarían un estatus especial a las regiones separatistas dentro de Ucrania (Sanabria, 2023). Sin embargo, Minsk I fracasó rápidamente, lo que llevó a la firma de un segundo acuerdo en 2015 (Minsk II), que tampoco se implementó plenamente. Después de los acuerdos, la situación siguió igual de tensa y Rusia enfocó su atención en el acercamiento de la OTAN a Ucrania, algo que era visto como una amenaza para Rusia. En este contexto, Moscú intensificó su retórica y sus acciones para evitar la expansión de la OTAN en su esfera de influencia. A lo largo de los años siguientes, las tensiones se

incrementaron con movimientos militares en la frontera ucraniana y una creciente desconfianza entre Occidente y Rusia.

El 24 de febrero de 2022, Vladímir Putin anunció el inicio de una «operación militar especial» en Ucrania, que, según sus propias declaraciones, buscaba desmilitarizar y desnazificar al país, así como proteger a la población del Donbás de un supuesto genocidio por parte del Gobierno ucraniano (Putin, 2022). Con este discurso, el presidente buscaba legitimar la intervención militar ante la opinión pública rusa e internacional, presentándola como una misión defensiva y humanitaria en lugar de una invasión. La decisión de invadir Ucrania no fue un evento aislado, sino el desenlace de una serie de tensiones acumuladas en la región. Desde 2014, el conflicto en el Donbás había cobrado más de 14 000 vidas debido a los enfrentamientos entre las fuerzas ucranianas y los separatistas prorrusos (Sanabria, 2023). Además, en octubre de 2021, Rusia comenzó un significativo despliegue de tropas y equipo militar cerca de la frontera ucraniana para aumentar la presión sobre Kiev y la comunidad internacional. A mediados de diciembre del mismo año, el Gobierno ruso emitió una serie de exigencias dirigidas a Estados Unidos y la OTAN, en las que pedía que se detuvieran las actividades militares en Europa del Este y Asia Central, con la garantía de que Ucrania no se uniría a la OTAN en el futuro y la reducción de la presencia de la OTAN cerca de Rusia (Sanabria, 2023). Sin embargo, a pesar de las negociaciones, no se llegó a un acuerdo y, ante la falta de avances diplomáticos, Rusia optó por la intervención militar, lo que desencadenó una de las mayores crisis geopolíticas de las últimas décadas, un conflicto sin resolver con un futuro aún incierto.

2. Impacto lingüístico del conflicto: la censura y los efectos de la guerra en la traducción

Es innegable que la guerra entre Rusia y Ucrania ha afectado gravemente al ámbito geopolítico. Sin embargo, sus repercusiones van más allá de la política y el ámbito militar, ya que, además de alterar el equilibrio de poder en Europa y redefinir las relaciones internacionales, el conflicto también ha transformado la comunicación, el uso y la percepción del idioma ruso, así como la situación lingüística en Ucrania y otras regiones. Por un lado, la guerra ha desencadenado estrategias de control informativo en Rusia, lo que ha conducido a una censura sin precedentes que obliga a los medios de comunicación a transmitir únicamente el discurso oficial, dado que se reprime cualquier voz disidente en la prensa, las redes sociales y las manifestaciones públicas. Para reforzar esta narrativa, el Gobierno ha promovido un lenguaje propagandístico que introduce nuevos términos y evita palabras como «guerra» o «invasión» para referirse al conflicto, mientras que opta por otras como «operación militar especial». No obstante, algunos medios y ciudadanos han recurrido a estrategias lingüísticas para evitar la censura, como utilizar eufemismos o palabras codificadas en redes sociales y medios de comunicación.

Por otro lado, en los territorios de Ucrania ocupados por Rusia, la imposición del ruso en la educación y la comunicación refleja un intento de asimilación lingüística forzada. No obstante, la guerra no ha hecho más que fortalecer la identidad nacional ucraniana, lo que ha llevado a muchos ucranianos a rechazar el uso del ruso en favor del ucraniano como una forma de resistencia cultural. Estas dinámicas han repercutido no solo en los países directamente involucrados, sino también en el resto del mundo, donde la cultura rusa ha sido objeto de controversia y rechazo en algunos sectores. Fuera de la región, la guerra ha desencadenado un fenómeno de rechazo hacia la cultura rusa en Europa, con la cancelación de eventos y la eliminación de obras de artistas rusos, lo que ha reabierto el debate sobre la separación entre cultura y política. En España, igual que en otros países, se ha visto cómo el conflicto ha dado lugar a la aparición de la rusofobia, lo que ha dificultado la integración de la comunidad rusoparlante en la sociedad. Por último, la guerra ha supuesto un reto para algunas áreas de la traducción, como la traducción comercial, mientras que otras, como la traducción literaria, no se han visto afectadas y, de hecho, están en un momento de esplendor.

En definitiva, el lenguaje se ha convertido en una herramienta clave en la lucha por el control del discurso, lo que ha afectado a la comunicación y a la percepción del conflicto a nivel global. La manipulación del lenguaje, ya sea a través de la censura o la propaganda, ha condicionado el acceso a la información y ha moldeado la opinión pública tanto en Rusia como en Ucrania y en el resto del mundo. A continuación, se analizará el impacto lingüístico del conflicto desde diferentes perspectivas, tanto en los países involucrados como en Europa, haciendo hincapié en la situación en España, concretamente en Cataluña, donde se ha generado un contexto particular que refleja las tensiones y repercusiones del conflicto a nivel social y cultural. En el caso de Barcelona, además, se examinará cómo la guerra ha afectado el aprendizaje del ruso, así como el interés por este idioma en el ámbito educativo y académico.

2.1. Consecuencias sociales y mediáticas del conflicto en Rusia

2.1.1. Censura, represión y control de los medios

El conflicto entre Rusia y Ucrania ha generado una drástica represión en el ámbito mediático ruso, lo que ha afectado a la libertad de prensa y a la circulación de información en el país. Desde el inicio de la invasión, las autoridades rusas han implementado medidas para controlar el flujo de información y silenciar cualquier forma de disidencia. Entre estas medidas, encontramos el hecho de que se hayan bloqueado medios de comunicación, el cierre de emisoras de radio independientes y la interrupción de trabajo de decenas de periodistas, quienes incluso se han visto obligados a abandonar el país. Amnistía Internacional (2022) ha señalado que las autoridades han lanzado una ofensiva sistemática contra el periodismo independiente, las protestas contra la guerra y las voces críticas, lo que ha impedido a la población acceder a información objetiva, imparcial y veraz.

El órgano que regula los medios de comunicación en Rusia, Roskomnadzor (Роскомнадзор), ha sido una herramienta clave en este proceso de censura. Desde el 24 de febrero de 2022, fecha en la que comenzó la invasión, se ordenó que todos los medios de comunicación rusos usaran únicamente las fuentes oficiales del Gobierno, de modo que cualquier fuente que no cumpliera con esta directiva se consideraba una infracción grave bajo la acusación de difundir noticias falsas (Amnistía Internacional, 2022). Asimismo, se prohibió el uso de palabras como «guerra», «invasión» y «ataque» para describir las acciones militares rusas en Ucrania, con el objetivo de crear una imagen controlada del conflicto que distorsionara su verdadera magnitud. Días después, la censura se intensificó y se llegaron a bloquear medios informativos clave como *Hacstoyuchee время*, *TV Rain*, *Echo of Moscow*, *Meduza*, y muchos otros. El Gobierno ruso también impidió el acceso a medios internacionales como la BBC, *Voice of America* y *Deutsche Welle*, bajo el pretexto de que difundían información poco fiable (Amnistía Internacional, 2022). La medida fue tan estricta que provocó que más de 150 periodistas rusos huyeran del país debido a la creciente represión. Entre ellos, medios como *TV Rain* y *Znak.com* decidieron suspender sus emisiones por miedo a las represalias por parte de las autoridades.

Este control no solo ha afectado a los medios de comunicación, sino que también ha tenido consecuencias en las redes sociales. En marzo de 2022, se bloquearon plataformas como Twitter y Facebook, ya que las autoridades acusaron a estas empresas de difundir información inexacta sobre el conflicto (Amnistía Internacional, 2022). No obstante, a pesar de estos esfuerzos por controlar la información, algunos periodistas han podido continuar con su labor, aunque fuera del país. Muchos han encontrado nuevas formas de difundir sus reportes a través de plataformas como YouTube y Telegram, donde la información sobre el conflicto sigue difundiéndose por todo el mundo. Y es que, aunque la censura en Rusia ha logrado silenciar a muchos medios tradicionales, la valiente labor de estos profesionales sigue siendo esencial para informar sobre el conflicto, desafiando así las restricciones impuestas por el Gobierno ruso y manteniendo viva la resistencia del periodismo independiente pese a la represión.

Por otro lado, aparte de la censura impuesta a los medios de comunicación y las restricciones en las redes sociales, las autoridades rusas han recurrido a la instrumentalización de las leyes sobre «agentes extranjeros» y «organizaciones indeseables» (Amnistía Internacional, 2022) para sofocar cualquier voz crítica. Estas normativas, que en un principio se presentaron como herramientas de control frente a injerencias externas, se han utilizado sistemáticamente para perseguir a periodistas, activistas y organizaciones independientes. El 5 de marzo de 2022, medios de periodismo de investigación como *Важные истории* y el Proyecto de Información sobre Crimen Organizado y Corrupción (OCCRP) fueron declarados «organizaciones indeseables», lo que criminalizó sus actividades y les prohibió trabajar dentro de Rusia (Amnistía Internacional, 2022). Poco después, la Duma propuso la creación de un «registro unificado» para catalogar a individuos y entidades como «agentes extranjeros» (Amnistía Internacional, 2022), aumentando aún más el control sobre quienes expresan posturas contrarias al discurso oficial del Kremlin.

Pero la represión no se ha limitado al ámbito mediático, sino que también ha afectado a la ciudadanía. A pesar de las duras restricciones y la violenta respuesta policial, miles de personas han salido a las calles de Rusia para manifestarse contra la guerra. Según informa Amnistía Internacional (2022), desde el inicio de la invasión hasta marzo de 2022 se han arrestado al menos a 13 800 manifestantes pacíficos, incluyendo a las más de 5 000 detenciones en un solo día en 70 ciudades. Los testimonios de dichas detenciones reflejan la brutalidad de la represión. Se han denunciado palizas, humillaciones, malos tratos y la privación de necesidades básicas como comida y agua. En algunos casos, las fuerzas de seguridad han utilizado un discurso abiertamente hostil contra los manifestantes, refiriéndose a ellos como «enemigos de Rusia» y amenazándolos con represalias extremas. Sin embargo, a pesar de correr estos riesgos, la resistencia dentro de Rusia no ha desaparecido. Activistas y periodistas continúan denunciando la situación desde el exilio y la población sigue encontrando formas de desafiar la narrativa oficial, incluso en un entorno donde cualquier expresión de disidencia puede conllevar consecuencias graves.

Este control de la información también se ha reforzado mediante la criminalización del discurso crítico. El 4 de marzo de 2022, el Parlamento ruso aprobó una legislación que penaliza la difusión de cualquier «información falsa» sobre las actividades de las fuerzas armadas rusas o cualquier intento de «desacreditar» al ejército (Amnistía Internacional, 2022). Esta ley, diseñada para acallar cualquier discurso contrario al oficial, impone multas elevadas y penas de prisión de hasta 15 años para quienes la infrinjan. Días después de su aprobación, más de 140 personas fueron detenidas por violar esta nueva normativa, que en la práctica prohibió el uso de términos como «guerra» y los «llamamientos en favor de la paz» (Amnistía Internacional, 2022). Ante esta situación, tanto periodistas como activistas han insistido en la necesidad de contar con apoyo internacional para aquellos que siguen informando y defendiendo los derechos humanos desde dentro y fuera de Rusia. Así pues, a pesar de la represión, la resistencia no se ha extinguido por completo. Los esfuerzos por dar a conocer la realidad del conflicto continúan a través de plataformas alternativas y medios de comunicación independientes, lo que demuestra que la verdad no puede ser silenciada.

2.1.2. La resistencia lingüística y simbólica frente al lenguaje propagandístico del Kremlin

Como ya hemos visto, desde el inicio del conflicto el Gobierno ruso ha implementado un estricto control del discurso público, hasta el punto de limitar la terminología que utilizan los medios de comunicación y la población. Uno de los mecanismos más evidentes ha sido la imposición de un lenguaje propagandístico diseñado para moldear la percepción del conflicto y evitar referencias directas a la realidad bélica actual. Por ejemplo, la sustitución del término «guerra» por «operación militar especial», se trata de una reformulación que minimiza la gravedad de la situación y evita la connotación negativa de la palabra «guerra». En una presentación en la conferencia Internet Without Borders, la antropóloga Aleksandra Arjípova explica las instrucciones que recibió un trabajador de una publicación federal rusa muy importante durante los primeros meses de la guerra. Cuatro días después del inicio de la invasión, recibió las siguientes instrucciones por escrito, tal y como se indica en una publicación de *Global Voices* (2023):

No utilicen la palabra «guerra», en cambio, pueden utilizar las palabras «liberación», «misión de liberación» y «operación especial». No siembren el pánico. Déjenme recordarles una vez más que les es imposible escribir las palabras «guerra», «operación militar», «captura por el Ejército ruso» en sus artículos; ahora solo será «operación especial».

De manera similar, el término «desnazificación» se ha empleado de forma ambigua para justificar la invasión, con tal de vincularla con la lucha contra una amenaza inexistente. Asimismo, el concepto de *Русский мир* (Mundo ruso), que inicialmente hacía referencia a la cultura y la identidad rusas, ha adquirido una connotación expansionista utilizada para justificar la intervención en Ucrania y la anexión de territorios. Otro mecanismo empleado es la «desnominalización» (Napolitano, 2022), un proceso mediante el cual se evitan referencias directas a personas o grupos específicos, sustituyéndolas por términos amplios y abstractos. En este contexto, expresiones como «quinta columna» o «agente extranjero» se han convertido en etiquetas genéricas que se utilizan para desacreditar y criminalizar a cualquier individuo o colectivo que exprese opiniones disidentes a la oficial. Así, al no mencionar nombres concretos, el Gobierno puede difundir una sensación de amenaza constante y ambigua, en la que cualquier ciudadano puede ser señalado como enemigo del Estado sin necesidad de pruebas específicas. Esta estrategia no solo fomenta el miedo y la autocensura, sino que también permite justificar medidas represivas bajo la premisa de proteger la estabilidad del país.

Sin embargo, este tipo de manipulación del lenguaje no es un fenómeno aislado ni exclusivo de la guerra ruso-ucraniana. Históricamente, los régimes autoritarios han empleado estrategias similares para suavizar realidades adversas. En el caso de Rusia, ya entre 2017 y 2018 se empezó a utilizar la palabra *хлопок* (estallido, palmada) en lugar de «explosión» en los medios estatales rusos. Así, una palabra que automáticamente se relaciona con una catástrofe, se sustituye por otra que no se asocia con la muerte. De esta forma, aparecieron expresiones como *хлопок газа* (estallido de gas) para sustituir *взрыв газа* (explosión de gas), una manera de reducir la percepción de peligro asociada a estos incidentes. Otro ejemplo de esta manipulación lingüística es la sustitución del término «frente» por «línea de contacto». Desde febrero de 2022, esta expresión se ha utilizado ampliamente para evitar la connotación bélica directa y suavizar la imagen del conflicto. Esta estrategia se hizo evidente durante la

movilización militar de septiembre de 2022, cuando a los ciudadanos no se les informó de que serían enviados al frente de combate, sino de que «ayudarían a defender la línea de contacto» (Global Voices, 2023). De este modo, el lenguaje no solo enmascara la realidad de la guerra, sino que también facilita la aceptación de las medidas gubernamentales al reducir la percepción del riesgo y la hostilidad del conflicto.

En este contexto, no es de extrañar que hayan surgido estrategias de resistencia lingüística en Rusia, que incluyen desde la omisión deliberada de términos oficiales hasta el uso de códigos y metáforas que permiten esquivar las restricciones sin dejar de transmitir mensajes críticos. Una de las tácticas más utilizadas es la sustitución de palabras prohibidas por símbolos o eufemismos. Por ejemplo, en redes sociales y plataformas digitales, la palabra *война* (guerra) se ha reemplazado por una serie de asteriscos (******) o incluso por Roskomnadzor, haciendo una referencia irónica al organismo estatal encargado de la censura en Rusia (Napolitano, 2022). Este uso no solo evade la vigilancia automatizada del contenido, sino que también resalta de manera sarcástica el papel opresivo de las autoridades en la restricción de la libertad de prensa. También han surgido iniciativas en los espacios públicos, como la modificación de carteles o etiquetas de los supermercados. Un ejemplo es el caso de la artista Saša Skočilenko, quien sustituyó las etiquetas de los precios de los supermercados por mensajes contra la guerra, lo que provocó que la arrestaran y la acusaran de difundir información falsa sobre las fuerzas armadas rusas (Napolitano, 2022).

Además, en varias ciudades rusas han aparecido grafitis y pegatinas en señal de protesta. En Víborg, una ciudad portuaria rusa ubicada a 38 kilómetros de la frontera con Finlandia, se han colocado mensajes de paz en su *Дерево желаний* (Árbol de los deseos). Con esta acción, los ciudadanos han convertido un gesto cultural en una forma de protesta silenciosa. Otra estrategia de resistencia ha sido el uso del dinero como medio de protesta. Desde la emisión del billete de 100 rublos conmemorativo de Crimea en 2015, algunos ciudadanos han optado por escribir mensajes antiguerra en ellos, tales como: «En 22 años, Putin podría haber creado un país desarrollado, pero decidió matar a Ucrania y a Rusia» (Napolitano, 2022). Estas pequeñas manifestaciones, a pesar de tener un alto riesgo de represalias, se han convertido en símbolos de resistencia frente al monopolio del discurso estatal. Cada uno de estos actos demuestra que, aunque el Gobierno intente imponer una única narrativa, la creatividad y la determinación de la población encuentran formas para desafiarlo.

Incluso el uso de citas del propio Putin ha sido motivo de represión. En San Petersburgo, el patinador artístico Artur Dmitriev fue sancionado por sostener un cartel con una frase que pronunció el presidente el 9 de mayo de 2021: «La guerra trajo tanto dolor que es imposible de olvidar. Y no hay formas de perdón para los que vuelven a planear una agresión» (Napolitano, 2022). La ironía de emplear las palabras oficiales contra la narrativa estatal refleja cómo el lenguaje puede convertirse en un campo de batalla en sí mismo. Y más allá de las palabras, los colores también se han convertido en símbolos de resistencia. La combinación de azul y amarillo, los colores de la bandera ucraniana, también se está utilizando para transmitir un mensaje de apoyo y resistencia. Asimismo, destacan los símbolos, figuras sencillas hechas de papel, como palomas, grullas o dos personas cogidas de la mano, que representan la esperanza, la unidad y el deseo de paz en medio de la guerra.

Por otro lado, y como ya he mencionado, muchos periodistas y ciudadanos han encontrado formas de eludir las restricciones y mantener viva la conversación crítica sobre la guerra. Plataformas como Telegram y YouTube se han convertido en refugios informativos, donde activistas y periodistas exiliados continúan denunciando la situación actual. Aunque acceder a estos espacios no es fácil, dado que el Gobierno ha bloqueado numerosos sitios y plataformas que considera hostiles a su narrativa, se ha popularizado el uso de VPN como una herramienta fundamental para esquivar la censura. Periodistas como Katerina Gordéieva no solo han utilizado sus canales para informar, sino que también han promovido activamente estos servicios para garantizar que la población rusa e internacional pueda seguir accediendo a fuentes independientes. Además, el hecho de que estos contenidos estén subtitulados en inglés demuestra que la resistencia informativa busca llegar tanto a los ciudadanos rusos como sensibilizar a la comunidad internacional sobre la realidad que se vive en estos territorios. Por lo tanto, podemos concluir que, tal y como afirma Arjípova en una publicación de *Global Voices* (2023): «El mayor objetivo que tiene el lenguaje que utiliza la propaganda rusa es dar la impresión de que aún no hay guerra». No obstante, a pesar de los esfuerzos del régimen por distorsionar la realidad y acallar las voces disidentes, la resistencia de la población sigue manifestándose de múltiples formas, en una lucha por mantener el pensamiento crítico y defender la libertad de expresión.

2.2. Consecuencias sociales y mediáticas del conflicto en Ucrania

2.2.1. El adoctrinamiento en los territorios ocupados

Desde el inicio de la invasión, el Kremlin no solo ha recurrido a la fuerza militar, sino que también ha implementado una intensa campaña de control ideológico en los territorios ocupados. Entre las estrategias utilizadas para consolidar su dominio, el sistema educativo se ha convertido en un medio de manipulación para propagar su narrativa oficial. A través de la imposición de un nuevo plan de estudios, la censura de materiales educativos ucranianos y la coacción al profesorado, las autoridades rusas han tratado de legitimar la ocupación y cambiar la percepción del conflicto entre las nuevas generaciones. En consecuencia, el profesorado ucraniano de los territorios ocupados se enfrenta a una difícil decisión: huir y abandonar su vida tal y como la conocen o someterse a un sistema educativo que busca adoctrinar a los alumnos con propaganda estatal rusa.

Según Amnistía Internacional (2024), las autoridades rusas han utilizado diversas tácticas de presión para obtener la cooperación de los docentes que han permanecido en los territorios ocupados: desde el chantaje emocional hasta amenazas explícitas, registros domiciliarios e incluso violencia física, con el objetivo de garantizar que las escuelas se alineen con la versión oficial del Kremlin. Así pues, para los profesores que han optado por resistirse a la imposición del plan de estudios ruso, la realidad ha sido aún más aterradora. Negarse a participar en el sistema educativo impuesto por Rusia no es una opción viable, ya que ello supondría enfrentarse a represalias que van desde la intimidación y los abusos psicológicos hasta el secuestro y la tortura. En este contexto, la educación ha dejado de ser un espacio de formación neutral para convertirse en un campo de batalla ideológico, donde el Kremlin busca reescribir la historia y justificar la invasión.

Más allá de las amenazas explícitas, muchos docentes se han visto obligados a ocultar su profesión por miedo a las consecuencias. La reapertura de las escuelas se ha convertido en una prioridad para las autoridades rusas, no solo como parte de su intento por normalizar la ocupación, sino también como un medio para ejercer un control ideológico profundo sobre la población, especialmente sobre las nuevas generaciones. Así pues, las escuelas funcionan como espacios clave para desmantelar los símbolos culturales ucranianos, difundir propaganda estatal y reforzar valores patrióticos alineados con la ideología rusa. En este contexto, el Gobierno ruso se ha dedicado a buscar activamente al profesorado ucraniano que aún permanece en las zonas bajo su control, por lo que ocultar la identidad profesional se ha convertido en una estrategia de supervivencia. Un ejemplo lo encontramos en el caso de Svetlana, una profesora de lengua y literatura ucraniana en la región de Nikoláiev, quien confesó a Amnistía Internacional (2024):

Me aterraba que [los soldados ucranianos] descubrieran que soy profesora. Y más aún con la asignatura que imparto. Los profesores y profesoras de ucraniano y de historia de Ucrania son sus mayores enemigos. Les dije a mis hijos que, si alguien les preguntaba, debían decir que trabajaba limpiando la escuela.

Del mismo modo, Olga, profesora de historia en la región de Járkov, explicó a Amnistía Internacional (2024) el miedo que sintió cuando soldados rusos registraron su casa:

Los rusos vinieron a registrar mi apartamento. Me aterrorizaba que descubrieran los libros de texto de historia, los mapas y toda la literatura sobre la historia de Ucrania que tenía escondidos. [...] Había visto a los soldados rusos saquear la escuela. Allí lo primero que hicieron fue quemar todos los libros ucranianos, los símbolos del Estado y los mapas.

Estos testimonios revelan la atmósfera de miedo e intimidación que se ha instaurado en los territorios ocupados, donde ejercer la docencia de materias vinculadas a la identidad nacional ucraniana se ha convertido en una actividad clandestina y peligrosa. El hecho de que profesoras como Svetlana u Olga se hayan visto obligadas a ocultar su profesión o a esconder materiales educativos pone de manifiesto hasta qué punto el conocimiento se ha transformado en una amenaza para la ocupación. Enseñar historia de Ucrania o lengua y literatura ucraniana no solo se percibe como un acto de resistencia cultural, sino como un desafío directo al relato impuesto por el Kremlin. Así, la escuela deja de ser un simple espacio de aprendizaje para convertirse en un terreno simbólico de lucha, donde se disputa la memoria, la identidad y la verdad. Pero las presiones para colaborar no se han quedado ahí, sino que se ha llegado a convocar al personal docente a reuniones organizadas por las autoridades rusas (Amnistía Internacional, 2024), en las que se ha recurrido a la desesperación económica y se han utilizado formas sutiles y no tan sutiles de chantaje emocional. Oksana, jefa de estudios en la región de Jersón, relató a Amnistía Internacional (2024) cómo intentaron persuadirla durante horas: le aseguraron que Ucrania ya no lucharía por ellos, le ofrecieron un buen salario y le advirtieron que no podría sobrevivir sin ingresos. Incluso apelaron a su rol de madre para hacerle chantaje emocional, ya que le insinuaron que negarse a trabajar era una forma de traicionar a sus hijos.

Para quienes han decidido resistirse, el coste ha sido altísimo. No solo se les ha obligado a dimitir, sino que las visitas sin previo aviso, las amenazas de ser excluidos de cualquier tipo de asistencia médica o incluso de ser incluidos en «listas negras» que les impidan abandonar los territorios ocupados (Amnistía Internacional, 2024) se han convertido en una forma de vigilancia constante. Y cuando ni el chantaje ni las amenazas consiguen obligar a los docentes a colaborar, la represión es aun mayor. A Oleksandr, jefe de estudios y profesor de geografía,

lo secuestraron y golpearon hombres armados que irrumpieron en su casa tras su negativa a cooperar. Además, le obligaron a participar en actos públicos donde tuvo que posar junto a símbolos del Estado ruso, bajo la amenaza de que, si se negaba, sufriría represalias por parte de las autoridades de la ocupación. Asimismo, le advirtieron que esas imágenes se utilizarían como prueba de colaboración con el régimen ruso, lo que podría acarrearle consecuencias legales si algún día regresaba al territorio controlado por el Gobierno ucraniano. De este modo, estaba atrapado entre dos frentes: la coacción de los ocupantes y el temor a ser acusado de traición por su propio país. Su historia evidencia cómo la educación se ha instrumentalizado no solo como herramienta de propaganda, sino también como medio de represión mediante el miedo, la humillación y la violencia.

Por otro lado, el adoctrinamiento no solo se ha limitado a la coacción del profesorado, sino que se ha extendido también a los materiales educativos que se utilizan en las aulas. Según denunció Amnistía Internacional (2023), la introducción de un nuevo libro de texto de historia, obligatorio para el alumnado de secundaria tanto en Rusia como en los territorios ucranianos ocupados, constituye un intento flagrante de manipulación ideológica. El libro, que justifica la invasión como un «acto legítimo de autodefensa» y la define como una «operación militar especial» (Amnistía Internacional, 2023), distorsiona acciones rusas como la anexión de Crimea en 2014 y refuerza la narrativa de que Rusia es una víctima frente a las amenazas externas. Al mismo tiempo, invisibiliza la identidad, la cultura y la historia de Ucrania, además de privar a niños y niñas de una educación basada en la verdad, el pensamiento crítico y el respeto a los derechos humanos.

Además, aunque las autoridades rusas han insistido en que no se prohíbe el uso del ucraniano en los territorios ocupados, la realidad muestra una clara marginación del idioma en el entorno educativo. De hecho, la enseñanza obligatoria en las escuelas se imparte exclusivamente en ruso, y las autoridades locales han eliminado el ucraniano como asignatura obligatoria (Майер, 2023). A pesar de que Vladímir Putin declaró en octubre de 2022 que no se debía prohibir ni el idioma ni la cultura ucraniana en Rusia, a la vez que recordó que el ucraniano sigue siendo una de las lenguas oficiales en Crimea, junto con el ruso y el tártaro, en la práctica no existe una política estatal unificada en relación con su enseñanza (Майер, 2023). Cada región tiene la libertad de decidir si incluir o no el idioma ucraniano en su currículo escolar y el Ministerio de Educación ha anunciado la creación de un manual para la enseñanza del llamado «ucraniano clásico» (Майер, 2023) en las escuelas de primaria de los territorios ocupados, con la intención de ofrecer esta asignatura de forma optativa, en función del interés local y las decisiones de los centros de estudio. No obstante, expertos advierten que esta versión académica del idioma no se corresponde con el ucraniano que se habla actualmente en Ucrania, y que su uso podría responder más a una visión nostálgica de la etapa soviética que a una representación auténtica de la diversidad lingüística ucraniana (Майер, 2023). En otras palabras, este modelo de «ucraniano clásico» se basa en estándares del periodo soviético, una versión normativizada del idioma que, lejos de reflejar la evolución del ucraniano contemporáneo, responde a criterios ideológicos y lingüísticos impuestos desde Moscú. Este enfoque limita el dinamismo del idioma y no refleja ni respeta la evolución lingüística, cultural e identitaria que ha tenido el ucraniano desde la independencia de Ucrania en 1991 hasta la actualidad.

2.2.2. Situación lingüística actual en Ucrania

La realidad lingüística de Ucrania es compleja y está profundamente marcada por su historia, su diversidad étnica y su relación con Rusia. Aunque el ucraniano es la lengua oficial del Estado y cuenta con más de 44 millones de hablantes, cerca de 14 millones de ciudadanos (el 22 % de la población) consideran el ruso como su lengua materna (Oropeza, 2022). Esta coexistencia prolongada entre ambas lenguas refleja una sociedad históricamente bilingüe, donde las identidades lingüísticas no siempre coinciden con las identidades nacionales. Así pues, esta convivencia entre lenguas no es nueva: durante décadas, especialmente bajo el dominio soviético, el ruso se promovió como lengua de prestigio y de promoción social, mientras que el ucraniano iba quedando en segundo plano y se limitaba al ámbito doméstico y rural (Oropeza, 2022). Sin embargo, la independencia en 1991 marcó un punto de inflexión, con un esfuerzo institucional por revitalizar el ucraniano como símbolo de identidad nacional. Aun así, la distribución lingüística sigue siendo desigual.

En el contexto actual, la lengua ha adquirido una nueva carga simbólica. Para muchos ucranianos, especialmente en las regiones centrales y occidentales, el uso del ucraniano se ha convertido en un acto de resistencia cultural y afirmación patriótica. Incluso entre aquellos hablantes nativos de ruso, se observa un cambio consciente hacia el ucraniano, impulsado por el rechazo a lo que consideran la lengua del agresor. Este fenómeno es especialmente visible en ciudades como Kiev, donde el uso cotidiano del ucraniano ha aumentado notablemente desde el inicio de la guerra. No obstante, en zonas del este y del sur del país, donde el ruso ha predominado a lo largo de la historia, muchas personas continúan utilizándolo como lengua principal, no necesariamente por afinidad política, sino por hábito, por el entorno familiar o por la identidad cultural. A nivel lingüístico, aunque el ruso y el ucraniano pertenecen a la misma familia eslava, son lo suficientemente distintos como para dificultar la comprensión mutua sin un conocimiento previo. Aun así, la mayoría de los ucranianos son bilingües funcionales y pueden ir intercambiando la lengua según el entorno y la persona con la que hablen (Averchuk, 2023). No obstante, es innegable que la invasión rusa de 2022 desencadenó un cambio en la concepción del idioma: para millones de ucranianos rusófonos, la elección de hablar ucraniano se ha convertido en un acto de reafirmación identitaria, una forma de marcar distancia con el agresor y de redescubrir su pertenencia nacional.

Esta toma de conciencia colectiva se ha traducido en un fenómeno visible en todo el país: personas que antes hablaban ruso por costumbre están optando por el ucraniano como lengua de uso cotidiano. Averchuk (2023) recogió para el diario *La Razón* los testimonios de varios ciudadanos que explican cómo han vivido este proceso. María, una de los muchos ucranianos rusoparlantes que han optado por cambiar su lengua materna después de la invasión, declaró: «No me siento bien hablando en ruso después de todo lo que estamos viviendo [...]. Todos mis amigos que antes hablaban ruso ahora hablan ucraniano. Queremos subrayar que somos distintos de los rusos». Su declaración revela cómo el idioma se ha convertido en una herramienta de diferenciación frente a Rusia y en un símbolo de resistencia. Para muchas personas como ella, dejar de hablar ruso no es solo una reacción emocional ante la invasión, sino también una afirmación clara de pertenencia a una nación ucraniana distinta, autónoma y resiliente. Además, explicó que la elección de hablar ucraniano es el resultado de «redescubrir [su] identidad nacional». Este cambio, aparte de afectar especialmente a los jóvenes, también ha motivado a generaciones más mayores para aprender o recuperar el idioma con el apoyo de

clases gratuitas y grupos de conversación organizados en distintas regiones (Averchuk, 2023). Paradójicamente, podemos decir que el intento de Moscú por «proteger» a la población rusoparlante ha generado el efecto contrario: una creciente desvinculación emocional, lingüística y cultural con Rusia.

Así pues, en este proceso de reafirmación lingüística, las clases de ucraniano han cobrado un papel fundamental. Más allá de su función comunicativa, estas clases representan una forma de dar voz al pueblo ucraniano y un medio para reconstruir una identidad nacional herida por la guerra. La alta demanda de estos programas refleja el deseo colectivo de luchar y mostrar apoyo a Ucrania, un sentimiento que trasciende el aprendizaje lingüístico. Aprender ucraniano se ha convertido para muchos en un acto de compromiso personal y político, una forma de expresar que su identidad no depende del idioma que han hablado durante años, sino de la voluntad de formar parte de un país independiente y diverso. Estas iniciativas demuestran cómo la enseñanza y el aprendizaje de una lengua pueden llegar a ser una herramienta de afirmación identitaria: las palabras son ahora las balas con las que muchos ucranianos se enfrentan al intento de borrar su cultura.

En contraste, mientras que en Ucrania la lengua se ha convertido en un símbolo de resistencia y unidad frente a la invasión, desde Rusia se ha recurrido al idioma como instrumento de poder e incluso de justificación bélica. Un ejemplo fue la carta abierta que se publicó el 23 de febrero de 2022 en el semanal literario ruso *Литературная газета*, en la que cientos de escritores rusos expresaban su respaldo a la «operación militar especial» en la región del Donbás y el este de Ucrania (Friess, 2022). Quienes la firmaron no solo apoyaban abiertamente la intervención armada, sino que argumentaban que esta era necesaria para proteger la lengua rusa y a quienes la hablan, acusando a Ucrania de librarse una «guerra lingüística» contra el ruso (Friess, 2022). Sin embargo, esta retórica no es algo nuevo: durante años, el Kremlin ha utilizado la supuesta defensa de los rusoparlantes como argumento para legitimar su intervención en territorios vecinos, como ocurrió en Georgia en 2008 o en Crimea en 2014. Esta visión se refleja también en la labor de instituciones como la fundación estatal *Русский мир* (Mundo ruso), creada por Vladímir Putin, que afirma que el «mundo ruso» no solo incluye a los rusos, sino también a sus compatriotas en el extranjero, a los emigrantes, a los expatriados y a sus descendientes, así como a cualquier persona que hable, enseñe o muestre interés por Rusia y su futuro (Friess, 2022). Para muchos hablantes de ruso, esta concepción supone una amenaza, ya que no todos los que comparten la lengua rusa se identifican con los valores del Kremlin ni desean que se les utilice como justificación para acciones militares.

Los escritores rusoparlantes, especialmente aquellos que viven en Ucrania, se han visto en el centro de un debate sobre el papel del idioma en tiempos de guerra. Desde 2014, muchos de ellos han optado por escribir con más frecuencia o incluso de forma exclusiva en ucraniano para distanciarse simbólicamente de Rusia y reafirmar su pertenencia cultural. Esta tendencia se ha intensificado desde el inicio de la invasión, como lo demuestra la iniciativa del Ministerio de Cultura ucraniano con la plataforma *Поезія Вільних* (Poesía de los libres), donde se publican libremente miles de poemas escritos mayoritariamente en ucraniano con la intención de dejar constancia del dolor, la resistencia y la memoria colectiva. No obstante, no todos los autores han sentido la necesidad de abandonar el ruso. Para muchos, como el poeta ucraniano Aleksandr Kabanov, renunciar a la lengua sería cederle al Kremlin algo que no le pertenece, ya que, tal y como menciona en su antología *En la lengua del enemigo: poemas sobre la guerra y la paz*, publicada en 2017, «el lenguaje no pertenece a los políticos, sino a las personas»

(Friess, 2022). Para él y para otros autores, seguir escribiendo en ruso desde Ucrania es, precisamente, una forma de luchar contra la apropiación simbólica del idioma y de reafirmar que el lenguaje pertenece a quienes lo usan, no a quienes lo instrumentalizan.

2.3. Consecuencias sociales y mediáticas del conflicto en Europa y Asia

2.3.1. La cultura de cancelación en Europa

El conflicto entre Rusia y Ucrania también ha afectado al ámbito social y cultural de Europa. La condena internacional hacia las acciones del Kremlin ha derivado en un fenómeno que algunos sectores definen como «cultura de cancelación» (*Культ отмены России*, s.f.), que se aplica a todo lo relacionado con Rusia. Este proceso ha afectado a múltiples esferas: desde la exclusión de deportistas y artistas rusos en competiciones y festivales internacionales, hasta la cancelación de colaboraciones científicas y la retirada de obras de arte de autores rusos en instituciones culturales. Incluso en el ámbito cotidiano se han registrado actos de rechazo hacia ciudadanos de habla rusa, independientemente de su postura política o su nacionalidad. Esta reacción a nivel global evidencia cómo el conflicto ha reconfigurado las relaciones culturales y mediáticas en Europa, donde el idioma, la identidad y la procedencia se han convertido en factores de estigmatización.

Uno de los sectores más afectados es el ámbito educativo y científico. Lo que comenzó como una reacción política ante la intervención militar rusa ha evolucionado hacia una exclusión sistemática de Rusia del espacio académico y cultural internacional. Por ejemplo, en Ucrania se han eliminado las asignaturas de lengua rusa en las escuelas, una medida que también se ha adoptado en países como Letonia, Lituania y Estonia, donde se ha aprobado una ley que prohíbe la enseñanza en ruso tanto en instituciones escolares como preescolares (*Культ отмены России*, s.f.), una medida que, para algunos, se traduce en una forma de discriminación hacia las minorías rusoparlantes. A nivel universitario, numerosos países europeos, entre ellos Alemania, Finlandia, Polonia, España y el Reino Unido, han suspendido cualquier tipo de colaboración institucional con universidades y centros de investigación rusos. Esto incluye la cancelación de proyectos conjuntos, la exclusión de Rusia de redes científicas clave como el CERN, el FAIR o el European XFEL, y que investigadores rusos ya no puedan acceder a instalaciones avanzadas, como telescopios, láseres de alta energía y bases de datos científicas internacionales (*Культ отмены России*, s.f.). Además, varias editoriales académicas occidentales han suspendido sus servicios en Rusia, lo que dificulta el acceso a literatura científica y restringe las oportunidades de publicación para investigadores rusos.

A nivel individual, estudiantes rusos en el extranjero también han denunciado casos de discriminación, cancelación de becas, amenazas de expulsión y restricciones arbitrarias para matricularse en ciertos programas académicos, especialmente en países como Polonia, República Checa o Finlandia (*Культ отмены России*, s.f.). En la República Checa, varios estudiantes rusos han sido expulsados de las clases y se han enfrentado a discursos de rusofobia en instituciones como la Universidad de Economía de Praga (VŠE) o la Universidad Técnica Checa de Praga (ČVUT). Asimismo, se ha llegado a limitar el número de estudiantes rusos que pueden estudiar en las universidades del país, con un máximo de hasta 15 personas para toda la institución educativa. En el Reino Unido, la Universidad del Oeste de Londres rechazó la

candidatura de una estudiante rusa que solicitó su admisión a un programa de máster tras haberse mudado a la capital británica desde la región rusa de Samara el año anterior, «debido a los recientes acontecimientos en Ucrania» (*Культ отмены России*, s.f.), sin mayor explicación académica. Incluso se han llegado a excluir equipos rusos de escolares y estudiantes universitarios de clasificaciones oficiales en olimpiadas académicas, pese a obtener medallas de oro y puntajes sobresalientes, como ocurrió en la European Girl's Mathematical Olympiad, la cual ganaron alumnas rusas, pero sus resultados se eliminaron de la clasificación general (*Культ отмены России*, s.f.).

Más allá del ámbito académico, el impacto del conflicto también se ha hecho notar en la cultura. En el teatro y la ópera, destaca la cancelación de la gira del Teatro Bolshói en el teatro Covent Garden de Londres, justo cuando se encontraba en la etapa final de planificación. Asimismo, personalidades como la célebre soprano Anna Netrebko han sufrido las consecuencias de la cultura de cancelación. Netrebko, que durante años ha sido una de las artistas más solicitadas del repertorio operístico internacional, se ha enfrentado a las críticas que cuestionan su cercanía con el Gobierno ruso y su supuesto apoyo a las políticas del Kremlin. Como resultado, el Teatro de La Scala de Milán y el Metropolitan Opera de Nueva York se han negado a trabajar con ella (*Культ отмены России*, s.f.). Respecto a los museos y las galerías de arte, en Países Bajos, el Museo Hermitage de Ámsterdam ha suspendido sus relaciones con el Museo Hermitage de San Petersburgo, después de 30 años de colaboración. Al mismo tiempo, se han llegado a renombrar ciertas obras artísticas a raíz del contexto actual. Un ejemplo de ello es la Galería Nacional de Londres, que decidió cambiar el nombre de una pintura de Edgar Degas, titulada *Bailarinas rusas*, a *Bailarinas ucranianas* (*Культ отмены России*, s.f.), tras investigaciones que apuntaban a la identidad ucraniana de las protagonistas del cuadro. En el mundo del cine, se han excluido filmes rusos de festivales de cine como el Festival de Cannes y el Festival Internacional de Cine de Berlín, incluso si las películas no trataban temas políticos. En cuanto a la música, lo que más llamó la atención fue la exclusión de Rusia del Festival de Eurovisión, decisión que, más allá de lo musical, simbolizó su marginación del escenario cultural europeo. Asimismo, varios concursos internacionales de música clásica, como el Concurso Internacional de Violín Jean Sibelius, vetaron la participación de músicos rusos ya admitidos, lo que demuestra cómo la nacionalidad se ha convertido en un criterio de exclusión, al margen del talento artístico.

Por otro lado, la exclusión de atletas rusos de eventos deportivos internacionales ha generado un gran debate en la comunidad deportiva mundial. En el contexto de la situación geopolítica y el conflicto en Ucrania, diversas organizaciones deportivas han tomado la decisión de suspender a los deportistas de Rusia (y en algunos casos, también de Bielorrusia) de participar en competencias internacionales. Este hecho ha afectado a numerosos deportes y ha planteado interrogantes sobre la ética, la política y la equidad en el ámbito deportivo. Un ejemplo es la Federación Internacional de Esquí (FIS), que ha suspendido a los atletas rusos y bielorrusos de todas las competiciones internacionales hasta el final de la temporada 2021/22. La medida también se ha aplicado en disciplinas parecidas, como el *snowboard* y el salto de esquí (*Культ отмены России*, s.f.). En el fútbol, la FIFA y la UEFA han suspendido a las selecciones nacionales de Rusia de todas las competiciones internacionales, ya sean selecciones nacionales representativas o clubes de fútbol. Del mismo modo, la FIBA (Federación Internacional de Baloncesto) también ha excluido a Rusia de los torneos internacionales. En marzo de 2022, se canceló la participación de la selección rusa en las competiciones de

baloncesto, incluidos los clasificatorios para la Copa del Mundo 2023 y los torneos olímpicos. Incluso el mundo del automovilismo se ha visto afectado: la Federación Internacional del Automóvil (FIA) ha prohibido el uso de símbolos nacionales rusos en la Fórmula 1, ya sean emblemas, banderas o incluso la palabra «Rusia» o «ruso» en la ropa o el equipo.

2.3.2. La evolución del ruso como segunda lengua tras la invasión

Desde el inicio de la guerra se ha intensificado en varios países el debate sobre el papel del ruso en la esfera pública y cultural. En muchas exrepúblicas soviéticas, el ruso ha sido durante décadas una lengua de comunicación común, pero también un símbolo del pasado imperial y de la influencia geopolítica de Moscú. A raíz del conflicto, algunos países que tenían el ruso como lengua cooficial han empezado a promover con mayor intensidad el uso de sus lenguas nacionales, con el objetivo de reducir el uso del ruso en la administración pública, la educación o los medios de comunicación. Este cambio refleja no solo un proceso de reafirmación identitaria, sino también una reacción política frente a la agresión militar de Rusia y su legado histórico en la región. Entre estos países se encuentra el caso de Kazajistán, el país más grande de Asia Central, donde, a pesar de haber transcurrido más de tres décadas desde su independencia en 1991, el ruso sigue siendo muy popular entre sus habitantes, no solo entre la población de origen ruso, sino también entre muchos kazajos y otras minorías étnicas. Durante años, estos sectores han reflexionado sobre cómo preservar y mantener vivo el idioma ruso dentro de la identidad nacional kazaja, pero actualmente la situación se encuentra en una posición delicada. Por un lado, y como hemos visto en el punto anterior, el Kremlin intenta presentarse como el representante de todos los rusoparlantes; por otro, sectores nacionalistas kazajos, junto con una parte de la población joven, buscan disminuir la influencia del ruso en favor del kazajo.

De los 20 millones de habitantes de Kazajistán, cerca de 6 millones son rusoparlantes, los cuales se encuentran principalmente en las grandes ciudades. Mientras que las personas mayores de 30 años lo hablan con fluidez, aunque con algunos fallos en cuanto a la gramática, las generaciones más jóvenes muestran cada vez menos interés en aprenderlo (Rozanskij, 2023). Esta tendencia refleja un cambio generacional significativo en la actitud hacia el ruso, un cambio que ha provocado que a los kazajos de habla rusa se les considere como «nedokazajos» (literalmente, 'no completamente kazajos'), acusados de haber perdido el contacto con sus raíces y su cultura (Rozanskij, 2023). Sin embargo, aquellos que han optado por seguir hablando ruso también han mostrado su oposición a la guerra no solo a través de manifestaciones y publicaciones en las redes sociales, sino también en la literatura y las revistas, donde la juventud rusófona kazaja empezó a expresar abiertamente su rechazo a la guerra. Un claro ejemplo es la revista literaria kazaja Daktıl (*Дактиль*), que dedicó su edición de marzo de 2022 al pueblo ucraniano, con un mensaje claro: «Estamos a favor de la paz mundial. Di no a la guerra» (Friess, 2022). Estos gestos, además de desafiar la narrativa oficial del Kremlin, también representan un intento por redefinir lo que significa ser rusoparlante en Kazajistán. Aunque el 40 % de los jóvenes de entre 18 y 29 años afirma que siempre habla kazajo (Rozanskij, 2023), el ruso sigue teniendo un papel importante en la vida cultural y cotidiana de muchas personas, lo que ha llevado a la conclusión de que convivir con ambas lenguas no necesariamente implica una afiliación política. Para muchos jóvenes kazajos, hablar

ruso no es sinónimo de apoyo a Rusia, sino una forma de comunicarse que coexiste con una identidad nacional cada vez más marcada por el uso del kazajo. Aun así, no se puede negar que la guerra ha acentuado las tensiones en torno al idioma y ha empezado a tener consecuencias concretas en su estatus y en su presencia en el espacio público, los medios y la educación.

Por otro lado, también vale la pena mencionar el caso de las repúblicas bálticas. En Estonia, Letonia y Lituania, el ruso se ha utilizado durante décadas en la educación, los medios de comunicación y la vida cotidiana debido a la influencia del periodo soviético. Si bien es cierto que ninguno de estos países lo ha llegado a reconocer como lengua oficial, el ruso ha tenido un papel fundamental en la comunicación entre diferentes grupos étnicos, especialmente en áreas con una gran población de origen ruso. No obstante, desde 2022, las autoridades de los países bálticos han intensificado sus esfuerzos por reducir el uso del ruso y promover las lenguas oficiales, además de favorecer el uso del inglés como segunda lengua, para reforzar así su soberanía cultural y lingüística frente a la influencia de Rusia. En Letonia, por ejemplo, el Gobierno ha aprobado leyes que restringen, e incluso en algunos casos prohíben, el uso del ruso en espacios públicos y en el sistema educativo. Estas políticas tienen como objetivo fomentar la integración de la población rusoparlante, que representa algo más de un tercio del total (Poyatos, 2023), y consolidar el letón como única lengua oficial del país. Sin embargo, este argumento resulta un poco contradictorio. En teoría, el argumento oficial es que limitar el uso del ruso en el espacio público y reforzar el letón como única lengua oficial promueve la cohesión social al establecer un marco común de comunicación e identidad nacional. En la práctica, pero, estas medidas pueden tener el efecto contrario: marginar aún más a la población rusoparlante, generar resentimiento y reforzar el sentimiento de exclusión.

Al mismo tiempo, las autoridades han impulsado normativas para romper vínculos institucionales con Moscú, como una ley que obliga a la Iglesia ortodoxa de Letonia a cortar los lazos con la Iglesia ortodoxa rusa. Así pues, la guerra se ha visto como una oportunidad política para impulsar una ruptura simbólica con el pasado soviético. Todo aquello que se asocia con Rusia genera ahora una creciente desconfianza, especialmente tras encuestas que revelan que cerca del 20 % de los hablantes de ruso en Letonia tienen una opinión positiva hacia Vladímir Putin (Poyatos, 2023), algo que el Gobierno letón considera un riesgo potencial para la cohesión nacional y la seguridad interna. Así, a este proceso de transformación cultural y lingüística se le suma también el refuerzo de las capacidades militares del país. Como el resto de países fronterizos con Rusia, Letonia ha incrementado significativamente su presupuesto para la defensa y la seguridad interior, con un aumento de 710 millones de euros en 2023, la mitad de los cuales se destinaron a su presupuesto militar (Poyatos, 2023). En conjunto, estas medidas reflejan un intento por afirmar la soberanía nacional y reforzar la identidad lingüística y cultural de los Estados bálticos frente a la amenaza rusa. Asimismo, podemos decir que la guerra ruso-ucraniana ha cambiado las prioridades de algunos gobiernos, los cuales han optado por darle más importancia a la defensa y la seguridad que al desarrollo económico del país. Por otra parte, las políticas lingüísticas plantean desafíos importantes en términos de inclusión social y convivencia, dado que se impone el uso de la lengua a través de la asimilación forzada, no del reconocimiento de la diversidad. De este modo, no se respetan plenamente los derechos lingüísticos de las minorías que viven en un país, como en el caso de Letonia, donde muchos rusoparlantes perciben estas medidas como una forma de exclusión. Esta situación puede generar tensiones sociales y debilitar la cohesión nacional que estas políticas pretenden fortalecer.

2.4. Consecuencias sociales y mediáticas del conflicto en España

2.4.1. El impacto de la rusofobia

La guerra no solo ha provocado una respuesta política y económica a nivel internacional, sino que, como hemos visto, también ha tenido consecuencias sociales en distintos países europeos. En España, uno de los efectos más visibles ha sido la aparición de la rusofobia, tanto en el discurso público como en ciertos comportamientos cotidianos. En algunos casos, esta hostilidad ha llegado incluso a materializarse en actos de vandalismo contra negocios o instituciones asociadas a ciudadanos rusos. Aunque, por suerte, no se trata de manifestaciones generalizadas, estas actitudes han afectado a ciudadanos rusos que residen en el país, muchos de los cuales ni siquiera apoyan la guerra y rechazan abiertamente el régimen de Vladímir Putin. Así pues, asociar automáticamente nacionalidad con afinidad política ha dado lugar a situaciones de discriminación, estigmatización y aislamiento, especialmente en contextos académicos, laborales o mediáticos. Este fenómeno pone en duda la capacidad de las sociedades europeas, incluida la española, para separar la política de un país de sus ciudadanos, un hecho que da lugar a prejuicios y a la estigmatización injusta de aquellos que no comparten la postura política de su país de origen.

Pero, ¿qué es la rusofobia? Ayerdis (2022) la define como:

La manipulación de las subjetividades de los colectivos sociales por medio de un discurso construido por los medios corporativos hegemónicos al servicio de Occidente, cuyo fin es la destrucción moral y material del gobierno, el Estado y la cultura rusa.

En esta definición, la rusofobia no se ve simplemente como una reacción emocional hacia Rusia, sino como un proceso deliberado. Los medios de comunicación juegan un papel clave en la creación de una visión negativa de todo lo relacionado con Rusia, ya que pueden promover la desconfianza y el rechazo hacia el país. A través de la manipulación de la opinión pública, se busca que los ciudadanos vean a Rusia y a su cultura de forma hostil, lo que lleva a la estigmatización de la nación y sus ciudadanos. Sin embargo, la rusofobia no se limita únicamente a la manipulación mediática. Aunque los medios de comunicación contribuyen a fomentar una visión negativa de Rusia, la rusofobia, en su esencia, es un sentimiento de odio o aversión hacia Rusia y todo lo que se asocia con ella, pero este rechazo no depende exclusivamente de los medios, ya que también entran en juego los prejuicios históricos, los contextos políticos o, incluso, las percepciones personales. En otras palabras, la rusofobia es una actitud más profunda y compleja que va más allá de lo que los medios de comunicación puedan difundir, e involucra una serie de factores sociales, culturales y políticos que moldean la opinión pública.

Para entender mejor las consecuencias sociales de la rusofobia en España, resulta útil estudiar el caso de Cataluña, donde reside cerca del 30 % de la población rusa del país. Con unos 25 000 ciudadanos rusos, esta comunidad autónoma concentra la mayor parte de los casi 80 000 residentes de origen ruso registrados en territorio español, seguida de la Comunidad Valenciana. Además, según datos del INE, aproximadamente dos tercios de esta población son mujeres (Rodríguez, 2022). Estas cifras convierten a Cataluña en un espacio clave para analizar cómo ha impactado el conflicto entre Rusia y Ucrania en la vida cotidiana de la comunidad

rusoparlante, especialmente en lo que respecta a experiencias de discriminación, estigmatización o tensiones sociales derivadas del contexto internacional. Un ejemplo lo encontramos en el caso de Genadi, un joven que llegó a Barcelona en 2014 desde San Petersburgo junto a su madre y su padrastro, en busca de un entorno más seguro y libre. Actualmente, Genadi estudia Filosofía en la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB) y forma parte de una red de apoyo a personas que, como él, han huido del régimen ruso.

Consciente de la complejidad de la situación, Genadi insiste en la necesidad de separar a la población rusa de su Gobierno, además de recordar que en Rusia siempre ha habido voces críticas y progresistas, especialmente en el mundo de la cultura, que se han opuesto a las políticas más totalitarias (Rodríguez, 2022). Sin embargo, reconoce su preocupación ante el riesgo de que las sanciones y los vetos generalizados a deportistas, artistas o profesionales rusos alimenten actitudes discriminatorias, tal y como señaló en una entrevista realizada por Rodríguez (2022): «Conozco músicos que tocan en bares y que ahora podrían quedarse sin trabajo porque hay locales que no querrán contratarlos». A pesar de que apoya en cierta medida la aplicación de sanciones políticas, advierte de los efectos colaterales que estas medidas pueden tener sobre los ciudadanos que no solo están en contra de la guerra, sino que han abandonado su país precisamente para desvincularse de ella. Por otro lado, en 2022, varios colectivos de la comunidad rusa en Cataluña alertaron del aumento de actitudes hostiles tras el estallido de la guerra en Ucrania. La Unión de Organizaciones de Compatriotas Rusos en España y Andorra denunció públicamente la creciente rusofobia, señalando que algunos menores rusoparlantes habían sufrido comentarios ofensivos o tratos discriminatorios en las escuelas simplemente por su idioma o nacionalidad.

Por otro lado, en marzo de 2022, la sede de la Casa de Rusia de Barcelona sufrió un acto vandálico, un ejemplo claro del clima de hostilidad que empezaba a extenderse hacia todo lo relacionado con Rusia. La fachada del edificio, una fundación privada dedicada a la difusión de la cultura rusa, amaneció con pintadas en las que se podía leer la frase «Rusia mata a niños». Además del ataque a su sede, la Casa de Rusia denunció haber recibido llamadas telefónicas con amenazas, lo que llevó a sus responsables a suspender temporalmente muchas de las actividades del centro. Este incidente se sumó a otros similares que ocurrieron en el mismo periodo, como el caso de la Casa Rusia de Marbella, donde aparecieron esvásticas y símbolos relacionados con la invasión rusa. Estos episodios reflejan cómo la ira y la frustración que ha generado el conflicto han llegado a desbordarse en forma de agresiones simbólicas hacia espacios que, aunque están vinculados culturalmente a Rusia, no representan en absoluto las decisiones políticas de su Gobierno.

Más allá del ámbito académico, también han surgido situaciones de discriminación en el entorno laboral. Uno de los casos más significativos del impacto de la rusofobia en Cataluña es el del restaurante Ekaterina, situado en el Eixample de Barcelona. Tuve la oportunidad de comer allí hace un tiempo con mis compañeros de clase de ruso, y recuerdo no solo la calidad de su cocina, sino también el ambiente acogedor que transmitía. Su propietaria, Genia Petrova, nació en Rusia, pero reside en Barcelona desde hace más de veinte años y cuenta con la nacionalidad española. En 2022, poco después del inicio del conflicto, alzó la voz públicamente para condenar la invasión de Ucrania y mostrar su solidaridad con las víctimas del conflicto. En un emotivo mensaje que compartió en sus redes sociales, insistía en que no todos los rusos apoyaban la ofensiva y que muchos, como ella, sufrían con las imágenes que les llegaban desde Ucrania. Aun así, en una entrevista realizada por Ricou (2022), reconoció su temor ante las

consecuencias sociales de la guerra, convencida de que el conflicto iba a estigmatizar durante años a toda la comunidad rusa, sin importar su postura política. Además, advirtió que esta situación podría afectar tanto a su vida profesional como a la de su hijo, nacido en España, simplemente por su origen. Por otra parte, mencionó el gran papel que juega la propaganda en Rusia, especialmente a través de la televisión, que ha contribuido a consolidar un discurso en el que se legitiman las decisiones más radicales del Gobierno. Esta influencia mediática, sumada al hecho de que muchos jóvenes nunca han conocido otra presidencia que la de Putin, ha creado un clima de aceptación generalizada que resulta, para Genia, profundamente preocupante.

Pese a haberse manifestado claramente en contra de la invasión, Genia tuvo que tomar medidas más visibles cuando empezó a notar que la guerra estaba afectando a su negocio. En los días posteriores al estallido del conflicto, colocó en la entrada del restaurante varios carteles con mensajes como «Estamos con Ucrania», «Contra la guerra» o «*Stop Putin*», debido a que comenzó a recibir comentarios hostiles y cancelaciones de reservas injustificadas. Además, su restaurante comenzó a recibir comentarios y valoraciones negativas en redes sociales, pero de usuarios que ni siquiera habían sido clientes. Cabe recalcar que en su carta no solo había platos de la cocina rusa, sino que también incluía platos de otros países, entre ellos Ucrania. De hecho, en su cocina trabajaba desde hacía años Marina, una mujer ucraniana que también estaba sufriendo las consecuencias de la guerra porque su hijo seguía viviendo en Ucrania. Asimismo, como muestra de su solidaridad, Genia decidió ofrecer platos de *borsch* por ocho euros, cinco de los cuales iban destinados a organizaciones benéficas que ayudaban a los refugiados del conflicto. Resulta especialmente contradictorio, por tanto, que un restaurante donde convivían la gastronomía rusa y ucraniana, y en el que trabajaban personas de ambas nacionalidades, sufriese ataques rusófobos. Lamentablemente, a pesar de los esfuerzos de Genia por defender su postura y su negocio, el restaurante Ekaterina finalmente cerró sus puertas en agosto de 2024.

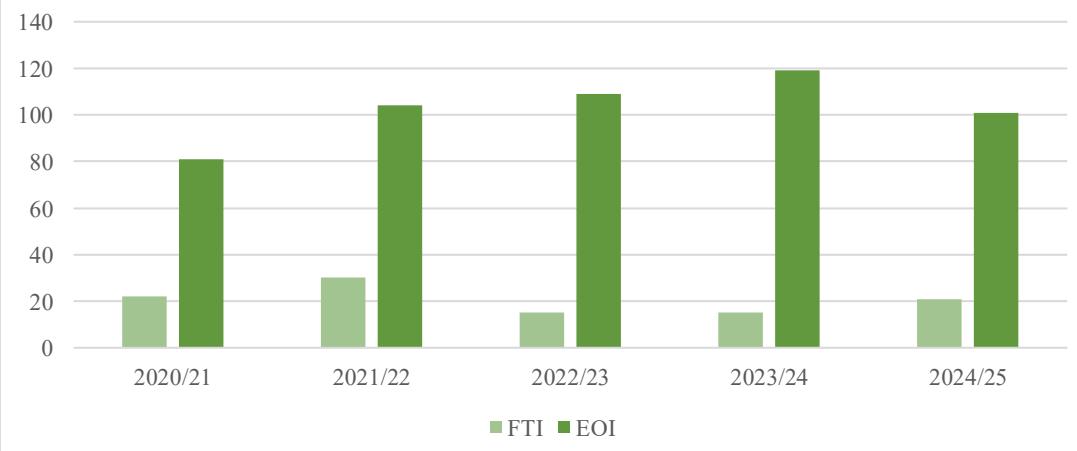
2.4.2. El aprendizaje y la traducción del ruso en tiempos de guerra

Como hemos visto a lo largo de este estudio, la invasión rusa de Ucrania también ha tenido consecuencias significativas en el ámbito lingüístico, ya que ha afectado tanto al interés por aprender ruso como al papel de esta lengua en los entornos educativos y profesionales. En un contexto en el que todo lo relacionado con Rusia ha empezado a generar cierta desconfianza y rechazo, el idioma no se ha quedado al margen. En algunos casos, esta carga simbólica ha hecho que disminuya el interés por estudiarlo o que algunos estudiantes se muestren más reticentes a escogerlo como idioma extranjero, ya sea por miedo a ser estigmatizados, por presión del entorno o por la percepción de que el ruso ha perdido utilidad o prestigio en el contexto internacional actual. En el ámbito concreto de la traducción, además, hay quienes consideran que aprender ruso en el contexto actual no tiene salidas profesionales, debido a la reducción de intercambios institucionales y culturales con Rusia o a la creencia de que ha disminuido la demanda de profesionales que dominen esta lengua. Este fenómeno es especialmente visible en centros dedicados a la formación en lenguas extranjeras, como la Facultad de Traducción e Interpretación de la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB), donde puede observarse cómo el conflicto ha influido en la percepción del idioma ruso y en las

expectativas profesionales vinculadas a la traducción. A continuación, se analizarán las estadísticas del número de estudiantes de primer curso matriculados en ruso entre los años 2020 y 2025, tanto en la Facultad de Traducción e Interpretación de la UAB como en la Escuela Oficial de Idiomas de Barcelona Drassanes, con el objetivo de estudiar cómo ha ido variando el interés por aprender ruso, tomando como referencia los dos años anteriores y los tres años posteriores al inicio del conflicto.

Por un lado, en el caso de la Facultad de Traducción e Interpretación de la UAB, los datos que me facilitó la Gestión Académica de la facultad muestran una evolución desigual en cuanto al número de estudiantes matriculados en primer curso de ruso como lengua C¹⁶ entre los cursos 2020/21 y 2024/25. En el curso 2020/21 se matricularon 22 alumnos, una cifra que aumentó hasta alcanzar los 30 estudiantes en el curso 2021/22, justo antes del estallido del conflicto (curiosamente este es mi año de promoción). Sin embargo, tras el inicio de la guerra en Ucrania en febrero de 2022, se observa un descenso notable en la matrícula: 15 estudiantes en los cursos 2022/23 y 2023/24, es decir, la cifra se redujo a la mitad. A pesar de que este número no cambió en dos cursos consecutivos, en el curso 2024/25 la cifra ha vuelto a crecer, hasta alcanzar los 21 alumnos. Por otro lado, en el caso de la Escuela Oficial de Idiomas de Barcelona Drassanes, los datos del número de alumnos matriculados en el nivel A1 de ruso muestran una evolución algo distinta. En el curso 2020/21 se registraron 81 matrículas, una cifra que aumentó significativamente en los años siguientes: 104 en el curso 2021/22, 109 en el curso 2022/23 y 119 en el curso 2023/24, el valor más alto del periodo analizado. Sin embargo, en el curso 2024/25 se produjo una bajada hasta las 101 matrículas, lo que, pese al descenso, indica que el interés por el idioma se ha mantenido relativamente alto respecto al inicio del periodo.

Figura 1. Análisis comparativo del número de estudiantes matriculados en primer curso FTI vs. EOI 2020-2025



Pero, entonces, ¿cuáles son los motivos detrás de estas cifras? Aunque no puede establecerse una única causa, sí que pueden identificarse algunas tendencias clave. Respecto a la Facultad de Traducción e Interpretación de la UAB, la bajada del número de estudiantes en los tres años posteriores al conflicto, aunque puede deberse, en parte, al impacto emocional y político que ha provocado el estallido de la guerra, también está relacionada con la percepción

¹⁶ En traducción e interpretación, la lengua C es la segunda lengua extranjera del estudiante, la cual empieza a estudiar desde cero al inicio de la carrera.

de que el ruso ha perdido peso en el mercado laboral, especialmente en el ámbito de la traducción, donde algunos creen que las oportunidades laborales se han reducido drásticamente. La disminución de encargos relacionados con instituciones, empresas o medios de comunicación rusos, junto con la suspensión de muchos proyectos de colaboración internacional, ha generado la sensación de que invertir tiempo en aprender esta lengua ya no ofrece las mismas perspectivas profesionales que antes. Esta percepción, aunque no siempre se corresponde con la realidad del mercado, influye de manera significativa en las decisiones del alumnado a la hora de elegir qué idioma estudiar.

En una entrevista que realicé a Miquel Cabal, traductor literario del ruso al catalán y licenciado en Filología Eslava, pude comprobar hasta qué punto estas creencias se corresponden con la realidad, gracias al testimonio de alguien que trabaja profesionalmente en el sector de la traducción. En primer lugar, explicó que, lejos de haberse cerrado puertas, en su caso la demanda de traducciones incluso aumentó tras el inicio del conflicto:

Lo que muestra mi trabajo es todo lo contrario. Los editores han pensado que precisamente ahora es el momento de publicar cosas que expliquen o ayuden a entender lo que está pasando en Rusia y por qué, de dónde vienen los rusos, por qué se comportan de esta manera y cuáles son los fundamentos de su pensamiento. [...] La opción fácil sería decir que no queremos saber nada, que no queremos ver ópera ni ballets rusos, ni leer literatura rusa, pero en realidad es justo al revés. Queremos conocer de dónde sale todo esto y entender el porqué.

Así pues, su experiencia demuestra que, precisamente a raíz de la guerra ruso-ucraniana, ha aumentado el interés por entender la cultura, la historia y la mentalidad rusas a través de su literatura. En lugar de generar un rechazo generalizado como se cree, el contexto actual ha llevado a muchos editores a apostar por traducciones que ayuden a comprender mejor lo que está ocurriendo. De hecho, según su testimonio, en los últimos dos años ha aumentado el número de encargos de traducción que ha recibido:

De 2023 hasta ahora hay 11 títulos, lo cual es una cifra muy alta. Mi primera traducción se publicó en 2002, hace 23 años, y en total me han publicado 47 traducciones, de las cuales 11 corresponden a los últimos dos años.

Al contrario de lo que se podría pensar, muchos editores, en vez de dejarse llevar por el miedo o el rechazo, han optado por seguir apostando por la literatura rusa. Se están publicando tanto obras de autores clásicos como Dostoievski y Tolstói, como de escritoras contemporáneas en el exilio, como Anna Starobinets o Yelena Kostiuchenko. Es decir, «hay de todo», me comentó Cabal. Así pues, esta apuesta editorial por la literatura rusa no se limita solo a las voces contemporáneas. En otra entrevista que realicé a Judit Díaz, también traductora literaria del ruso al catalán, ella también insiste en que los grandes autores clásicos siguen teniendo un valor universal que trasciende cualquier contexto político: «Tolstói va más allá de las fronteras, es un autor demasiado clásico como para culparlo de nada». Para Díaz, la guerra no debería implicar el rechazo automático de la cultura rusa, ya que «al final, no es que los rusos sean los malos y los ucranianos los buenos, sino que son las decisiones de un político las que tienen consecuencias, no la nacionalidad de la gente». Como profesora en un instituto de Vilanova i la Geltrú, también está viviendo de cerca el lado más humano y complejo del conflicto: entre su alumnado hay tanto refugiados ucranianos como jóvenes rusos que han tenido que salir del país por motivos personales o familiares. Un ejemplo es el de una estudiante cuya madre es traductora para una empresa estadounidense y, por ello, no puede volver a su país porque se la considera una agente espía.

En cuanto al impacto del conflicto en su actividad profesional, Miquel Cabal deja claro que no ha tenido problemas para encontrar trabajo: «Al contrario, en general yo no busco trabajo. Tengo mucho trabajo e incluso muchas veces tengo que decir que no, porque no tengo tiempo. Ojalá pudiese traducir más». Sin embargo, aunque la traducción literaria no se ha visto especialmente perjudicada por la guerra, otros ámbitos de la traducción sí que han sufrido el impacto del conflicto. Según explica Cabal, la demanda de traducción comercial ha disminuido como consecuencia de que se han suspendido múltiples actividades internacionales que requieren de traducción comercial: desde la importación y la exportación hasta las adopciones internacionales y los viajes turísticos. Asimismo, las interpretaciones consecutivas y simultáneas también se han reducido drásticamente debido a la suspensión de eventos, reuniones y congresos internacionales. Por lo tanto, «si los alumnos de traducción tienen como objetivo trabajar en este ámbito, es normal que haya disminuido el número de estudiantes». Pese a ello, esta tendencia no se refleja en todos los centros donde se imparte ruso. En la Facultad de Filología y Comunicación de la Universidad de Barcelona, por ejemplo, no se ha registrado una disminución en el número de estudiantes que aprenden esta lengua. Según apunta Cabal, esto se debe a que en esta facultad muchos alumnos no tienen como objetivo principal ejercer como traductores profesionales, sino que se interesan por el ruso desde una perspectiva filológica o cultural. De hecho, este año se ha alcanzado la cifra más alta de matriculados en primer curso de los últimos años, con un total de 40 estudiantes.

Lo mismo sucede en el caso de la Escuela Oficial de Idiomas de Barcelona Drassanes. Es curioso que, a diferencia de la Facultad de Traducción e Interpretación de la UAB, donde el número de estudiantes se redujo a la mitad tras el inicio del conflicto, en el caso de la EOI el interés por el ruso no solo se ha mantenido, sino que incluso ha aumentado en los cursos posteriores a 2022. Esto sugiere que, al igual que en la Facultad de Filología y Comunicación de la UB, el perfil del alumnado de la EOI se interesa por el idioma por motivos personales o culturales más que profesionales. Para comprobar si esto era así, decidí preguntarles a algunos estudiantes de ruso de la escuela por qué habían elegido esta lengua y si el contexto de la guerra había influido en su decisión. Sus respuestas confirman que, en el caso de la EOI, el interés por el ruso surge de una motivación personal, cultural o incluso emocional: algunos me mencionaron su afición por la literatura rusa, otros su deseo de viajar algún día al país, y otros incluso contaron que lo hacían por amor. A excepción de unos pocos, el objetivo principal de los alumnos de la EOI no es ejercer como traductores profesionales, lo que parece confirmar que, cuando el ruso no se concibe exclusivamente como una herramienta laboral, su estudio puede incluso fortalecerse en tiempos de crisis.

Volviendo a la entrevista con Miquel, también le pregunté si había percibido algún tipo de censura en el sector editorial respecto a las obras rusas que se traducen hoy en día, a lo que me respondió que no se trata tanto de censura, sino de una mayor conciencia crítica: «Las editoriales no quieren publicar según qué si no está bien contextualizado. Un proyecto editorial es un proyecto de compartir cultura y posicionamientos humanísticos». Me explicó que tanto él mismo como otros traductores que conoce han decidido rechazar encargos de autores que apoyan la invasión, y comparte el caso de la traductora Marta Rebón, quien en el pasado tradujo a Zajar Prilepin, un escritor prorruso. En el contexto actual, Rebón se arrepiente de haber contribuido a difundir su obra, tal y como afirma Cabal: «Haber contribuido a difundir la palabra de alguien como Zajar Prilepin es hasta angustioso. [...] Defiendo la literatura desde un punto de vista humano, me entiendo mejor con personas que no toleran el totalitarismo que no

con personas que lo defienden». Para él, no se trata de censura, sino de una elección ética: «Sencillamente no comparto su mensaje. Pienso que, si puedes contribuir a difundir un mensaje humanístico y de amor al prójimo, es mejor que difundir mensajes de odio».

Ahora bien, el estallido de la guerra no ha generado una necesidad urgente de traducir literatura ucraniana como si se tratara de una reacción inmediata a la invasión. Tal como explicó Cabal en la entrevista, el aumento del interés por los autores ucranianos responde más bien a la voluntad de visibilizar una realidad cultural que ha permanecido durante mucho tiempo en la sombra del gigante ruso. Durante siglos se ha silenciado la literatura ucraniana, primero por el Imperio ruso y luego por el Estado soviético, con políticas que llegaron incluso a prohibir la publicación de libros en ucraniano, tal y como hemos visto en el capítulo 1 de este trabajo. Tras la independencia de Ucrania, el sector cultural ucraniano empezó a articularse con fuerza, pero desde entonces ha tenido dificultades para ganar visibilidad fuera de sus fronteras, entre otras razones por la escasez de traductores y la falta de interés comercial. No obstante, Cabal afirma que «hay muchos autores en lengua ucraniana que vale la pena conocer», y que su falta de presencia a nivel internacional no tiene que ver con la calidad de la literatura, sino con dinámicas de mercado y con la ausencia de una tradición de traducción directa del ucraniano en países como España. Por otra parte, como subraya Cabal, literaturas como la lituana, la eslovena o la búlgara sufren dinámicas similares: «No las leemos porque no están disponibles en nuestras lenguas de lectura habituales, porque aquí no tenemos esa tradición. Estas traducciones no se contratan por motivos extraliterarios». En este contexto, el traductor sugiere que el aumento del interés por la literatura ucraniana también puede entenderse como un gesto simbólico: «Puede que también sea una necesidad compensatoria de dar voz al país invadido, una manera de concienciar a la población a partir del sector editorial».

Por último, no se puede obviar el impacto lingüístico que ha tenido la guerra sobre los rusoparlantes. La traductora Judit Díaz apunta que conoce casos de ucranianos que, pese a haber hablado ruso toda su vida, han dejado de usarlo desde que comenzó el conflicto. También ha observado cierta reticencia en algunos hablantes a compartir su opinión política por miedo a ser juzgados, especialmente dependiendo de su región de origen. Aunque el uso de una lengua no determina necesariamente una ideología, la guerra ha generado desconfianza y ha complicado aún más las dinámicas lingüísticas en Ucrania. En este sentido, Cabal recuerda que existen muchos escritores ucranianos que se expresan en ruso, como Sasha Denísova o Isaak Bábel: «He traducido a muchos ucranianos que escriben en ruso, pero eso no significa que sean prorrusos o antiucranianos: simplemente forma parte de su realidad personal». Finalmente, concluye con una reflexión que subraya la importancia de la traducción como herramienta para comprender el presente: «A pesar de todo, pienso que vale la pena seguir traduciendo todo aquello que nos permita entender cómo hemos llegado hasta aquí».

CAPÍTULO 2: MARCO TEÓRICO

3. La identidad lingüística y el papel de la propaganda en tiempos de guerra

3.1.1. La nacionalidad soviética y su impacto en la Ucrania contemporánea

A lo largo de su historia, Ucrania se ha caracterizado por su diversidad cultural, lingüística y étnica. Durante siglos, su población se ha visto afectada por influencias externas, especialmente la rusa. Esta diversidad ha sido el origen de tensiones persistentes, alimentadas por políticas de desplazamientos forzados, repoblaciones estratégicas y procesos de asimilación cultural, particularmente durante y después de la Segunda Guerra Mundial (Oropeza, 2022). En este contexto, la cuestión lingüística está estrechamente ligada al desarrollo del sentimiento nacional ucraniano. Aunque el ucraniano es la lengua oficial del país, también convive con un ruso ampliamente extendido como resultado de una larga historia de rusificación. Actualmente, más de un tercio de la población de Ucrania habla ruso como primera lengua y más del 60 % es bilingüe (Oropeza, 2022), lo que evidencia una compleja red de identidades que va mucho más allá de una simple división entre lenguas. Comprender esta complejidad requiere mirar más allá de la lengua y atender a categorías como la nacionalidad y su relación con la historia y el territorio.

Pero, ¿qué es la nacionalidad? Como hemos visto, en el contexto de los Estados postsoviéticos, es fundamental hablar sobre el concepto de *nacionalidad*. En los tiempos de la URSS, «la nacionalidad no se corresponde con la ciudadanía, sino que es una herencia de sangre. Es una categoría inherente en las personas, la cual se acostumbra a recibir por vía paterna» (Cabal, 2014). A pesar de que la Unión Soviética desapareció en 1991, esta forma de entender la nacionalidad sigue teniendo una gran influencia en los países que formaron parte de ella. En los Estados postsoviéticos, la nacionalidad continúa siendo un factor clave en la identidad de las personas y en los conflictos sociales y políticos. Por lo tanto, para analizar las tensiones políticas actuales, es fundamental tener en cuenta que la nacionalidad se vive y se percibe más como un legado étnico que como una simple condición legal o ciudadana.

En las décadas de 1920 y 1930, la URSS impulsó una aparente diversidad cultural a través de promover el desarrollo de las distintas nacionalidades que conformaban la Unión Soviética. Sin embargo, al mismo tiempo, se impuso de manera sistemática el uso del ruso como lengua obligatoria en la educación y en la vida pública. Esta contradicción entre el reconocimiento de las diferencias étnicas y la imposición de una lengua común dio lugar a un proceso de rusificación que marcó profundamente a muchas comunidades (Cabal, 2014). Dicho proceso de rusificación vino acompañado de una política lingüística que empezó a finales de los años 30, motivado por el temor a posibles movimientos separatistas que pudiesen alterar la estabilidad de la Unión. Para ello, el régimen recurrió a las deportaciones masivas, los desplazamientos forzados y las repoblaciones estratégicas con el propósito de diluir las identidades locales y reforzar la presencia del ruso como lengua dominante. Esta ingeniería demográfica transformó el mapa lingüístico de la Unión Soviética, de manera que en ciertas

zonas el ruso pasó a ser la lengua principal de aquellas repúblicas cuya población no era mayoritariamente rusa. Como resultado, muchas lenguas nacionales quedaron relegadas al ámbito doméstico o cayeron en desuso, lo que inició un proceso de retroceso que, en algunos casos, ha desembocado en su desaparición casi por completo. Esta dinámica dejó huella en la identidad de muchos pueblos, cuyas lenguas y tradiciones quedaron subordinadas a un sistema político centralizado que invisibilizaba las identidades locales.

En este contexto, la cuestión lingüística en Ucrania no puede entenderse únicamente como una disputa sobre el idioma que se utiliza en la administración o en la educación, sino como un reflejo de fracturas históricas, identitarias y geopolíticas. La coexistencia de dos lenguas mayoritarias no es solamente una realidad cultural, sino también una fuente de tensión política. Mientras que para muchos ucranianos la promoción del idioma nacional representa un acto de soberanía y afirmación identitaria tras siglos de dominación externa, para algunos rusoparlantes esta visión se percibe como un retroceso y como una exclusión simbólica. Asimismo, el Kremlin presenta la defensa del ruso como una justificación para su intervención militar en Ucrania y reforzar así su influencia en regiones como Donetsk, Lugansk o Crimea. Esta situación ha contribuido a agravar la división entre comunidades lingüísticas, a la vez que dificulta cualquier intento de acercamiento o reconciliación. En este escenario, una política lingüística inclusiva y despolitizada podría ser clave para reconocer la pluralidad del país sin caer en la instrumentalización de las lenguas como armas políticas, pero su implementación resulta cada vez más compleja en un entorno marcado por la guerra, la desconfianza y la polarización.

3.1.2. La propaganda como arma de guerra

A través de los siglos, la propaganda ha sido una herramienta clave para manipular la opinión pública y legitimar determinadas acciones políticas, especialmente en contextos de conflicto. En el caso de la guerra entre Rusia y Ucrania, la propaganda ha desempeñado un papel clave en la construcción del discurso oficial ruso, la cual no solo se ha utilizado para justificar la invasión de 2022, sino también para mantener el apoyo interno y proyectar una imagen falsa hacia el exterior. Este tipo de comunicación, que se diseña cuidadosamente, presenta los hechos de manera parcial o manipulada, con el objetivo de reforzar la narrativa del gobierno emisor. En el caso ruso, el discurso oficial combina elementos de propaganda política y de guerra para influir tanto en la percepción internacional como en la opinión de su propia ciudadanía. A través de medios estatales, discursos presidenciales y comunicados institucionales, el Kremlin ha difundido mensajes que apelan al patriotismo, desacreditan al que considera su adversario y minimizan las críticas externas.

Hoy en día, Rusia se percibe como una amenaza no solo por su poder militar, especialmente por su arsenal nuclear, sino también por la influencia política y económica que tiene a nivel internacional. Su control sobre sectores estratégicos como la exportación de gas y otras materias primas refuerza su posición como país dominante, capaz de condicionar las decisiones de diversos países. A esto se le suma su sistema de propaganda, que representa un desafío directo para entidades internacionales como el Global Engagement Center (GEC), un organismo estadounidense que se dedica a detectar y contrarrestar las tácticas de desinformación que impulsa el Kremlin. Por otro lado, el uso sistemático de los medios tradicionales y digitales permite al Gobierno ruso proyectar su discurso oficial incluso más allá

de sus fronteras, lo que influye en la percepción global del conflicto. En este contexto, la propaganda se convierte en un arma estratégica que busca modelar la opinión internacional y reforzar la legitimidad del propio régimen.

Así pues, las campañas de propaganda del Kremlin no se limitan al ámbito interno, sino que se extienden estratégicamente a nivel internacional. Se dividen en dos grandes áreas de influencia: los llamados «extranjero cercano» y «extranjero lejano». El «extranjero cercano» incluye aquellos países con los que Rusia comparte vínculos históricos, culturales o lingüísticos, como Ucrania, Bielorrusia, los países bálticos, Kazajistán, Armenia y Azerbaiyán. En estos territorios, el Kremlin utiliza una narrativa que apela a la nostalgia soviética, a los valores conservadores tradicionales (como la familia, la religión ortodoxa o la estabilidad frente al caos revolucionario) y al miedo a la pérdida de identidad nacional (Torres, 2022). Este tipo de mensajes busca que la población se identifique con el discurso ruso para que presione a sus gobiernos locales y se generen así disturbios en esos países. Por otra parte, la propaganda dirigida al «extranjero lejano» tiene una dimensión global y se difunde a través de medios estatales como *Sputnik* o *Russia Today* (RT), con mensajes adaptados a diferentes contextos nacionales (Torres, 2022). Esta estrategia comunicativa busca influir en la opinión pública internacional, generar desconfianza hacia las democracias liberales, fomentar el escepticismo respecto a los valores occidentales y proyectar una imagen de decadencia del modelo capitalista. Para reforzar su mensaje, el discurso oficial ruso recurre a temas sensibles, como la brutalidad policial, la desigualdad social o las divisiones raciales en países occidentales, y se presenta como una alternativa legítima y moralmente superior.

En los últimos años, Rusia ha ido adaptando su sistema propagandístico a las nuevas tecnologías y dinámicas comunicativas. Si bien en el pasado empleaba medios tradicionales como la televisión y la radio estatales, actualmente utiliza internet y, en particular, las redes sociales, mediante la creación de perfiles falsos y la difusión de *hashtags* manipulados para difundir sus mensajes a nivel nacional e internacional. Aunque al principio se utilizaban especialmente Twitter y Facebook, a partir de 2022 el Kremlin optó por restringir el acceso de la ciudadanía rusa a estas plataformas. Esta decisión refleja el temor del Gobierno por la posible influencia de discursos externos sobre el conflicto, en particular aquellos que denuncian las violaciones de derechos humanos y muestran el sufrimiento de la población civil, dado que podrían debilitar el discurso oficial ruso y, por ende, amenazar la cohesión interna y la estabilidad del régimen. Esta medida representa una clara violación del derecho a la libertad de información, recogido en el artículo 19 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que establece que:

Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión. (Naciones Unidas, s.f.).

Además, Rusia también ejerce control informativo mediante ciberataques y campañas de desinformación. Entre estos métodos destacan las acciones de los llamados «hackers patrióticos», responsables de ataques a bancos e instituciones gubernamentales en los países del «extranjero cercano» (Torres, 2022), así como de difundir *fake news* que se basan en encuestas manipuladas o datos tergiversados. Estas noticias falsas se presentan como informes legítimos con el objetivo de influir en la opinión pública y generar desconfianza hacia los gobiernos democráticos. Su impacto es especialmente preocupante en Europa, donde se advierte del riesgo que suponen estas tácticas para la estabilidad institucional y la cohesión

social. Asimismo, el Kremlin recurre al uso de *trolls*, es decir, usuarios que generan conflictos y amenazan la libertad de expresión, y *bots*, perfiles programados para replicar la propaganda estatal. Esta estrategia no solo vulnera el derecho a la libertad de expresión, sino que genera un entorno hostil en el que muchos ciudadanos optan por autocensurarse. Un ejemplo es el caso de la periodista finlandesa Jessikka Aro, que, tras investigar las redes de desinformación rusas, muchos de sus entrevistados dejaron de expresar sus opiniones en público por miedo a las represalias, lo que demuestra el impacto de esta presión en el entorno digital.

Por otro lado, el lenguaje propagandístico también se transmite a través de los discursos oficiales, tales como declaraciones públicas, ruedas de prensa y comunicados institucionales, los cuales cumplen con una función ideológica fundamental. Como explica Rojas (2008), las ideologías se reproducen a través de los discursos, los cuales buscan persuadir y modificar la mentalidad de los receptores al comunicar creencias, actitudes y valores. Además, este proceso está estrechamente relacionado con el poder. En este contexto, el poder no se manifiesta de forma directa o violenta, sino a través de un control más sutil, que actúa sobre las ideas, creencias y percepciones de determinados grupos sociales, moldeando así su manera de ver el mundo. Por lo tanto, los discursos son instrumentos de poder capaces de inducir comportamientos y generar nuevos discursos, de modo que contribuyen a estructurar las relaciones de poder en la sociedad (Woodak y Meyer, 2003). Esta función ideológica del discurso se puede apreciar claramente en los discursos oficiales del Gobierno ruso durante la guerra ruso-ucraniana. Más adelante, se analizará un ejemplo concreto a través de la traducción y el estudio del artículo *Путин назвал неправомерными попытки запретить украинские языки и культуру в РФ*, publicado por la agencia estatal TASS en octubre de 2022.

4. Las técnicas de traducción en el proceso traductor

En el ámbito de la traducción, existen distintos niveles de actuación que orientan y definen el proceso traductor. Entre ellos, encontramos las técnicas de traducción, las cuales no deben confundirse con los métodos de traducción, que constituyen un enfoque general que recorre toda la traducción y que afecta tanto al proceso como al resultado, ni con las estrategias de traducción, entendidas como los recursos cognitivos que utiliza el traductor para resolver problemas concretos durante todas las fases del proceso traductológico (Hurtado, 2001:256). En este apartado nos centraremos exclusivamente en las técnicas de traducción, que se definen como un «procedimiento verbal concreto, visible en el resultado de la traducción, para conseguir equivalencias traductoras» (Hurtado, 2001:268) y que se caracterizan por afectar al resultado de la traducción, catalogarse en comparación con el original, referirse a microunidades textuales, tener un carácter discursivo y contextual, y ser funcionales. Tal y como explica Hurtado (2001), las principales técnicas de traducción son:

- **Adaptación:** consiste en reemplazar referencias culturales del texto original por otras más cercanas a la cultura del lector, con el fin de facilitar la comprensión. Por ejemplo, una escena en la que se mencione el hecho de tomar el té en el contexto británico podría transformarse en tomar un café en una traducción al español.
- **Ampliación lingüística:** implica añadir información o palabras que no aparecen en el texto original para que el mensaje se entienda mejor o se ajuste mejor a las exigencias del idioma de llegada. Es útil, por ejemplo, en la traducción de canciones, donde a veces se necesita extender las frases para que encajen con la melodía. Un ejemplo sería traducir la expresión inglesa *no way* por «de ninguna de las maneras», en vez de utilizar alguna expresión con el mismo número de palabras, como «en absoluto». Esta técnica se opone a la compresión lingüística.
- **Amplificación:** consiste en añadir información que no aparece explícitamente en el texto original para facilitar la comprensión del mensaje. Pueden incluirse informaciones, paráfrasis explicativas o incluso notas del traductor. Por ejemplo, al traducir del árabe al español, se podría añadir una aclaración como «el mes del ayuno para los musulmanes» junto al término Ramadán para que el lector hispanohablante comprenda mejor su significado.
- **Calco:** consiste en traducir literalmente una palabra o sintagma extranjero, respetando su estructura o significado original. Puede ser léxico, cuando se traduce cada palabra individualmente, o estructural, cuando se imita la construcción gramatical del original. Por ejemplo, el término inglés *Normal School* proviene del francés *École normale*.
- **Compensación:** se aplica cuando un elemento informativo o estilístico del texto original, como un juego de palabras, una rima o un estilo concreto, no puede mantenerse en el mismo lugar, por lo que se introduce en otra parte del texto para conservar su efecto global. Es frecuente en la traducción del humor, la traducción musical y los discursos políticos, cuando elementos como los chistes, la rima, el juego de palabras o la fuerza retórica no pueden conservarse en el mismo lugar, por lo que se trasladan o reformulan en otra parte del texto para preservar su efecto.

- **Equivalente acuñado:** se utiliza un término o expresión que ya cuenta con un uso reconocido y aceptado en la lengua de destino. Además, como están fijados en la lengua, ya sea gracias al diccionario o por su uso lingüístico, su aceptación y comprensión está garantizada. Un ejemplo claro es la expresión inglesa *they are as like as two peas*, que se traduce al español como «son como dos gotas de agua». Aunque no se traduce literalmente, se trata de una expresión idiomática que transmite el mismo sentido.
- **Generalización:** se opta por usar un término más amplio o neutral cuando el original hace referencia a algo muy específico que puede no tener un equivalente directo en la lengua meta. Por ejemplo, en lugar de traducir una flor exótica por su nombre exacto, se puede decir simplemente «flor» si no es esencial especificar el tipo de flor que sea. Esta técnica se opone a la particularización.
- **Modulación:** se reformula el mensaje cambiando la manera en la que se presenta, sin alterar el sentido. Esto puede implicar un cambio de punto de vista o de enfoque. Es útil para adaptar el contenido a estructuras más naturales en la lengua meta, como cambiar «no es imposible» por «es posible».
- **Particularización:** implica usar un término más concreto o específico en la lengua meta que el que se utiliza en el texto original. Es decir, se traduce un concepto general por uno más preciso, como, por ejemplo, traducir el término *vehicle* como «camión» si el contexto lo permite. Se opone a la técnica de generalización.
- **Préstamo:** se integra una palabra o expresión del idioma original en la traducción, sin traducirla. Los préstamos pueden ser puros, cuando la palabra se mantiene tal y como aparece en la lengua original (como en los casos de *lobby* y *running*), o naturalizado, cuando se adapta su forma a las reglas ortográficas o fonéticas de la lengua meta, como ocurre con *football*, que pasa a fútbol en español.
- **Traducción literal:** consiste en traducir palabra por palabra o por grupos de palabras (sintagmas) manteniendo la estructura del original, siempre que el resultado tenga sentido y sea correcto en la lengua de destino. Un ejemplo es la frase en inglés *She is reading*, que se traduce literalmente como «Ella está leyendo». Este tipo de traducción es válida cuando existe una correspondencia directa y natural entre ambas lenguas.
- **Transposición:** implica cambiar una categoría gramatical por otra, como, por ejemplo, convertir un sustantivo en un verbo, pero sin alterar el significado general del mensaje. Esto permite que la estructura de la frase se ajuste mejor al estilo o las normas gramaticales del idioma de destino. Por ejemplo, en la frase en inglés *After his arrival, we started the meeting*, el sustantivo *arrival* puede traducirse al español con una estructura verbal: «Después de que llegara, comenzamos la reunión». Aquí se pasa de un sustantivo (*arrival*) a una oración verbal (que llegara), sin modificar el sentido original.

CAPÍTULO 3: MARCO PRÁCTICO

5. Traducción y análisis de un artículo informativo ruso

5.1.1. Traducción del texto

Putin calificó de ilegítimos los intentos de prohibir la lengua y la cultura ucranianas en Rusia

14 de octubre de 2022, 14:47

El jefe de Estado señaló que en Rusia residen de forma permanente alrededor de 3 millones de ucranianos, los cuales son ciudadanos de la Federación de Rusia.

ASTANÁ, 14 de octubre. /TACC/. El presidente Vladímir Putin calificó de ilegítimos los intentos de prohibir la lengua y la cultura ucranianas en Rusia. Según sus palabras, no se debe intentar cancelar ninguna cultura, incluida la ucraniana.

«El ucraniano es uno de los idiomas oficiales de Crimea, uno de los sujetos federales de la Federación de Rusia. En Crimea, el ucraniano es un idioma oficial junto con el tártaro de Crimea y el ruso. Por eso, tal medida es ilegítima en cualquier caso», dijo el viernes a los periodistas, en respuesta a una pregunta sobre el caso de un hombre que fue arrestado en Moscú hace unos días por escuchar música ucraniana.

El jefe de Estado señaló que en Rusia residen de forma permanente alrededor de 3 millones de ucranianos, los cuales son ciudadanos de la Federación de Rusia. «¿Cómo podríamos prohibir su idioma y su cultura? Ni siquiera se nos pasaría por la cabeza. Entiendo que esto ocurre en un momento cargado de emociones, pero creo que muchas de nuestras familias conocen, escuchan y aprecian las canciones ucranianas, la cultura ucraniana», indica. Además, señala que los éxitos musicales en ucraniano ya eran muy populares en tiempos de la URSS. En su opinión, Rusia no debe parecerse a aquellos que cancelan cualquier tipo de cultura: «La cultura, en este caso, no tiene nada que ver».

Según datos del medio de comunicación ruso RBK, el tribunal del distrito Tverskói de Moscú impuso a Antón Úsov, residente en la capital, una pena de 15 días de arresto y una multa de 50 000 rublos por escuchar música ucraniana. El hombre fue declarado culpable de desacreditar a las Fuerzas Armadas de la Federación de Rusia (art. 20.3.3 del Código de Infracciones Administrativas) y de desobedecer a un agente de policía (art. 19.3 del mismo código).

5.1.2. Presentación y análisis del texto

El texto traducido es un artículo publicado por la agencia estatal rusa TASS (en ruso, TACC) el 14 de octubre de 2022, titulado *Путин назвал неправомерными попытки запретить украинские языки и культуру в РФ*. El artículo recoge las declaraciones del presidente Vladímir Putin durante una rueda de prensa en Astaná (Kazajistán), en las que

afirma que Rusia no tiene la intención de prohibir la lengua ni la cultura ucranianas y que tomar una medida así sería algo impensable. Estas declaraciones surgieron como respuesta a un caso que generó una gran polémica: la detención de Antón Úsov, un ciudadano de Moscú, por escuchar música ucraniana en público. Dicho incidente tuvo una amplia repercusión porque se interpretó como un acto de represión cultural, al sancionarse a un ciudadano simplemente por escuchar música en ucraniano. Según el medio de comunicación ruso RBK, el tribunal del distrito Tverskói le impuso una multa y 15 días de arresto por desacreditar a las Fuerzas Armadas y desobedecer a un agente de policía. Putin aprovechó este caso para remarcar que tales medidas no reflejan la postura oficial del Gobierno ruso y para recordar que no se debe prohibir ninguna cultura, incluida la ucraniana, ya que, según afirmó, en Rusia residen de forma permanente alrededor de tres millones de ciudadanos de origen ucraniano, y el ucraniano es una de las lenguas oficiales de Crimea, junto con el ruso y el tártaro de Crimea. Además, recalca que muchas familias rusas valoran la cultura ucraniana y la sienten como parte de su propia tradición.

Ahora bien, hablemos del medio de comunicación que ha publicado el artículo. *TASS* (*Информационное телеграфное агентство России TACC*) es una de las principales agencias de noticias de Rusia y una de las más antiguas del país. Fundada en 1904 bajo el nombre de *Agencia de telégrafos comerciales* (*Торгово-телеграфное агентство*) y más tarde como *Agencia de Telégrafos de San Petersburgo* (*Санкт-Петербургское телеграфное агентство*), su nombre ha ido cambiando a lo largo de los años, lo que refleja los cambios políticos del país. Finalmente, el 1 de octubre de 2014 se estableció su nombre actual: *Agencia de noticias de Rusia TASS*. Desde mayo de 1994, *TASS* funciona como un medio estatal dependiente del Gobierno ruso, y forma parte del sistema comunicativo oficial del Kremlin. Su función principal es la difusión de noticias nacionales e internacionales desde una perspectiva alineada con los intereses del Estado. Por este motivo, sus publicaciones suelen reproducir de forma directa el discurso oficial, lo que hace que sus artículos sean especialmente relevantes para el análisis crítico del discurso ideológico y propagandístico del Gobierno ruso.

El artículo refleja una estrategia discursiva típica del aparato propagandístico del Kremlin, en la que se busca proyectar una imagen de tolerancia y pluralismo cultural, incluso en un contexto marcado por la represión y la censura, tal y como hemos visto a lo largo de este trabajo. La declaración de Putin, en la que condena los intentos de cancelar la lengua y la cultura ucranianas, es, en realidad, un recurso ideológico para limpiar la imagen del régimen ante la comunidad internacional y desviar la atención de prácticas represivas concretas que contradicen la narrativa oficial del Estado, como el caso del ciudadano arrestado por escuchar música ucraniana. Este tipo de declaraciones forma parte de un discurso ideológico que busca legitimar al Gobierno ruso tanto dentro como fuera del país. Al posicionarse como defensor de la diversidad cultural, Putin intenta desmarcarse de las acusaciones de rusificación forzada o represión de las minorías, a pesar de que las acciones judiciales y policiales del Gobierno contradicen abiertamente sus palabras. En este sentido, el contraste entre el discurso oficial y la realidad pone en evidencia el carácter propagandístico del mensaje: controlar la narrativa pública, acallar las críticas tanto internas como externas y hacer creer que el Estado ruso respeta los derechos de todos sus ciudadanos, cuando, en la práctica, no es así.

En cuanto a la traducción del texto, he utilizado varias técnicas para contribuir a la claridad y la adecuación del texto en español. Por ejemplo, he optado por utilizar la amplificación para traducir *RBK* como «medio de comunicación ruso *RBK*», lo que ayuda a

contextualizar la fuente para lectores que podrían no estar familiarizados con ella. Asimismo, he decidido desarrollar la abreviatura legal rusa КоАП como «Código de Infracciones Administrativas», lo que corresponde a una traducción literal de *Кодекс Российской Федерации об административных правонарушениях КоАП РФ*, pero sin mencionar que se trata de un código de la Federación de Rusia porque ya se sobreentiende en este contexto. Por otro lado, para hacer que el texto sea lo más natural posible en la lengua de llegada, he usado una expresión idiomática para traducir *у нас и в голове такого нет*, de modo que lo he traducido como «ni siquiera se nos pasaría por la cabeza». Por último, cabe señalar que para la traducción de nombres propios he seguido las normas de transcripción ruso-español propuestas por la Facultad de Traducción e Interpretación de la UAB, con las cuales hemos trabajado a lo largo de la carrera. En conjunto, estas decisiones buscan lograr un equilibrio entre la fidelidad al texto original y la naturalidad en español, con el objetivo de facilitar la comprensión del mensaje sin perder el significado y el sentido del texto original.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo se ha demostrado cómo las lenguas, lejos de ser elementos neutrales y desvinculados de la realidad sociopolítica, pueden convertirse en objeto de manipulación, estigmatización o reivindicación según el marco histórico en el que se encuentren. El caso del idioma ruso, en el contexto de la guerra entre Rusia y Ucrania, es un claro ejemplo de cómo un idioma puede ser instrumentalizado tanto por instituciones estatales como por discursos oficiales para reforzar determinadas ideologías, silenciar otras voces y legitimar medidas de control o rechazo. A través del análisis realizado, se ha podido observar cómo la politización del ruso ha generado reacciones complejas y diversas: mientras que, por un lado, el Gobierno ruso ha instrumentalizado el lenguaje como herramienta de control ideológico, mediante la censura, la represión mediática y la imposición de un discurso oficial a través de términos como «operación militar especial» o «desnazificación», por otro lado, han surgido formas de resistencia tanto simbólicas como lingüísticas que buscan desafiar esta narrativa impuesta. Estas reacciones abarcan desde el rechazo voluntario del idioma ruso por parte de ciertos sectores de la sociedad ucraniana, hasta la creación de códigos, metáforas y actos simbólicos dentro de Rusia que permiten expresar disidencia sin infringir directamente las restricciones legales.

En paralelo a este fenómeno de resistencia simbólica en Rusia, la situación lingüística en Ucrania ha adquirido un carácter profundamente identitario. El conflicto bélico no solo ha alterado la geopolítica de la región, sino también el lugar que ocupa la lengua en la vida cotidiana de millones de personas. Lo que antes podía verse como una coexistencia pragmática entre el ruso y el ucraniano, ahora hablar ucraniano se ha convertido en un gesto de reafirmación nacional, una respuesta cultural ante la invasión militar de Rusia. Este cambio, lejos de ser una reacción espontánea, forma parte de una transformación social más amplia. La creciente oferta de clases gratuitas de ucraniano y el aumento de su uso en medios y espacios públicos demuestran un proceso de reconstrucción lingüística que busca separar la identidad nacional del legado colonial ruso. Irónicamente, el intento del Kremlin de «proteger» a los rusoparlantes ha intensificado la desconexión emocional y política con la lengua rusa en ciertos casos, lo que ha provocado un rechazo simbólico incluso entre quienes la consideran su lengua materna.

Por otro lado, más allá de sus fronteras, hemos visto cómo la guerra ruso-ucraniana ha provocado una ruptura cultural sin precedentes entre Rusia y Europa. La condena internacional a la invasión se ha traducido, en algunos casos, en una exclusión sistemática de Rusia del ámbito académico, científico, artístico y deportivo. Diversos países europeos han suspendido colaboraciones con instituciones rusas e incluso se ha eliminado el ruso del sistema educativo de varios países del Este, donde la presencia del ruso era significativa desde la época soviética. En Estonia, Letonia y Lituania, las autoridades han intensificado sus esfuerzos por reducir el uso del ruso e impulsar las lenguas nacionales. Sin embargo, estas políticas plantean un dilema: si bien buscan fortalecer la cohesión nacional, también pueden profundizar la exclusión de las minorías rusoparlantes y generar tensiones sociales que debiliten el objetivo que pretenden alcanzar. Además, estas dinámicas no se limitan a los países bálticos. En otras antiguas repúblicas soviéticas, como Kazajistán, también se ha cuestionado el papel del ruso. Desde el inicio de la guerra, el idioma ha dejado de verse solo como un medio de comunicación para convertirse en un elemento con una fuerte carga simbólica. Este retroceso del ruso en favor de

las lenguas nacionales responde tanto a una voluntad de afirmación identitaria como a una reacción solidaria frente a la agresión de Moscú.

No obstante, este giro lingüístico no implica necesariamente un rechazo al idioma en sí. En contextos como el kazajo, se observa cómo sectores de la juventud rusoparlante se distancian de la narrativa del Kremlin sin abandonar su lengua. Esto demuestra que hablar ruso no equivale a apoyar a Rusia, y que el idioma puede formar parte de una identidad nacional sin estar subordinado a un posicionamiento político. Sin embargo, esta distinción no siempre se percibe con claridad. Como se ha visto a lo largo de este estudio, tras el inicio de la guerra, el ruso ha empezado a ser visto en algunos sectores como un idioma políticamente comprometido, lo que ha generado cierto rechazo o incluso miedo entre quienes se plantean estudiarlo. Los datos recopilados muestran cómo el conflicto entre Rusia y Ucrania ha impactado de manera diferente según las motivaciones del alumnado y el contexto en el que se imparte el idioma. En la Facultad de Traducción e Interpretación de la UAB, donde los estudiantes buscan una salida profesional directa vinculada al mercado laboral de la traducción, el interés por el ruso disminuyó tras el estallido del conflicto, aunque el repunte que se observa en el curso 2024/25 podría indicar una cierta recuperación del interés por el idioma. Curiosamente, en la Escuela Oficial de Idiomas de Barcelona Drassanes, donde el aprendizaje del ruso responde más bien a intereses personales, culturales o emocionales, el número de matriculados se ha mantenido estable e incluso ha aumentado, lo que demuestra que, cuando el estudio del idioma no está ligado directamente a expectativas laborales, el interés por aprenderlo puede resistir e incluso crecer, a pesar de las tensiones políticas que lo rodean.

Además, gracias al testimonio de dos traductores literarios profesionales, Miquel Cabal y Judit Díaz, he podido comprobar que el impacto del conflicto en la traducción del ruso es complejo y no se reduce simplemente a un rechazo total. De hecho, la demanda de traducciones literarias del ruso ha aumentado tras el estallido de la guerra, puesto que hay un interés creciente por entender la cultura y la historia rusa a través de su literatura, una necesidad de profundizar en las raíces y el pensamiento que explican el contexto actual. A pesar de que se hayan suspendido muchos proyectos en ciertos ámbitos, como la traducción comercial o la interpretación simultánea, poco a poco la situación está empezando a recuperarse. Por tanto, la percepción de rechazo que tienen algunos estudiantes de la FTI respecto al estudio del ruso resulta ser una visión errónea, que se basa más en el impacto emocional y social del conflicto que en la realidad profesional y cultural de la lengua.

Esta confusión, sin embargo, no se limita al entorno académico. Como se ha observado en distintos contextos, uno de los efectos sociales más visibles de la guerra ha sido la aparición de la rusofobia. Este fenómeno se ha manifestado tanto en discursos públicos como en comportamientos cotidianos. En algunos casos, esta hostilidad se ha reflejado en actos de vandalismo contra negocios o instituciones rusas. Aunque no se trata de manifestaciones generalizadas, sí que han afectado a rusoparlantes que, en su mayoría, no solo rechazan la guerra, sino que también critican abiertamente el régimen de Vladímir Putin. Asociar automáticamente una nacionalidad con una determinada postura política ha dado lugar a situaciones de discriminación, estigmatización y aislamiento, especialmente en espacios académicos, laborales o mediáticos. Este fenómeno pone en entredicho la capacidad de las sociedades europeas, incluida la española, para evitar confundir la ciudadanía de una persona con las decisiones del Estado al que pertenece.

Sin embargo, la rusofobia no puede entenderse exclusivamente como una reacción contemporánea a la política exterior de Rusia, sino que también intervienen factores históricos que he podido estudiar a lo largo de este trabajo. Ya en la época soviética, sobre todo a partir de las décadas de 1920 y 1930, la URSS inició un proceso de rusificación forzada, en el que se impuso el ruso como lengua dominante en la educación, la administración y la vida cotidiana, a pesar de que el discurso oficial defendía la diversidad cultural y étnica. De hecho, he podido analizar cómo se repite este patrón de contradicción entre discurso y práctica en los discursos actuales del Kremlin, como en el caso del artículo traducido en este estudio. En ambos contextos, el poder utiliza la retórica de la pluralidad y la defensa de las culturas minoritarias como una herramienta de legitimación, mientras que en la práctica se impone una homogeneidad ideológica y lingüística. Para ello, hemos visto que la propaganda juega un papel importante en la estrategia política del Gobierno ruso, tanto en el pasado como en la actualidad. No se trata únicamente de un recurso comunicativo, sino de un instrumento de poder que permite al régimen moldear la percepción de la realidad, justificar sus acciones y mantener la cohesión interna. Así pues, la propaganda rusa actual reproduce esquemas ideológicos ya presentes en el pasado soviético, pero adaptados a los medios y dinámicas del presente.

Asimismo, este proyecto me ha servido para valorar la importancia de investigar el contexto histórico de las relaciones entre Rusia y Ucrania, dado que la invasión de 2022 no puede analizarse como un fenómeno aislado, sino que tiene su origen en siglos de tensiones, dominación imperial, procesos de rusificación y disputas identitarias. Incluso nos remontamos al siglo IX con la Rus de Kiev, considerada por los historiadores ucranianos como el origen legítimo de la nación ucraniana, mientras que la narrativa rusa la reclama como la cuna de su identidad. Este desacuerdo en cuanto a la interpretación del pasado revela que el conflicto actual no es solo territorial o geopolítico, sino también una lucha por el control de la memoria histórica y de los símbolos fundacionales de la nación. En este sentido, el análisis histórico realizado en este trabajo puede ser de gran utilidad para futuras investigaciones, ya que no solo presenta los hechos desde las perspectivas de ambas naciones, sino que ofrece una visión en conjunto que abarca desde los orígenes medievales hasta la actualidad. Este enfoque es especialmente valioso en un contexto donde los relatos oficiales de la historia, tanto en Rusia como en Ucrania, suelen centrarse en períodos específicos, además de que acostumbran a omitir o reinterpretar los acontecimientos clave según intereses políticos o ideológicos. Además, la censura y la constante reescritura del pasado dificultan el acceso a una narrativa histórica completa y equilibrada. Por ello, este trabajo puede contribuir a fomentar una comprensión más crítica, rigurosa y contextualizada del conflicto.

En definitiva, espero que este TFG permita reflexionar sobre cómo las guerras afectan no solo a los territorios y a las personas, sino también a las lenguas y a las culturas. Ojalá este conflicto llegue pronto a su fin y volvamos a ver que detrás de cada lengua hay personas, historias y sueños por cumplir. Además, es importante recordar que los idiomas no son solo herramientas de comunicación, sino también portadores de cultura, identidad y humanidad. Deseo que este trabajo ayude a mantener viva la conciencia crítica y, sobre todo, que contribuya a conservar la curiosidad y el respeto por el ruso, con la esperanza de que las palabras vuelvan a construir puentes donde hoy solo hay fronteras.

Anexos

Texto original

Путин назвал неправомерными попытки запретить украинские языки и культуру в РФ

14 октября 2022, 14:47

Глава государства отметил, что в России постоянно проживают около 3 млн украинцев - граждан РФ

АСТАНА, 14 октября. /ТАСС/. Президент Владимир Путин назвал неправомерными попытки запретить украинские языки и культуру в России. По его словам нельзя пытаться отменить какую-либо культуру, в том числе украинскую.

"Украинский язык относится к числу государственных в Крыму - в одном из субъектов Российской Федерации. В Крыму украинский - государственный язык наряду с крымско-татарским и русским. Поэтому само по себе это неправомерно", - сказал он журналистам в пятницу, отвечая на вопрос о ситуации, когда "на днях в Москве арестовали мужчину за то, что он слушал украинскую музыку".

Глава государства отметил, что в России постоянно проживают около 3 млн украинцев - граждан РФ. "Как же мы можем запретить их языки и культуры? У нас и в голове такого нет. Я понимаю, с чем это связано, это на фоне всех эмоций сегодняшних происходит, но я думаю, что во многих наших семьях знают, слышат и любят украинские песни, украинскую культуру", - подчеркнул он. Путин отметил, что еще в СССР были очень популярными хиты на украинском языке. По его мнению, Россия не должна уподобляться тем, кто отменяет какую бы то ни было культуру, "культура здесь вообще ни при чем".

По данным РБК, Тверской районный суд Москвы назначил жителю столицы Антону Усову 15 суток ареста и штраф в размере 50 тыс. рублей за прослушивание украинской музыки. Мужчину признали виновным в дискредитации Вооруженных сил РФ (ст. 20.3.3 КоАП) и неповиновении полицейскому (ст. 19.3 КоАП).

ENLACE: <https://tass.ru/politika/16060709>

Bibliografía

- Adamovsky, E. (2005, agosto). La revolución rusa de 1905: el año en que nacieron los sóviets. *Encrucijadas*, (34), 1-4.
https://repositoriouba.sisbi.uba.ar/gsdl/collect/encruci/index/assoc/HWA_511.dir/511.PDF
- Amnesty: учителей оккупированных украинских территорий принуждают учить детей по программе Кремля. (2024, 4 de octubre). *BBC News*.
<https://www.bbc.com/russian/articles/c23ke45p0l2o>
- Amnistía Internacional. (2022, 10 de marzo). *Rusia: La implacable represión del Kremlin amordaza el periodismo independiente y el movimiento contra la guerra.*
<https://www.amnesty.org/es/latest/news/2022/03/russia-kremlins-ruthless-crackdown-stifles-independent-journalism-and-anti-war-movement/>
- Amnistía Internacional. (2023, 1 de septiembre). *Ucrania y Rusia: Un nuevo libro de texto de historia es un intento descarado e ilegítimo de adoctrinamiento en las escuelas de Rusia y los territorios de Ucrania ocupados por Rusia.*
<https://www.amnesty.org/es/latest/news/2023/09/ukraine-russia-new-history-textbook-is-a-blatant-attempt-to-unlawfully-indoctrinate-school-children-in-russia-and-russian-occupied-ukrainian-territories/>
- Amnistía Internacional. (2024, 4 de octubre). *El profesorado ucraniano, obligado con amenazas y violencia a impartir el plan de estudios ruso.* <https://www.es.amnesty.org/en-que-estamos/noticias/noticia/articulo/el-profesorado-de-los-territorios-ocupados-por-rusia-obligado-con-amenazas-y-violencia-a-impartir-el-plan-de-estudios-ruso/>
- Andžāns, M. (2024, 28 de junio). *Do Baltic Russian Speakers Blame Russia for the War in Ukraine?* Foreign Policy Research Institute. <https://www.fpri.org/article/2024/06/do-baltic-russian-speakers-blame-russia-for-the-war-in-ukraine/>
- ANETI. (2024, 15 de marzo). *El conflicto de Ucrania y los profesionales de la traducción e interpretación.* <https://aneti.es/el-conflicto-de-ucrania-y-los-profesionales-de-la-traducion-e-interpretacion/>

- Arbe, F. y Echeberria, F. (1982). Contexto sociocultural y adquisición del lenguaje. *Kobie. Antropología cultural*, (3), 63-72.
- https://www.bizkaia.eus/fitxategiak/04/ondarea/Kobie/PDF/5/Kobie_3_Antrpologia_cultural_CONTEXTO%20SOCIOCULTURAL%20Y%20ADQUISICION%20DEL%20LENGUAJE%20.pdf
- Atacan la sede de la Casa de Rusia de Barcelona (2022, 22 de marzo). *Metrópoli Abierta*.
https://metropoliabierta.elespanol.com/sucesos/20220322/atacan-la-sede-de-casa-rusia-barcelona/659184272_0.html
- Ataque rusófobo a la Casa de Rusia de Barcelona. (2022, 22 de marzo). *Crónica Global*.
https://cronicaglobal.elespanol.com/vida/20220322/ataque-rusofobo-la-casa-de-rusia-barcelona/659184153_0.html
- Aumentan los casos de 'rusofobia' en España: 'Los niños escuchan cada día cosas como vete a tu país'. (2022, 9 de marzo) [Vídeo]. RTVE. <https://www.rtve.es/play/videos/telediario-2/aumenta-rusofobia-espana/6428699/>
- Averchuk, R. (2023, 12 de febrero). El renacer de la lengua ucraniana: "No puedo hablar en ruso después de esta guerra". *La Razón*.
https://www.larazon.es/internacional/europa/renacer-lengua-ucraniana-puedo-hablar-ruso-despues-esta-guerra_2023021263e7c7957b624e0001ad6596.html
- Ayerdis, M. (2022, 9 de mayo). *OPINIÓN: Memoria y despropósito cultural “rusofóbico”* [Tesis doctoral, Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua]. Repositorio Institucional de la UNAM. <https://www.unan.edu.ni/wp-content/uploads/opinion-memoria-desproposito-cultural-rusofobico.pdf>
- Cabal, M. (2014). Las lenguas en el conflicto ucraniano. *Por la paz*, (21), 11-15.
- Cartechini, M. (2023, 24 de febrero). El origen común de Rusia y Ucrania, la Rus de Kiev. *Historia National Geographic*. https://historia.nationalgeographic.com.es/a/la-rus-de-kiev-el-origen-comun-de-rusia-y-ucrania_17972
- Consejo de la Unión Europea. (2024, 17 de junio). Anexión ilegal de Crimea y de la ciudad de Sebastopol por parte de Rusia: la UE prorroga las sanciones otro año [Comunicado de prensa]. <https://www.consilium.europa.eu/es/press/press-releases/2024/06/17/russia-s-illegal-annexation-of-crimea-and-the-city-of-sebastopol-eu-extends-sanctions-for-further-year/>

- Dimitrova, Y. (2021, 4 de junio). *La lengua rusa: origen, traducción y principales problemas de traducción (RU-ES/ES-RU)* [Trabajo de fin de grado, Universidad de Alicante]. Repositorio Institucional de la Universidad de Alicante.
<http://rua.ua.es/dspace/handle/10045/115852>
- Equipo de Enciclopedia Significados. (2024, 18 de noviembre). Idioma. En *Significados.com*.
<https://www.significados.com/idioma/>
- Estruch, J. (1984). La muerte de Stalin y la lucha por la sucesión. *Siglo XX Historia Universal*, 27, 1-13.
<https://www.sabuco.com/historia/La%20sucesion%20de%20Stalin.pdf>
- Fernández, A. (2022). *La anexión de Crimea por parte de Rusia*. Academia de las Ciencias y las Artes Militares. <https://www.acami.es/wp-content/uploads/2022/07/La-anexion-de-Crimea-web.pdf>
- Fernández, N. D. (2012). El lenguaje como institución. Una aproximación de su función evolutiva, económica y política desde una perspectiva austriaca. *Dialnet*.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4016707>
- Fernández, S. (2014). Rusia como Imperio. Análisis histórico y doctrinal. *La Razón Histórica*, 25, 128-148.
<https://digitum.um.es/digitum/bitstream/10201/38176/1/Rusia%20como%20Imperio.pdf>
- Figes, O. (2022, 3 de noviembre). *La historia de Rusia*. Barcelona: Taurus.
- Friess, N. (2022, 23 de julio). En la lengua del enemigo. *Agenda Pública*.
<https://agendapublica.es/noticia/18148/lengua-enemigo>
- Gimón, H. (2021). *Construcción y consolidación del Rus de Kiev en el siglo X* [Trabajo de fin de grado, Universidad de Valladolid] UVaDOC Repositorio Documental de la Universidad de Valladolid.
https://uvadoc.uva.es/bitstream/handle/10324/51380/TFG_F_2021_112.pdf?sequence=1
- Global Voices. (2023, 5 de febrero). *The main effort of Russian propaganda language is to give the impression that there is still no war*. Global Voices.
<https://globalvoices.org/2023/02/05/the-main-effort-of-russian-propaganda-language-is-to-give-the-impression-that-there-is-still-no-war/>

Gómez, L. (2022, 3 de abril). Las caras de la rusofobia en España: de la discriminación por "justicia social" al sentimiento de culpa por la guerra. *RTVE*.

<https://www.rtve.es/noticias/20220403/caras-rusofobia-espana-discriminacion-justicia-social-sentimiento-culpa-guerra/2326641.shtml>

Goncharenko, R. (2024, 23 de febrero). La guerra de Rusia contra Ucrania comenzó hace diez años. *DW*. <https://www.dw.com/es/la-guerra-de-rusia-contra-ucrania-comenz%C3%A9-hace-diez-a%C3%B1os/a-68354565>

González, A. (2018). Efectos de la guerra de Ucrania en las Repúblicas Bálticas. *Dialnet*.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6715612>

Gortaire, B. (2024). *La guerra nunca se fue: cómo el conflicto ruso-ucraniano revivió la historia*. Comisión Editorial de la Universidad de las Fuerzas Armadas-ESPE. ResearchGate.

https://www.researchgate.net/publication/380596750_La_guerra_nunca_se_fue_Como_el_conflicto_ruso-ucraniano_revivio_la_historia

Granados, P. J. (2002). *Factores de las relaciones ruso-ucranianas, 1991-1997* [Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid]. Docta Complutense.
<https://hdl.handle.net/20.500.14352/55266>

Grushevski, M. (1965). *The Traditional Scheme of “Russian” History and the Problem of a Rational Organization of the History of the East Slavs*. Canadá: Ukrainian Free Academy of Sciences.

Gúzeva, A. (2023, 2 de noviembre). ¿Quién fue el ‘Falso Dmitri’ de Rusia? Puerta a Rusia.
<https://es.gw2ru.com/historia/16396-falso-dmitri-rusia>

Hurtado, A. (2001). *Traducción y traductología*. Madrid: Cátedra. https://padlet-uploads.storage.googleapis.com/656754580/cb977401eaf66ae240a2e9ab7148d851/Traduci_n_y_traductolog_a.pdf

Kladiy, I. (1997). La situación lingüística en Ucrania. *Dialnet*.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3964364>

Lozano, I. (2005). Lenguas en guerra. *El Correo*.
<http://servicios.elcorreo.com/auladecultura/lozano3.html>

- Masseroni, S. y Fraga C. (2013, octubre). *Ucrania entre 1932 y 1933. Holodomor, una hambruna en discusión* [Ponencia]. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.
- Naciones Unidas. (s. f.). *Declaración Universal de Derechos Humanos*.
<https://www.un.org/es/about-us/universal-declaration-of-human-rights>
- Napolitano, M. (2022, 23 de julio). Lengua y resistencia. *Agenda Pública*.
<https://agendapublica.es/noticia/18149/lengua-resistencia>
- Oropeza, F. (2022, 28 de noviembre). *Panorama de la guerra entre Rusia y Ucrania* [Documento de trabajo, Universidad de Navarra]. Center for Global Affairs & Strategic Studies. <https://www.unav.edu/documents/16800098/17755721/conflicto-rusia-ucrania.pdf>
- Pástor, M. L. (2019). Vladímir Putin y la nueva identidad distintiva rusa. Cuadernos de estrategia, (200), 63-86. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7155221>
- Pelenski, J. (1998, 1 de enero). *The Contest for the Legacy of Kievan Rus*. Nueva York: East European Monographs.
- Pérez de Lope, C. (2015, 15 de junio). *La influencia de la identidad eslava y la identidad contrastiva* [Trabajo de fin de grado, Universidad Pontificia Comillas]. Repositorio Universidad Pontificia Comillas.
<https://repositorio.comillas.edu/xmlui/bitstream/handle/11531/1255/TFG000920.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Plojí, S. (2023). *La guerra ruso-ucraniana: El retorno de la historia*. Barcelona: Ediciones Península.
- Poch, R., Mearsheimer, J., Cook, J., Hedges, C., Politi, M., Richard, H., Robert, A. C. y Fubini, F. (2022). Suplemento extraordinario: la guerra en Ucrania, más allá de la propaganda. *Dialnet*. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8648672>
- Poyatos, P. (2023, 16 de enero). Así corta Letonia sus lazos con Rusia. *La Razón*.
<https://www.larazon.es/internacional/europa/20230115/zylwqotdvhezbzhtuvstzepty.html>
- Ricou, J. (2022, 22 de marzo). La rusofobia se propaga y salpica a escuelas y a la Casa de Rusia en Barcelona. *La Vanguardia*.
<https://www.lavanguardia.com/local/barcelona/20220322/8142268/rusofobia-propaga-salpica-escuelas-casa-rusia-barcelona.html>

Ricou, J. (2022, 3 de marzo). El temor de Genya a la rusofobia: "Esta guerra, una locura, nos estigmatizará". *La Vanguardia*.

<https://www.lavanguardia.com/vida/20220303/8094860/temor-genya-rusofobia-guerra-locura-estigmatizar.html>

Rodríguez, P. (2022, 10 de marzo). La comunidad rusa, entre el rechazo a la guerra de Ucrania y las quejas por rusofobia. *elDiario.es*.

https://www.eldiario.es/catalunya/comunidad-rusa-rechazo-guerra-ucrania-quejas-rusofobia_1_8814690.html

Rojas, L. C. (2008, 27 de julio). *El lenguaje como instrumento de poder* [Trabajo de fin de máster, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia]. Dialnet.

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3324331>

Rozanskij, V. (2023, 25 de mayo). La "descolonización" de los jóvenes kazajos. *AsiaNews*.

<https://www.asianews.it/noticias-es/La-descolonizaci%C3%B3n-de-los-j%C3%BCvenes-kazajos-58453.html>

Rusia y Ucrania: qué pasó en Crimea en 2014 (y por qué importa ahora). (2022, 26 de febrero). *BBC News Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-60500020>

Sadurní, J. M. (2022, 28 de febrero). *Holodomor, la gran hambruna ucraniana*. Historia National Geographic. https://historia.nationalgeographic.com.es/a/holodomor-gran-hambruna-ucraniana_15338

Sala, A. (2022, 31 de agosto). *Momentos clave de la vida de Mijaíl Gorbachov, el último presidente de la URSS*. National Geographic.

https://historia.nationalgeographic.com.es/a/mijail-gorbachov-ultimo-presidente-urss_18281

Sanabria, J. A. (2023). *La identidad en los conflictos: instrumentalización de la identidad rusa en el conflicto Rusia-Ucrania* [Trabajo de fin de grado, Pontificia Universidad Javeriana]. Repositorio Institucional Javeriano.

<https://repository.javeriana.edu.co/items/121f706a-7e10-4548-b78b-82f58a267514>

Santos, M. A. (2024). El conflicto entre Rusia y Ucrania: una guerra de quinta generación. *Dialnet*. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9650041>

- Saunders, D. (1985). *The Ukrainian Impact on Russian Culture 1750-1850*. Canadá: Canadian Institute of Ukrainian Studies.
- Suárez, S. J. (2003). La situación lingüística actual en Ucrania. *Dialnet*.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=918958>
- Torres, M. (2022). Propaganda y desinformación de Rusia en Internet. *Derecom*, 32, 179-181. <http://www.derecom.com/blog/eventos/item/462-propaganda-y-desinformacion-de-rusia-en-internet>
- Vallespín, I. (2022, 8 de marzo). La comunidad rusa en Cataluña alerta contra la rusofobia. *El País*. <https://elpais.com/espana/catalunya/2022-03-08/la-comunidad-rusa-en-cataluna-alerta-contra-la-rusofobia.html>
- Velarde, J. (2017, junio). Breve revisión a la historia de la Unión Soviética en el centenario de la Revolución Rusa. *Revista Ciencia y Cultura*, 21(38), 14-19.
- Vladímir, P. (2022, 24 de febrero). *Address by the President of the Russian Federation* [Transcripción]. Kremlin.ru. <http://en.kremlin.ru/events/president/news/67843>
- Woodak, R. y Meyer, M. (2003). *Métodos de análisis crítico del discurso*. Gedisa.
- Zabala, J. P. (2022, diciembre 6). Rusia y Ucrania: algunas claves históricas, identitarias y geopolíticas para entender la guerra. *Perspectivas*, (7), 7-16.
<https://revistas.ucalp.edu.ar/index.php/Perspectivas/article/view/249>
- АКАДЕМИК. (2010). Взгляд (газета). En *Словари и энциклопедии на Академике*.
<https://dic.academic.ru/dic.nsf/ruwiki/393627>
- Культ отмены России. (s.f.). *Asafov*. <https://asafov.ru/spec/cancel-culture-russia>
- В Крыму рассказали, что произошло с украинским языком после начала СВО. (2023, 30 de abril). *Красная Весна*. <https://rossaprimavera.ru/news/8213828b>
- Все всё понимают. Как эзопов язык стал реакцией на новояз государственной цензуры. (2022, 2 de junio). *Утро Февраля*. <https://utro02.tv/2022/07/02/vse-vsyo-ponimayut-kak-ezopov-yazyk-stal-reakcziej-na-novoyaz-gosudarstvennoj-cenzury/>
- Майер, А. (2023, 6 de abril). Минпросвещения разработало учебное пособие по украинскому языку советского образца. *Ведомости25лет*.
<https://www.vedomosti.ru/society/articles/2023/04/06/969703-minprosvescheniya-razrabotalo-uchebnoe-posobie-po-ukrainskomu-yaziku-sovetskogo-obraztsa>

Миссия США при ОБСЕ. (2024, 1 de febrero). *Продолжающаяся агрессия Российской Федерации против Украины.*

<https://osce.usmission.gov/ru/%D0%BF%D1%80%D0%BE%D0%B4%D0%BE%D0%BB%D0%B6%D0%B0%D1%8E%D1%89%D0%B0%D1%8F%D1%81%D1%8F-%D0%B0%D0%B3%D1%80%D0%B5%D1%81%D1%81%D0%B0%D8%BA%D0%BE%D0%B9-78/>

Николаев, Я. (2017, 22 de junio). Как Русский мир заботится об украинском языке.

DailyStorm. <https://dailystorm.ru/ekonomika/kak-russkiy-mir-zabotitsya-ob-ukrainskom-yazyke>

Резчиков, А. (2024, 10 de septiembre). На Западе Украины объявили войну русскому языку вместо отправки на фронт. *Взгляд.* <https://vz.ru/world/2024/9/10/1286520.html>

Шарифулин, В. (2022, 14 de octubre). Путин назвал неправомерными попытки запретить украинские язык и культуру в РФ. *TASS.* <https://tass.ru/politika/16060709>

Язык есть исповедь народа. (s. f.). Псковская областная универсальная научная библиотека имени Валентина Яковлевича Курбатова.

<https://pskovlib.ru/sobytiya/vystavki/9286-yazyk-est-ispoved-naroda>